

Intervalo

álbum

EDITORIAL
COLUMBA

EXTRAORDINARIO

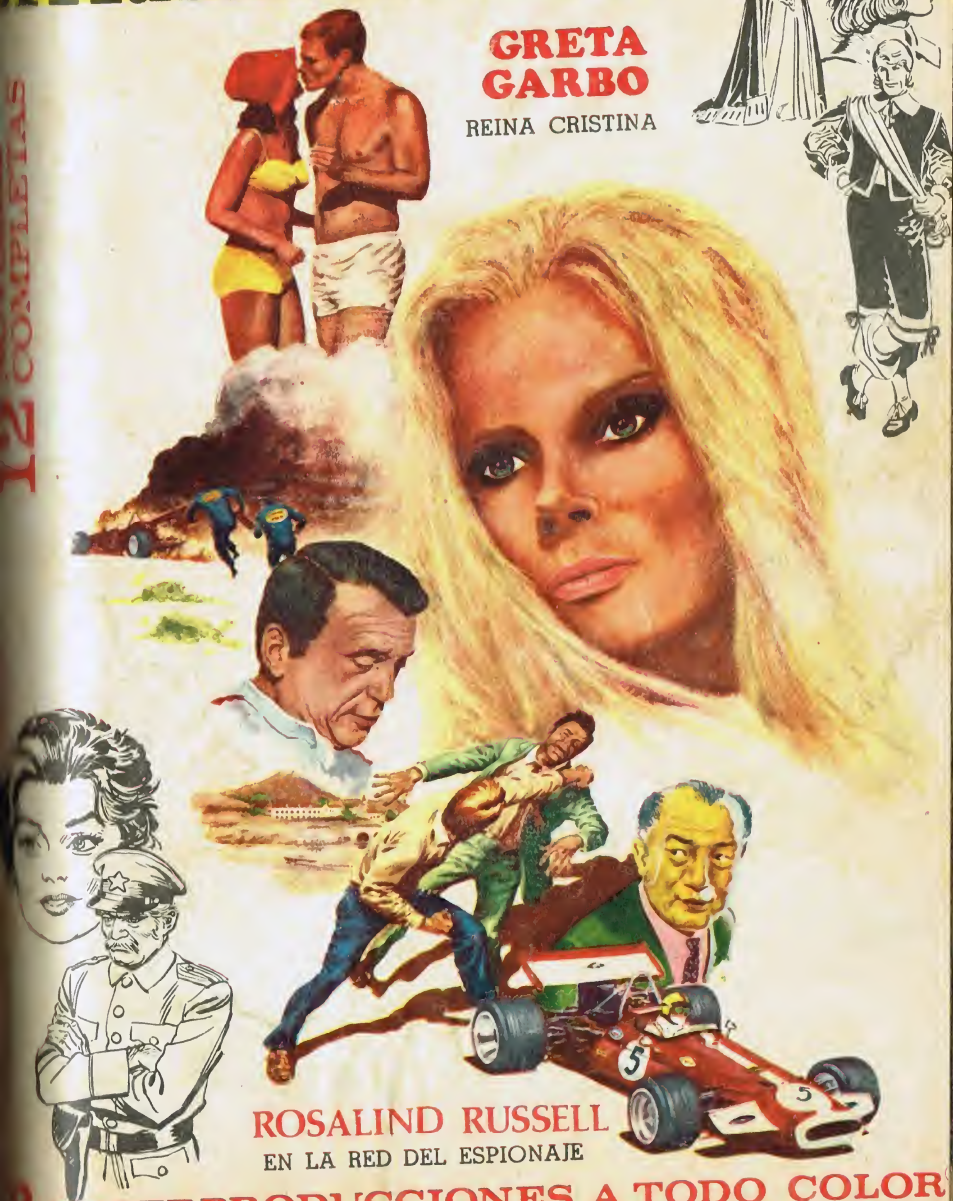
Nº 272

**GRETA
GARBO**

REINA CRISTINA



12 COMPLETAS



ROSALIND RUSSELL
EN LA RED DEL ESPIONAJE

2 SUPERPRODUCCIONES A TODO COLOR

aproveche sus Vacaciones

Sus momentos libres aprovéchelos estudiando un curso.
Remita su nombre y dirección y recibirá GRATIS el libro de 68 páginas "GUIA DE ENSEÑANZA", con los detalles y programas de los 55 cursos que enseñamos por correo.

ESTUDIE

Tenedor de Libros
Perito en Contabilidad
Secretario Comercial
Inglés
Periodismo
Dibujo Artístico
Dibujo Mecánico

CURSOS QUE ENSEÑAMOS por correo

Mecánico de Autos
Técnico Mecánico
Técnico Tornero
Técnico en Radio
Radio a Transistor
Construcciones
Instalador Electr.

Corte y Confección
Labores
Fotografía Artística
Técnico en Petróleo
Técnico Químico
Químico Industrial
... y 30 cursos más

PIDA ESTE LIBRO
GRATIS



SUCURSALES

Rosario: Entre Ríos 1458.

Mendoza: 0 de Julio 1580.

Tucumán: Calle Mendoza 514.

ENSEÑANZA POR CORREO

Sírvase enviarme GRATIS el libro "GUIA DE ENSEÑANZA"

NOMBRE

DOMICILIO

LOCALIDAD

CURSO QUE LE INTERESA

ESCUELAS LATINO AMERICANAS
Av. BOYACA 932
Buenos Aires

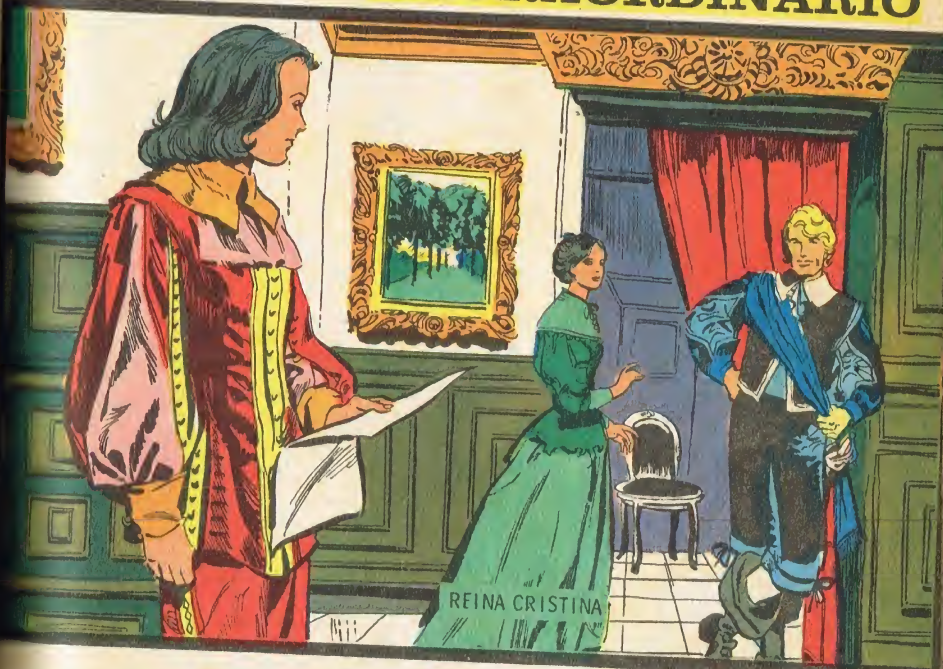
* SUCURSAL CENTRO: Florida 253 - 3er. piso -F- Capital Federal.

álbum de obras
gráficas completas

intervalo **ALBUM**

AÑO XXIII N° 272

EXTRAORDINARIO



ÍNDICE

En la red del espionaje, adaptación de Paul Monier	4
Mi novia y yo, por Robin Wood	20
Amar el mar, por Pier Michele	31
El color de la sangre, por Augusto Paladín	42
Tiffany Thames, por Jenny Butterworth	53
La comida china, por Paola Mur	69
El muro derribado, por Ladistao Shell	80

La decisión, por Thomas William Robertson	92
Las mariposas morirán mañana, por Pedro M. Mazzino	100
Historias de hombres y mujeres, por Cristóbal María Paz	110
La ruta de las piedras, por Mike Brown	120
Nada por nada, por Pablo Medina	130
Reina Cristina, adaptación de Paula Marín	140

EN LA RED DEL ESPIONAJE



EN LA RED DEL ESPIONAJE (Mrs. Pollifax, spy)

Una película ARTISTAS UNIDOS,
dirigida por Leslie Martinson.
Adaptación de Paul Monier.
Dibujos de García Seijas.



REPARTO

EMILY POLLIFAX ROSALIND RUSSELL
JOHN SEBASTIAN FARRELL DARREN MCGAVIN



¿Cómo debe ser una agente especial en el campo del espionaje internacional? Joven, bonita, decidida, valiente... ¿Podría, sin embargo, ser una mujer madura, viuda...?

Varios ingredientes "fuera de serie" intervienen para hacer de ésta una gran película: uno de ellos es Rosalind Russell en el papel de la señora Emily Pollifax, ex-

celente madre para sus hijos... y mejor espía.

Otro de los elementos es Darren McGavin, que aporta una dosis de violencia. Ambos moviéndose según una trama apasionante de espionaje, de romanticismo y acción a través de los Estados Unidos, México y Albania.

En definitiva: una película que no podía estar ausente de Album Intervalo Extraordinario. Hoy nuestros lectores pueden disfrutarla, en versión de Paul Monier y con dibujos de García Seijas.





ERNESTO
R. GARCÍA
DELGADO

Voy a salir mamá. No me esperes a cenar. Llegaré tarde.

¿Con quién esta vez, Oliver? ¿Rubia? ¿Morena?



¡Pelirroja y tremendamente bonita, como tú!

¡Diviértete, muchacho!



Era sábado. Cuando una es viuda y los hijos se le vuelven independientes hay que resignarse a dos cosas: sentarse a tejer calcetines o asociarse a un club de mujeres benéficas y solitarias.

(Bonita como yo... ¿Quién se fijaría en mis cuarenta y cinco años?)



La madurez agrega encanto a tu imagen. ¡Por supuesto que gustarías a cualquiera!

¿De verdad lo crees, Evelyn?

¡Estoy segura, mamá, segu...



Lo dices para consolarme, como una buena hija que eres.

Lo digo porque estoy enamorada de él. ¡Es maravilloso! ¡Encantador!



¡Mira su foto y dime si no quedas hipnotizada! Es lo único que puedo hacer en su ausencia: hablarle a su retrato.



Yo pensé que hablabas conmigo. ¿Quién es este vejete? ¿Dónde lo conociste? ¿Cómo se atrevió a darte su fotografía...?



Creo que Evelyn se arrepintió de buscarme como confidente. Arrancó eso de mis manos y se hundió en un mutismo que me asustó.

¡Habla, por Dios! Eres una adolescente aún. Una cándida paíoma inexperta y frágil. ¡Ese tipo podría ser tu padre!

¿Piensas robármelo, mamá?



No creas que sólo Oliver puede andar por ahí, disfrutando su mayoría de edad. ¡Tengo veintidós años! Lo conocí en una fiesta. Se llama John y consiguió que mi corazón latiera como nunca.



¡Es un trasnochado donjuán que rompió tu inocencia! Uno de esos desocupados que...

¡Es un tipo importante! Acaso estaba un poco bebido cuando me lo confesó en el jardín, pero trabajaba para el C. I. A. ¡Es agente secreto! ¿Te das cuenta?



En estos momentos está en algún lugar del mundo, cumpliendo una difícil misión. ¡Pero no se preocupen, lo prometí!



Un agente del C. I. A. ? Conozco a la persona que puede confirmar eso.)

Un senador, Murray. Le quité esa foto a mi hija y necesito averiguar quién es el que trata de engañarla. ¡Ayúdame!

Sólo puedo hacer algo: darte una carta de recomendación. Irás con ella a ver al señor Mason y con la excusa de ofrecerte como voluntaria podrás estudiar el modo de ubicar al tal John.



Leí la carta de Murray y me miró. Creo que me sonreía una piadosa sonrisa.

¿Y qué la impulsa a querer colaborar con nosotros?

Soy viuda y me sobra el tiempo. Pensé que habría algún trabajo para mí aquí. Algo simple que llene mis días solitarios.



Escúchame, Emily: he sido amigo de tu esposo y tengo relaciones en el servicio de inteligencia, pero en este caso no puedo hacer nada por ti. ¡Hay miles de agentes en el C. I. A.!



Me besó en la mejilla, paternal y amable. Abrió la puerta de su despacho y me dio el último consejo:

No muestres esa foto a nadie allá. Te crearías problemas. Usa tu habilidad y tu simpatía. Ellos son muy celosos de sus agentes.



(Y yo soy celosa de la felicidad de mis hijos. Si ese vejete le mintió a Evelyn...)

Sígame, señora Pollifax. El señor Mason la recibirá enseguida.



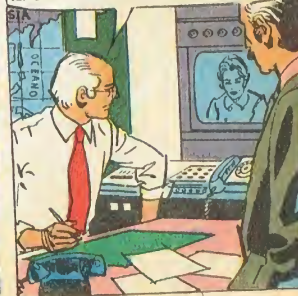
¿No tiene hijos, señora Pollifax?

Precisamente por eso es que... Ellos comienzan a sentirse libres, señor Mason. Se olvidan de mí. Quiero sentirme útil. ¿Se da cuenta?



Fui yo quien no se dio cuenta que oprimió un botón para que mi imagen apareciera en la pantalla de un circuito interno de televisión.

¡Otra voluntaria! Pero podría servirnos. Parece cualquier cosa menos una espía. Y la recomienda Murray, además. ¿Qué tal si le damos el caso de México?



¿Sabe usted lo que dice, Cartairs? Una novata allá sería capaz de...

¡De pasar por una turista vulgar y eludir admirablemente al contraespionaje! Que Mason tome su dirección. ¡La usaremos!



Me dijeron: "La llamaremos. Está lista para salir en cualquier momento y no comente con nadie que trabaja para nosotros". Una tarde...

¿Quién te escribió, mamá?

Unos viejos amigos. Me invitan a visitar México. ¡Iré, Evelyn!



Y tú te portarás como una buena chica durante mi ausencia. ¿Sabes de ese... de tu John-agente te...

Nada aún. Pero volverá. Estoy segura. ¡No hago más que hablar con él!



Yo soñaba con otra cosa. Había ido al C. I. A. en busca de resguardar la futura dicha de mi hija y me veía envuelta en una aventura apasionante que me alejaba de la soledad. "Es algo sencillo que le demandará apenas una semana", me había dicho Cartairs.

(Me ocuparé de ese John cuando regrese.)



(Ahora debo recordar todo lo que tengo que hacer. Alojarme en el Hotel Reforma. Pasearme como una turista. Y observar todas las tardes el escaparate de la librería "El Papagayo", en la calle Suncho...)



¿Sombreros, señora? ¿Ponchos? ¿Algún recuerdo de su viaje a esta hermosa tierra?

No, gracias. Aún no regreso a mi país. Habrá tiempo.



(Aún no pusieron a la vista ese libro que debo entrar a comprar: "El cuento de las dos ciudades". Es extraño. Cartairs dijo que el segundo día lo vería aquí. Y pasaron tres.)

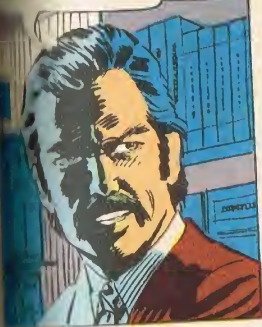


¿La ves, De Gámez? Está nuevamente allí. Y nos dijeron que sería una mujer la que enviarían. ¿Qué piensas hacer?

No lo sé. El microfilm nos llegó ayer, pero hoy supimos que mataron al hombre que lo trajo, Manuel.

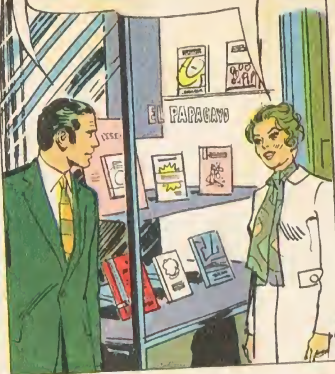


...malditos chinos pueden saber
...que el plan era esconderlo
...la tapa del libro que compraría la
...del C. I. A.! Debe ser ella, pe-
...nos otra cosa para entre-
...microfilm.



¿Desea adquirir algo, señora?

Un libro, pero aún no lo veo expuesto.
Volveré mañana.



¡Es ella! ¡Entre usted, por favor. Te-
nemos uno que le interesará.



¡Aquí lo tiene! "Setecientas juga-
das para ganar al póker". Soy el
señor De Gámez. ¿Recuerda usted
mi nombre?

...pero que sí! Yo debía preguntar por él
...vez que comprara el otro libro. Y él
...decirme aquellas palabras de la cla-
...Yo soy De Gámez y le aseguro que
...una buena adquisición".)



Lo recuerdo, señor. Pero yo buscaba
otra cosa.

¡lévese este, señora! Le aseguro que
hace una buena adquisición.



Además, como obsequio de la casa, le
entregaremos este mazo de cartas. ¡lé-
vese ambas cosas y recuérdenos!

Gracias. Es usted muy generoso
conmigo.



...había dicho más o menos las palabras de la
...lavo. Salí y me dirigí hacia el hotel. Pero
...el cliente que entró detrás mío no fue a pe-
...dir ningún libro...

¿Qué hace usted, señor...?



¡Huye, Manuel! Avisa que descubrieron todo.





Los oídos comenzaron a zumbarme esa noche, mientras leía intrigada en el hotel ese librito de póker. A caso porque lejos de allí, en las oficinas del C. I. A., Cartairs y Mason hablaban de mí.

Mataron a De Gámez y a su contacto Manuel.



Indudablemente esos chicos cubrieron el plan, Cartairs, siquiera sabemos si la señora Iñax recibió el microfilm que hará conocer la ubicación de la base de submarinos.

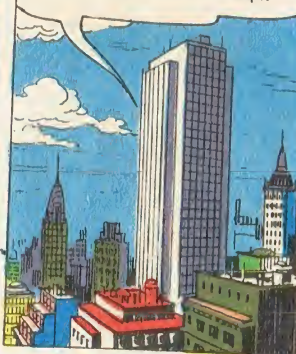


¡Pobre mujer! Le dijimos que era un trabajo sencillo.

Nuestra mala racha continúa, Mason. El otro agente que teníamos en México informó eso y desapareció. Se llamaba Farrell.



Murray, el senador, se enojará con nosotros. Su carta de recomendación decía: "Atiendan a la señora Pollifax pero no la metan en líos". Sin embargo aún confío en Farrell. Esperaremos un tiempo.



Yo no quise esperar. En la mañana volé a la librería "El Papagayo". A devolver el libro de póker y ese mazo de cartas. Pero...

"El cuento de las dos ciudades". ¡Lo pillé, por fin!

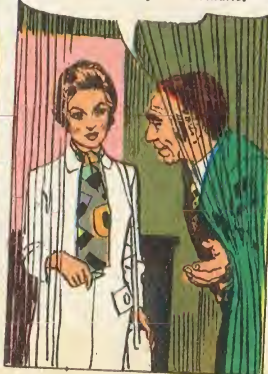


¿De verdad quiere comprarlo, señora?

Sí; y devolverle algo al señor De Gámez. ¿Dónde está?



Vendrá enseguida. Pase usted a la trastienda, por favor. Le serviré café mientras lo esperamos. Tuvo algo que hacer. Soy su hermano.



Me sirvió una taza grande. Tenía buen sabor. Pero a mi cabeza no le cayó nada bien. Inmediatamente comencé a ver que las cosas bulaban a mi alrededor.

Creo que voy a desmayar...

Me temo que sí, señora Pollifax.



... me desperté sentí como el zumbido de un gigantesco moscardón...



(Me llevan en un avión... esposada a un desconocido. Algo asoma del bolsillo de su pantalón.)



... Sebastian Farrell... De San Francisco. Cuarenta y siete años... Hay fotos (las aquí.)



Una mostraba a una morena en bikini, otra a una corista apenas emplumada. Y la tercera una carita angelical y sonriente...



¡Usted es John!

¿Me despertó para eso, señora Pollifax?



Un hombre con ropas militares y rasgos chinos entró a la cabina, nos quitó las esposas y dejó una bandeja con dos tazones de café...

Yo desperté antes. Le aseguro que me asombró saber cómo era la espía que debía custodiar en México. Siempre haber llegado tarde a su hotel para avisarle que le tendrían una trampa.



Hablemos de algo más grave, señor Farrell. ¿Qué le hizo usted a mi hija Evelyn? ¡La única muchacha decente de su colección de fotos!



¿De verdad es su hija? Por fin sé algo de ella.

Verá usted, señora. La conocí en una fiesta. Yo estaba suficientemente borracho y le hablé de amor. Debí tomar muy en serio mis palabras, porque me dio su foto y me pidió la mía.



¡Le prometió cosas también! Ella vive esperándolo. Sueña con usted. ¿Hasta dónde llegó con Evelyn, Farrell?

Aquella noche yo no podía llegar a ninguna parte con nadie. Pero sé adónde llegaremos pronto. Vamos hacia el este, entre montañas...



Me tuvo que sostener cuando aterrizamos. Nos hicieron descender en un solitario aeropuerto. Había soldados con uniformes arrugados y marrones...

¿Dónde estamos?

¿No reconoce esa bandera? En un hermoso país: Albania.



Fue territorio libre alguna vez. Los italianos lo invadieron los italianos durante la Segunda Guerra Mundial. Después los rusos y ahora está sojuzgada por la República Popular China.



¿Y qué tenemos que ver nosotros con todo eso?

Sonrió. Era realmente un tipo atractivo y simpático. Me tomó la mano y creo que mi pulso trastabilló...

Ellos suponen que usted o yo tenemos en nuestro poder algo que puede comprometer la existencia de una secreta base de submarinos en América. Cuando llegué al cuarto de su hotel lo vi revuelto. Pero si está viva es porque nada hallaron.



(Lo que debían darme estaría en ese libro. Pero De Gámez sólo me dio uno de póker y el mazo de cartas. Aquí están aún, intactos.)



Atravesamos un pueblo de campesinos y bajamos del auto frente a las montañas que debimos recorrer en burro. Realmente era un lindo lugar, pero mi ánimo no estaba en condiciones de disfrutarlo.



Soy el general Berisha, encargado de custodiar a los que traen aquí. Si obedecen las órdenes todo irá mejor. ¡Sígueme!

De acuerdo, general.



Es un oficial del ejército albanés. Un simple títere ahora que mandan los chinos. Nos guiará hasta el jefe. Sea fuerte, señora. Nos harán preguntas. Si sabe algo, cállelo.



Sucede que no sé nada, Farrell.

Lo reconocí enseguida cuando se plantó ante nosotros. Su mirada ya no tenía la dulzura que utilizó para hacernos entrar a la trastienda de la librería "El Papagayo"...

¡Usted es el hermano del señor De Gámez!

Se equivoca, señora Polina.



...el general Perdido Chong. Cubano al servicio de los antepasados
mi madre. Cuando nos dejen solos deberá responder algunas pre-
guntas. Sabemos quién es y quién la envió a México. Pero nos falta
saber a qué fue.



Cuando me juntaron con Farrell otra vez, en un sucio
calabozo, él corrió hacia mí...

¿Qué le hicieron esos miserables?

Sólo preguntas. Cállese. Todavía se comportan
mejor que algunos donjuanes borrachos
ante muchachas cándidas.



...Vídese de eso, señora Pollifax! Si no
para por esa foto que me dio, ni siquie-
ra acordaría a su hija Evelyn.

Ella lo recuerda a
usted, sin embargo.



Para matar el tiempo nos pusimos a jugar pó-
ker con las cartas que me obsequiara De Gá-
mez...

No soy lo que piensa. Sé diferenciar a las mu-
jeres. Tuve aventuras, sí, pero jamás engañé
a nadie. Si su hija se hizo ilusiones...

Hizo algo peor:
enamorarse de usted.



¡Señor Farrell! ¡Venga! El gene-
ral Perdido Chong desea interro-
garlo.



Rece por mí ahora.

...lo que sentí miedo por primera
vez. Sobre todo cuando él el disparo
sonar lúgubre en el silencio...



¿Pensó lo peor? Tuve suerte. No soporté a ese
miserable y quise patearle la cara. Pero su
mano fue más rápida para sacar el revólver.

No debió hacerlo, señor Farrell. Lo enfure-
ció. Nos ordenó no curar su herida.



Lo haré yo. Estudié enfermería algu-
na vez. Sólo necesito algo para sacar
la bala de allí.

Use mi cuchillo, señora.



Se mordió los gritos del dolor. Luego lo vendé haciendo girones una de las camisas que llevaba en el bolso. Me lanzó una mirada tierna...

Siempre me gustaron las muchachas, pero no hay como las mujeres para circunstancias como ésta. Haría usted una buena esposa, Emily.



Cállese, Farrell. El dolor lo hace delirar. Esa palabra suena rara en sus labios.

Gracias por su cuchillo, general Berisha. Indudablemente, todavía no lo contagié su jefe supremo.



Usted me trajo recuerdos gratos, señora Pollifax. Estuve en la segunda guerra, ¿sabe? Fui herido y me enviaron a casa...

Mi esposa me cuidó todo el po. ¡Fue inolvidable aquella! Luego del fuego y la muerte. Ella vive en Tirana ahora, viviendo a rándome. ¡Adiós. Trataré de llegar a ceres llegar comida cuando el general Perdido Chong se vaya de aquí, esta noche.



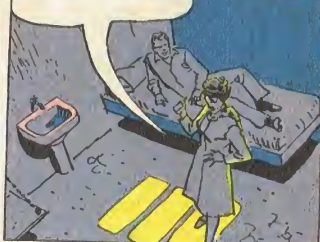
Lo conquistó, Emily. Tiene usted un raro encanto otoñal.

¿Se supone usted en la edad de la primavera, John?



Un segundo después me arrepentí de la familiaridad con que comenzaba a tratarlo. Pero él giró la cara hacia un lado y se durmió. Pasaron dos días. No volvieron a sacarnos de la celda. Veíamos el sol entrar por la alta ventana y recorrer su derrotero invariable. Hasta que una noche...

¿Oye eso? ¡Es música!



¡Festejamos la Navidad, señores! Mis soldados no pueden olvidar las viejas tradiciones. Ellos me enviaron a invitarla. Es usted la única mujer del castillo.

Vaya con él. Luego me contará.



¿Esto fue siempre una cárcel, general Berisha?

¡No! Perteneció al príncipe Stefan. Un noble señor amigo de los campesinos. Solía traerlos para sus fiestas. ¡Ah, tiempos!



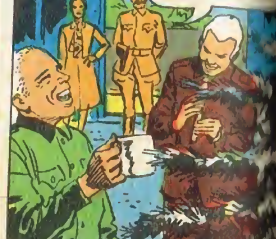
¡Éramos libres! Dueños de lo nuestro y vivíamos felices. Los chinos harán un gran país de Albania, dicen. Pero las armas no ayudan a ningún corazón...



Era un sentimental. Sus soldados habían formado una orquesta. Habían alrededor de un abeto cortado...

Falta algo en ese improvisado árbol de Navidad, general. ¡Adornos! Pídanlos formados con las cartas de póker que están en mi bolso.

¡Vaya a buscarlos!



la Na-
será pa-
nos la
ona,
uando
Chong
nos ma-
no consi-
que busca.

¿Lo cree? Hay mucho
vino afuera, John. Los
soldados se embriagarán
alentados por una mujer
alegre que los hará bai-
lar y beber...

¿Olvida lo que
hacen los ebrios
con las mujeres
que aún lucen
apetécibles?

Sólo sé lo que haré yo cuando vea la
oportunidad: huir de aquí. Con us-
ted, si mientras dura la música se
fabrica una muleta con alguna tabla
de mi cama.

Ahora entiendo una cosa, Emily.

¿Qué cosa, John?

...la mi-
a trajo en su hija Evelyn. Debí mirarla
antes de ser de futuro en aquella fiesta. Imaginar a la
que sería con el tiempo. En ella la vi a usted.

No quise desviar mi mente de ese
plan que calentaba mi sangre. U-
na a una fui rasgando las cartas
y prendiéndolas a las ramas del a-
beto. Entonces lo descubrí...

(¡Un microfilm! De Gámez debía
sospechar que conocían todo esos
chinos y cambió el libro por una
baraja.)

¡Bale conmigo la primera pieza,
señora Pollifax!

¡Claro que sí! ¡Miéntenos
todos! ¡Es Navidad y hay
que estar alegres!

...llanoche sólo quedaba en pie el gene-
ral. Me vio quitar la carta con el microfilm
y me mercó...

¿Desnuda el árbol de la felicidad?

También yo recordaré esta noche, se-
ñora. Se la contaré a mi mujer, cuando
vuelva a Tirana. Ella estará solitaria,
esperándome. Debe ser triste pasar una
Navidad así.

¡Lo hice! Pero el jefe supremo me la
negó. ¡A mí, un general condecora-
do en la guerra! Me avergüenzo de
mi estado actual.

Bebamos la última copa,
juntos.

Retiro los adornos. Los guarda-
siempre. Mientras viva. Me re-
cordarán un momento dichoso.

Debí pedir licen-
cia para ir a verla,
general.

Yo vi a John acercarse a él, por detrás. Apoyado en su muleta improvisada. Berisha sirvió dos copas de vino. John alzó su muleta para golpearlo en la cabeza...



¡Brindemos por la libertad, señora Pollifax! La suya y la mía.

¡Nos iremos juntos de aquí, usted, su amigo y yo! Ahora mismo alistaré los buros y...

¡Bravo, general Berisha!



Fuimos tres siluetas en la noche de las montañas, marchando hacia otra Navidad. John junto a mí, mirándome de tanto en tanto con una expresión que no quise descifrar. Berisha mirando hacia adelante, hacia la paz que acaso no iba a durarle, pero que igual buscaba.



Aguárdenme aquí. Hay un garaje del ejército en el pueblo. No me negarán un auto. Soy un general albanés. Aún conservo mi autoridad.



¡Seguro que sí!

Vamos hacia el lago de Escut. Ustedes bajarán allí. Entonces encontrarán un bote. La carretera los llevará al Adriático, y Tirana no está lejos. Allí se reunirán. Yo seguiré a Tirana.



¡Suerte y un beso a su esposa, general!

¡Se lo daré, señora Pollifax! Le hablaré de una mujer que me hizo recordarla y me impulsó a volver. Adiós.



John dejó de remar cuando alcanzamos la corriente del lago. El viento frío del amanecer me hizo temblar. Sentí sus brazos alrededor de mis hombros. Dejé de temblar, de frío, al menos...

¿Aún me sigues creyendo un donjuán?



Lo creeré si me hablas de amor.

No sabría cómo hablarte de amor. Empiezo a entender que hoy, nunca supe cómo era. Tendrás que enseñarme, ¿no?





"Tenías razón respecto al tal John. ¡Debe ser un caradura que se burló de mí! Un viejo con veleidades de donjuán que quiso hacerme tragar la píldora de que es agente del C. I. A..."



¡Mamá! ¿Estabas oyéndome?

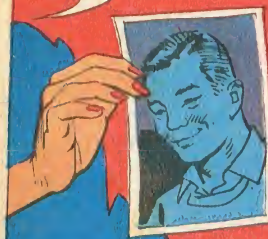


Sí, Evelyn. Continúa. ¿Quién es? ¿Algún joven de tu club? ¿Lo conoces? Veo que por fin entraste en razón.

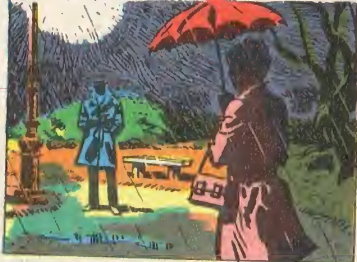


¡Es algo maravilloso, mamá! Se llama Sumo. ¿No suena perfecto? ¡Sumo Evelyn! ¡Evelyn y Sumo!

¡Es mi profesor de yudo! ¿No lo a-pruebas? Dices que es pequeño, pero yo lo veo maravilloso. ¡Lo amo, mamá!



¡Los amores de Evelyn! No quise preguntarme cuántos otros le conocería hasta verla realmente enamorada. Le dije que todo estaba bien y esa noche salté. Estaba en la esquina del parque. Llovía y envuelto en su impermeable me parecía más espía que nunca.



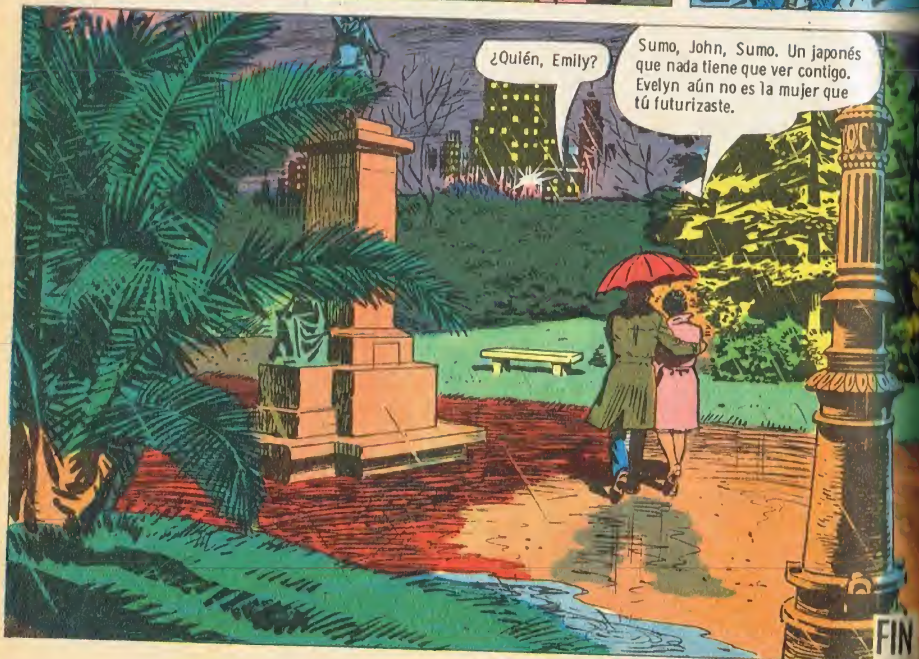
¿Se lo dijiste?

No hubo necesidad. Como en Albania alguien nos ayudó.



¿Quién, Emily?

Sumo, John, Sumo. Un japonés que nada tiene que ver contigo. Evelyn aún no es la mujer que tú futurizaste.



FIN

APRENDA UNA PROFESION LUCRATIVA



ahora

MATRICULAS ECONOMICAS

PARA AMBOS SEXOS
EN SU CASA POR CORREO

Como ya lo han hecho más de 500.000 alumnos en el continente, aproveche Ud. también nuestro práctico, sencillo y fácil sistema de enseñanza en el Hogar (Por Correspondencia).

Miles de Diplomados gozan hoy de un mejor nivel cultural porque aprovecharon las ventajas que les dio "LA PRIMERA INSTITUCION EN EL MUNDO QUE HA PUESTO LA ENSEÑANZA A DISTANCIA AL ALCANCE DE TODOS.

NO IMPORTA SU EDAD

Los Cursos que dictamos son un compendio de moderna enseñanza a distancia, profusamente ilustrados, con corrección de deberes, Diplomación, etc.

Ud. puede aún gozar de los beneficios que otorga INTERCAMBIO CULTURAL AMERICANO para aprender una profesión en su Propio Hogar, sin esfuerzo económico.

**CURSOS
QUE
DICTAMOS**



- DIBUJO
- INGLES
- BELLEZA FEMENINA
- CORTE Y CONFECCION
- CONTABILIDAD
- PERIODISMO
- RELOJERIA
- FOTOGRAFIA
- VENTAS
- ELECTRICIDAD
- AVICULTURA
- SECRETARIADO COMERCIAL

GRATIS y sin compromiso solicite informes hoy mismo. A vuelta de Correo recibirá su folleto explicativo.



**I.C.A.
INTERCAMBIO
CULTURAL
AMERICANO**

Casilla de Correo 2370
Correo Central
Buenos Aires



NOMBRE _____

DIRECCION _____

LOCALIDAD _____ F. C. _____

PCIA. EDO. _____ PAIS _____

Curso que desea estudiar _____

Por ROBIN WOOD

HISTORIETA CON DEDICATORIA

Dibujos de VOGT



¿La conocen...? Y por favor no me digan que es el obelisco después de haber hecho la huelga del hambre.



Ver los diferentes monumentos del mundo es una cosa bastante rara. Primero, claro, hay que llegar hasta ellos. ... y cuando uno llega...



Bueno... entonces los mira un poco... busca algo inteligente para decir y al final sale con algo como: "Grande ¿no?" O dice que es muy lindo y lo mira dos minutos más y después se va a buscar un sandwich. Porque el problema con la torre Eiffel, el puente de Londres, y el obelisco o la catedral de Burgos es que más que mirarlos y decir una ganada no se puede hacer.



Pero vayamos a otra cosa. Hoy voy a hacer con esta historieta algo que hasta ahora nunca había hecho.



Voy a dedicarla.



Bah. No miren con esa cara, che. Son unos mal pensados. No se la voy a dedicar a mi jefe para que me aumente el sueldo ¡no, señor...! Aunque realmente creo que sería hora que... en fin...



Un momento.



Aló. Aquí, Espinoza el grande.



Este... sí, señor jefe. No, señor jefe. Claro que sí, señor jefe. Nunca más haré esas insinuaciones durante la historieta, señor jefe. Se lo juro. Era para dar una nota de buen humor sindical, señor jefe. Claro que soy un retardado, señor jefe. Toda la razón del mundo, señor jefe.



Ustedes nunca se imaginarán quien era, ¿verdad?



...les decía, voy a dedicar
esta historieta a alguien.



Se la voy a dedicar a una especie muy co-
nocida de héroes que todos hemos visto en
el cine o en el teatro.



Sí. Se la voy a dedicar a esos héroes de pelícu-
las. Aquellos que cuando recibían un sopapo, en
vez de contestar con un golpe de karate, se a-
comodaban el sombrero (si lo tenían), olían u-
na flor y se iban calle abajo, lentamente.



Se la dedico a todos esos héroes hu-
manos que jugaban con un chico con
nariz sucia o que pisaban eternas
patas de bananas o que recibían
patadas en la cara unos inmensos pasteles
llenos de crema.



A aquellos a quienes la muchachita se les ca-
saba con otro después de darles un beso en
la frente y que se quedaban sentados en la
vereda tristemente, sacudiéndose una mota
de polvo del saco que les iba grande o acari-
ciando algún perrito que meneaba la cola pa-
ra alegrarlos un poco.



¿Cuántos de esos héroes que tropezaban
con todas las puertas del mundo
no nos trajeron una sonrisa y a veces
una tristeza chiquita y limpia como u-
na gota de agua?



Por eso voy a dedicarles esta historieta.
Para decirles "gracias" a todos ellos en
la persona de uno de estos poetas de ca-
llos angostas, esos magos de pantalones
demasiado grandes y manos siem-
pre torpes.



Y ahora veamos,
¿qué es un mimo?



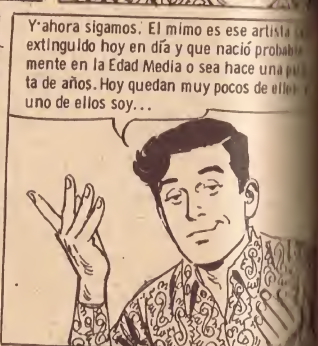
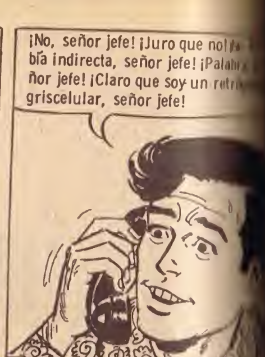
Mi cucuruchito...

Mi cochinito...



¡No! ¡Ufa! ¡No me refería a e-
so, obsesionados! Hablaba de
la mímica. El arte de ser un
mimo. El arte de hablar sin
hablar. El arte de hablar con
gestos.





...rió de pies a cabeza con un desprecio
... de aplastarle la joroba a un camello y...
... que eras un ignorante pero suponía
... ababas de corregir al menos esa falta.



¡Un momento! ¡No te permito! ¡Te advierto
que pertenezco a la raza que dio vida a
don Quijote!

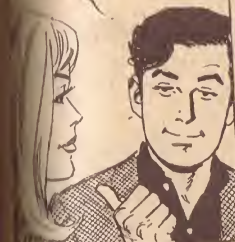
¡Sí. Y él también estaba loco



(¿Qué se puede decir ante un
argumento así? En el fondo e-
lla tiene razón.)



¡Bien. Sacá dos entradas
para verlo.



Claro. En estos casos para no meter la pata otra
vez es mejor buscarse un poco de información.

Me gustaría saber si monsieur tiene algún
libro sobre mímos.

Lamento decir a monsieur que no
tengo ninguno.



¿Y monsieur no sabría decirme dónde
podría hallar uno...?

Tal vez si monsieur fuera a la bi-
blioteca pública...



¡Mamá! ¿Qué es lo que tanto
pueden haber escrito sobre e-
llos?)



(Ahá. ¿Así que los antecesores de los
mimos fueron los cómicos medievales,
esos de los cascabeles...? Muy intere-
sante... El antecesor del mimo no es o-
tro que el famoso arlequín del teatro i-
taliano...)



En el siglo diecinueve
nace prácticamente el
arte de la mímica cono-
cido como la pantomima
gracias a Charles Debu-
ray que crea su famoso
personaje Pierrot. Luego,
nacerán los también
famosos Arlequín, Co-
lombina, Polichinela,
Pantaleón y Casandra.
¿Qué me cuentan? ¿To-
do tiene su historia ¿eh?)



En el cine mudo los mimos conocen la
fama y bastan algunos nombres como
Jean Laurel, Oliver Hardy, Charles Cha-
plin, Buster Keaton... A ésos los co-
nozco...)

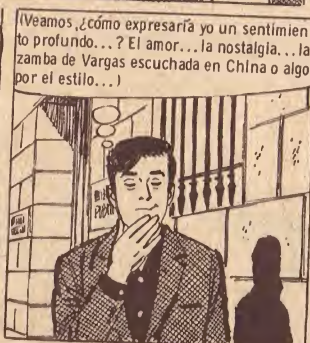
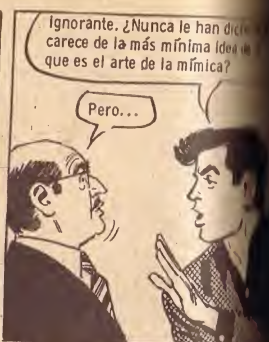


(El arte de la pantomima termina por refu-
garse finalmente en una de las figuritas
más brillantes de la expresión muda. El mi-
mo francés Marcel Marceau... A éste lo
voy a conocer.)



(O sea que el arte de ser un mimo es el de
expresar algo sin hablar, usando solamen-
te gestos. Veamos... si yo quiero decir que
tengo hambre, por ejemplo...)





Estoy tratando de afearme un
poco para que las mujeres no se aban-
den sobre mí.



No te preocupes por eso. La naturaleza
ya lo hizo bastante bien.



Bah. Habías de envidia. ¿No has visto mis
tres cuartos de perfil de príncipe árabe?

Ven, príncipe árabe, que no quiero
llegar tarde.

¡Esperá que no me acomodé el jopo!



Hay un montón de gente. ¿no?

¿Qué crees? ¡Es Marcel Marceau!



Bah. ¿y qué? Yo soy Tino Espinoza.
¿Qué tiene él que no tenga yo?



¡Ah. Está bien. Ya entendí. Y
sí que es mímica de ojito.



(Hmmm. ¿Y esa pandilla de forajidos allí?)



¿Viste, Cristina? Hay unos generales a-
llí...

No son generales. Son los porteros
del teatro.



Niñ, creo que podemos entrar. Ah. Nun-
ca olvido la vez que actué en teatro.

¿Tú actuaste?



Sí. En el colegio. Yo hacía del General Belgra-
no cuando lo de la creación de la bandera. Ha-
bía una parte en que yo tenía que gritar...



¿Juráis...?



Veo que tu camisa es de manga larga.

Mira, Pierre. ¿Será la nueva moda de smoking?

Tal vez sea un excéntrico.

(Veamos el programa. Así que me encara un personaje que se llama Algo así como el Carlitos de Chile el Felipe de Sandrini.)

(¡Uia, ¿y esos? ¿Justo tienen que venir aquí?)

¿Listas las cornetas? ¿Y las bolsas de papel?

Sí, Jean.

Este... ¿Para qué es todo eso, si no es Indiscreción?

Somos una compañía de actores de vanguardia. Queríamos interpretar aquí nuestra obra "La lengua que muerde a los dientes" pero no nos quisieron dar el teatro porque venía este payaso anticuado.

Así que nosotros vamos a poner un poco de música para que el trabajo con más emoción.

(¿Por qué me tienen que pasar todas a mí? Estos van a hacer un lío bárbaro, Cristina les va a decir que se callen, ellos le van a decir que se calle ella, y yo les voy a decir que más respeto, viejo. y ellos me van a decir que yo también me calle y se va a armar la de Samborombón.)

¡Ahí comienza!

Eso es lo que me temo.



rarísimo, con su ropa extraña y
de payasito de circo, con un som-
brero que columpiaba una flor de



La figurita blanca comenzó a moverse despaci-
to como palpando el mundo vacío de la escena...



El hombrechillo delgado ya no se movía en un esce-
nario vacío. Ahora comenzábamos a ver el mundo
mágico que lo rodeaba y que iba naciendo de sus
extraños movimientos. La gente estiraba el cuello
para ver mejor...

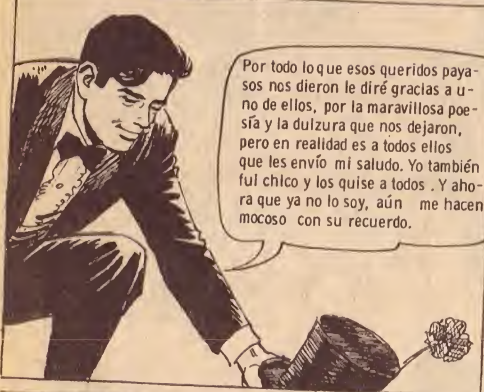




La magia se ha terminado. El teatro está vacío. Uno de los últimos magos de nuestra época se ha retirado... pero creo que he hallado algo de su magia.



Es la misma que la del hombre de la galerita y del bastón o de aquellos gordos y flacos siempre a los porrazos, o de nuestro querido flaco que andaba entre choclos y barcos que casi hundía. La misma de todos estos héroes de sillas que se rompen o de policías grandotes que los corren.



Por todo lo que esos queridos payasos nos dieron le diré gracias a uno de ellos, por la maravillosa poesía y la dulzura que nos dejaron, pero en realidad es a todos ellos que les envío mi saludo. Yo también fui chico y los quise a todos. Y ahora que ya no lo soy, aún me hacen mocosos con su recuerdo.



Por todo ello, gracias. Gracias... y hasta la vista, monsieur Marceau.

CARLOS
ENRIQUE
VOGEL



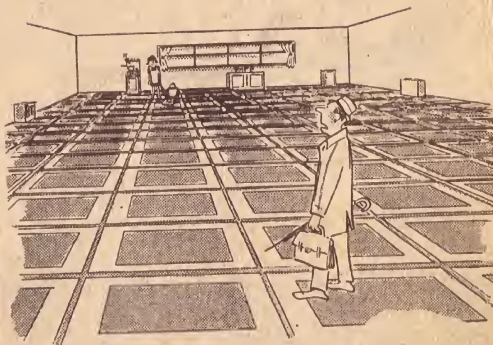
Au revoir, chie

Fin

MOMENTO HUMORÍSTICO



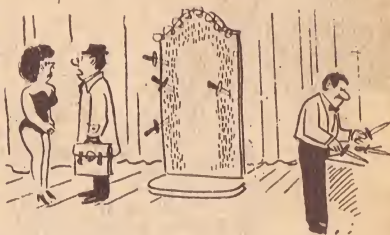
-Míralo por el lado bueno, Marta. Piensa que podía habernos salido hippie o algo así...



-Durante años me hartaste pidiendo una cocina más grande... ¡y ahora una bicicleta!



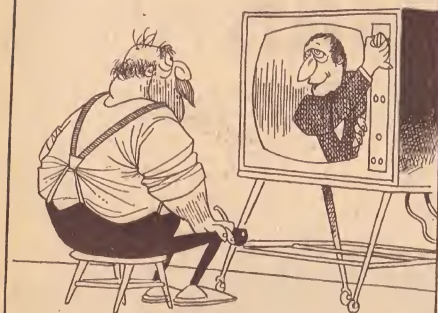
-Sigo opinando que mejor hubiera sido que pensarán en divorciarse...



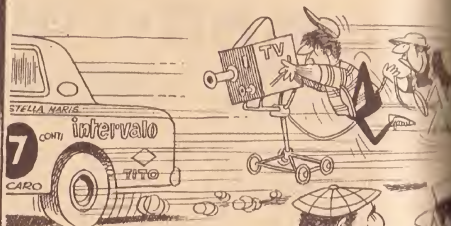
-Cuando yo le extendí ese seguro de vida no sabía que ustedes eran marido y mujer...

NOTICIERO TV

POR 



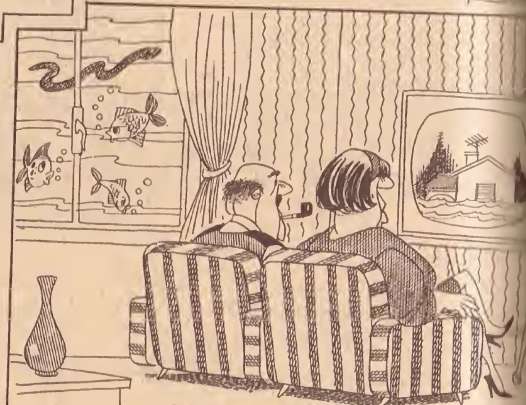
-Y con esta última noticia cerramos nuestra transmisión en el día de la fecha.



-Estos del Canal 6 siempre buscan ser primicia.



-Querido, acaba de anunciar probables charrones; poné la macetita en el balcón.

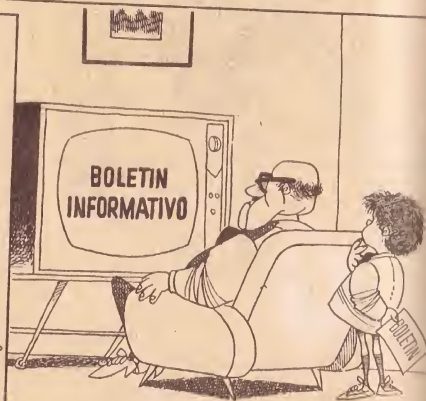


-Para estos casos, vivir en el Interior es un terrible problema.

SILLA
ELECTRICA



-¿De qué canal dijo que era?



AMAR EL MAR

Dibujos de ÁVILA

Por PIER MICHELE

Cuenta la historia, Nina, que en la India había un rey llamado Shah Jahan que amó tanto a su esposa que, al morir ésta, erigió un monumento a su amor: el Taj Mahal...

Algo más o menos así, ¿lo ves?

Y en el trazo hábil que la carbonilla dejaba en el papel, Nina veía ilustradas las historias que él le contaba. Le gustaba oírlo. Sabía muchas cosas...

Pero no es eso lo más importante del asunto, sino otra cosa.

La palabra "Gham", Nina. Porque la pena de Shah Jahan fue tan inmensa que, para poder expresarla, tuvieron que inventar una palabra nueva. Y así nació ésa: "Gham".

Si mi madre supiese todo lo que tú sabes, Solo, ahora también la usaría. Pero ella no tuvo que inventar palabras cuando mi padre murió. El era pescador, ¿sabes? Yo apenas lo recuerdo...

Era muy chica cuando aquel día no regresó a casa. Nos dijeron que su barca naufragó en una tempestad. Y desde entonces, mamá está triste. Y le puso un nombre a su dolor: mar.

Atardecía. Desde lo alto de la colina rocosa donde estaba la cabaña de él, se podía ver la playa de pescadores y las barcas volviendo. Barcas parecidas a las que usaban los antiguos fenicios, de proa muy alta...

...y con los ojos de Dios pintados en los flancos, para que estuvieran atentos a las acechanzas del mar.

Deberías irte ya, Nina. Pronto será de noche.

Antes déjame ver qué estuvieste pintando, Solo. Entremos a tu cabaña y muéstrame tus cuadros. Huele lindo tu cabaña. A tabaco de pipa, a óleo, a café.

El pueblo se llamaba Nazaré. El mar, Atlántico. El país, Portugal. Pero nadie sabía cómo se llamaba él. Por eso la niña lo llamaba Solo.

¿Y esto qué es? Me gusta, pero no acierto a encontrarlo parecido a nada.

Es el mar, Nina. Tal como yo lo veo. Ahora, al menos.

¿Tan oscuro, Solo? ¿Tan triste? Debe ser un mar triste. Se. Mi madre debe verlo igual desde que usa esa palabra para su dolor.

¿Y esto qué es?

Un hombre.

Parecía una cruz. Pero no dijo nada. No quería enojarlo. Quería ver, quedarse ahí, oírlo hablar de tantas cosas extrañas. O proponerle:

¿Y una mujer, Solo? ¿No pintas mujeres? ¡No hay ninguna mujer en tu casa!

Yo soy una niña. Me gustaría verte pintar una mujer de verdad. Grande como tú, con las formas de mi madre. ¿Lo digo que venga un día para que la conozcas?

Estás tú, Nina.

¡Vete ya!

¡Yo no pinto ni pintaré mujeres, Nina!

(Tendría que hacerlas negras, oscuras, lúgubres como el mar que te pareció triste en mi cuadro...)

Los pasos pequeños fueron bajando la colina rocosa, atravesaron la playa de las barcas con los ojos de Dios, ganaron la calle ancha y apuntaron hacia la casa blanca con balcones sin flores...

(Mamá se interesará por esa historia del Taj-Mahal. Pero al verme, comenzará por decir...)

¿Dónde estuviste, Nina? Me asustas cuando tardas. Es casi noche ya.

Estuve con Solo. Me contó cosas nuevas.

"Pero se enojó, casi me cerró la puerta en la cara cuando le dije que en ninguno de sus cuadros había mujeres... y que quería llevarte para que te pintara.

No deberías ser amiga de un ser tan extraño como él.

...no malo, mamá. Sabe mu-
cho cosas. Yo no creo, co-
mo los demás chicos de la es-
cuela, que esté loco. Debe
estar triste, nada más. Siem-
pre solo, siempre ahí arriba,
mirando el mar.

Acostó a la niña y
se quedó tejiendo.
Alguien pasó can-
tando frente a la
ventana. Jóvenes
de serenata, pes-
cadores ebrios,
gente feliz que no
sabía lo que era
perder un hom-
bre en el mar...

(Y quedarse odiando ese mar. Y haber
jurado no acercarse jamás a él.)

...lo oírlo cuando ruge
por las noches y enton-
ces extender la mano
para buscar al ausente
en el lecho solitario.
Antes era la mujer de
mi padre, ahora sólo la viu-
da del mar.)

El domingo hubo campanas en la iglesia.
Y gente que brotó de las casas parecidas
a la casa blanca sin flores en la ventana
y fue a la misa. Y cuando el padre Ma-
nuel dijo:

Pidamos por los
que amamos,
por los que nos
aman, por los
que fueron a-
mados...

(Por los que fueron amados... y nos
robó el mar.)

¡Hola, Anadía. Hace un hermoso domingo.
Llevarás a tu hija a la playa?

La playa es para los turistas que
llegan a Nazaré buscando el sol,
padre Manuel.

También es para las mujeres bonitas y
jóvenes como tú. No sigas terca, empe-
ñada en despreciar al mar. Y tú, Nina,
convéncela, empújala si es necesario
hacia la playa.

Caminaron por las calles del pueblo. La
niña quiso pararse ante el escaparate de
la tienda del señor Mondego...

¡Son iguales a los
que pinta Solo,
mamá!

Son los mismos, Nina. Mon-
dego se los compra para ven-
derlos a los turistas.

Una vez por semana él sube a la cabaña
de tu amigo ermitaño y le deja pinceles,
pinturas, comida y algunas ropas a cam-
bio de sus telas.

Creo que le conviene más a Mondego,
por lo poco que duran esos cuadros
raros en su negocio. ¿Volvemos a
casa?

Ni siquiera tomaremos el camino de la
playa. Rodearemos la colina desde atrás.
Lo conocerás y te gustará, mamá. No es
malo. Huele lindo su cabaña.

¿Y eso les con-
viene a los dos?

¡No! ¡Remos a
visitar a Solo.

Se dejó arrastrar por la niña. Pero el viento del mar la envolvía. Jugaba con sus cabellos como esas manos que ya no estaban a su lado. Y no pudo evitar que Nina gritara en lo alto de la colina...

¡Estamos aquí, Solo! ¡La traje!

No hay nadie aquí, Nina. Tu amigo no está.

¡Sí que está. Esta pintura está recién hecha. Debí esconderse al oírnos llegar.

¡No toques eso, Nina!

Entonces sal de tu cabaña, Solo. Ella es mi madre. Te prometo traerla para que la conocieras. Somos amigos, ¿no?

¡Llévatela de aquí! Sólo tú eres mi amiga.

"¡No hay ninguna mujer en tu cabaña!... Estás tú. Yo soy una niña..." Se quedó muda, Nina. Pensando en aquellas palabras que no entendía aún. Su madre miraba otra cosa...

¡Esa tabla...! Ese nombre... Estaba en la proa de una barca.

¡Vámonos de aquí!

Volveré, Solo. Y me contarás otra historia como la del Taj-Mahal. ¿Lo oíste? ¡Volveré!

Bajaron la colina, ganaron la calle ancha y volvieron a detenerse ante el escaparate de la tienda de Mondego...

¿Qué tiene Solo contra las mujeres, mamá?

No lo sé ni me importa. Es un hombre extraño.

Es un pintor medio loco y medio genio, Anadía. Mientras permanezca aquí seguiré haciendo buenos negocios con sus pinturas.

¿De verdad las aceptan los turistas, señor Mondego?

Uno se llevó todas las que tenía hace unos días. Mi cuenta bancaria crece y pronto seré de los más prósperos comerciantes de Nazaré. Pero con todo, me falta algo...

Un hogar como la gente, con una mujer bella como tú, Anadía. ¿No piensas darle un padre a Nina?

Sólo necesito al que tuvo, el que yo no olvidaré.

de esa mirada posesiva. Y la voz de
seguir siguió sonando a sus espaldas,
el augurio de un futuro que no la
dejaba...

Para levantar una hermosa casa lejos
del mar. Con paredes tan altas que ni
podría dejaran pasar el rumor de las
aguas. ¡Piénsalo!

¿No vienes, mamá? Me gusta más que
seas tú quien me lea estos cuentos por
las noches.

Iré después, Nina.

(Esa tabla en la pared de la cabaña... Ese
nombre. Mañana iré a ver al extraño pin-
tor de la colina.)

Nina estaba en la es-
trada. Era la maña-
na clara y el viento
del mar traía olor a
sal y tibieza de sol.
Ella no lo oyó llegar.
Ella se quedó ob-
servando quieta, si-
lenciosa como un
árbol o una piedra.

Pero el
viento lle-
vó hacia
él el olor
de lo que
no era ni
árbol ni
piedra...

¿Qué hace usted aquí? Le dije a Nina...

¿Significa eso que ayer me vio desde la
cabaña donde estaba oculto?

Significa que no quiero curiosos en
este lugar.

¡Aguarde! Sólo vine a formularle
una pregunta.

Esta tabla formó
parte de una
barca.

Ahora forma
parte de mi
casa.

Se llamaba Perla la barca de mi esposo
muerto. ¿Dónde la halló?

Entre las rocas costeras. Hace tiem-
po. Cuando llegué y necesité armar
un sitio donde vivir.

Ella se puso triste.
Volvió sus ojos y a-
borricó el nombre
con sus dedos tem-
blorosos. Entonces
ella se sintió obliga-
da a una palabra
de piedad o de con-
suelo...

Los despojos que arroja la marea
son de nadie, pero si usted quie-
re esa tabla...

Es sólo una madera
vieja, un nombre
muerto. De nada
me serviría ahora.
No debí venir.
Adiós.

(Tiene los ojos color mar. Casi iguales a esos ojos que una vez... ¿De qué sirve recordar?)



(“Y desde entonces mamá está triste. Y le puso un nombre a su dolor: ‘mar’”. Nina lo dijo. Ella odia al mar que le robó el amor.)



(Y yo no puedo alejarme del mar que me lo recuerda. Casi es lo mismo que odiar al mar, el amar al mar...)



Bajaba lentamente la colina. Pensando cosas. En una barca hundida en el mar, en los despojos arrojados a la playa, en un nombre muerto. Y la voz la sacó de sus pensamientos...

¿De dónde vienes, Anadía?



¿Importa, señor Mondego?



Seguro que... A cualquiera le importaría... ¿qué hace una mujer que vive lejos de todo regresando de un lugar donde hay un hombre. ¿eres amiga del pintor ermitaño?

¡Soy amiga de nadie! ¡Adiós!

¿Qué puede darte él? Su misera cabaña apunta al mar. ¿O acaso ya no odias al mar?



Era el atardecer cuando la pareja se detuvo frente a la tienda de Mondego. Parecían turistas...

¿Un souvenir? ¿Algo para recordar su paso por Nazaré, el mejor pueblo de la costa atlántica?



Nos interesan esos cuadros que están en el escaparate.

Han tenido suerte. Hace unos días trajeron varios. Podrán elegir. Son buenos, ¿verdad?

No queremos comprarlos, solamente deseamos averiguar quién los ha pintado. ¿Alguien que habita en el pueblo?



Bueno, la colina rocosa también forma parte del pueblo. ¿Son periodistas en busca de alguna nota singular? Les advierto que no tendrán éxito. “El” no suele recibir a nadie.



Vive allá arriba. En una cabaña miserable. Pero si quieren ir...

Gracias. Volveremos luego por los cuadros.



Es él, papá. Sólo un tipo como Sarto sería capaz de realizar esas pinturas. Su estilo es inconfundible.

¿Crees poder convencerlo, Perla? En Coimbra, tú y él terminaron peleados.



Coimbra, "Sarto era un po-
sible estudiante y yo la hija de
un millonero comerciante.
Las cosas han cambiado. FF-
fue que no se alejó del mar,
el mar verde que le hacía
vivir en mis ojos...



Los vio desde lo al-
to. Cerró su caba-
ña y escapó a las
rocas que forma-
ban cuevas en el
farallón. Tenía
una especie de
premonición que
se le confirmó
al oír la voz...

¿Hay alguien aquí? ¡Contes-
te, por favor!



Perla. Es ella. Ha descubierto mi refugio.
¿Por qué? No le importó saber adónde me
había ido cuando nos separamos en Coimbra...

Es inútil, papá. Debí salir. Habrá baja-
do al pueblo y...

¿Quién eres tú? ¿A quién llamas Solo?

¿Estás en la cabaña, Sarto? ¡Abre, por
favor! Soy el señor Oliveira. Mi hija
está conmigo.

Solo jamás
baja al pue-
blo, seño-
rita.

Nina Roa, una amiga de él, de So-
lo. Nadie conoce su nombre en
Nazaré. Por eso yo le puse ése.
Como siempre está solitario...



Me harás un favor, entonces. Cuando lo veas entrégale
este mensaje. También nosotros somos sus amigos.

(Se fueron ya. Pero Ni-
na quedó esperándome.
Tiene un papel en su
mano...)

Lo haré, señorita.



"Sarto: dímos con tu paradero por un ami-
go de mi padre que pasó por este pueblo y
compró una de tus pinturas. Tengo im-
portantes nuevas para ti. Recapacité y
comprendí que sígo amándote. Estamos
en el hotel Alfama. Ven a vernos. Perla."

¿Quién es Perla, Solo? ¿O debo comen-
zar a llamarte Sarto ahora?

¿Leíste el mensaje, Nina? ¡Eso
no está bien!

Ella enrojeció de vergüenza. Podría men-
tir y decir: no leí nada. Pero también
mentir por omisión diciendo la verdad:

Conocí los nombres cuando ella vio esa
tabla y dijo: "Puso mi nombre aquí, pa-
pá. ¡No me olvidó! Sarto aún debe amar-
me, como en Coimbra."



¿Qué haces ahora? Pusiste tus cosas en ese bolso, rompiste tus cuadros...



¡Me marchó de aquí, Nina!

Entonces ella entró a la cabaña y se paró ante la única tela que él perdonó...

¡Una mujer! Con ojos verdes, como los de mi madre... o como los de esa señorita que te dejó el mensaje. ¿Quién es realmente, Solo?



¿No respondes a mi pregunta? ¿Estás furioso, te conozco! Como el día que traje a mamá aquí. Y ni siquiera saliste a conocerla. Pero... ¿Destruyes también tu cabaña?



Sólo esta tabla, Nina. ¡Llévasela a tu madre! Junto con ese cuadro que intenta retratarla.



(Tal vez le guste más la tabla que el cuadro. Aunque sea apenas un nombre muerto. Yo no puedo seguir aquí, tentado por una estúpida esperanza...). ¡Adiós! ¡Vuelvo a casa antes de que llueva!

Se quedó hasta que la silueta de él fue un punto minúsculo por la playa lejana. Le dolía verlo partir. El viento creció y resolvió bajar de la colina. Con la tabla y el cuadro bajo el brazo llegó a la casa de ventana sin flores...



¡Abreme, mamá!



¿Qué traes ahí, Nina?

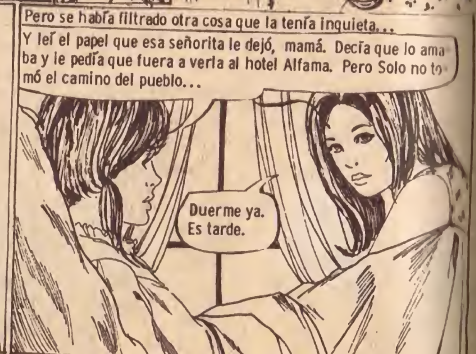
Algo que me dio Solo. Se fue, ¿sabes?



Destruyó sus pinturas y quitó esa tabla de la pared de la cabaña. ¿Por qué si no pintaba mujeres te pintó a ti en esta tela?

(“Perla”... el nombre muerto. ¡No lo sé, hija, no lo sé!

Los truenos sonaron afuera. Anadía recordó otra tormenta como ésa. Muchos años atrás, cuando Nina era una beba aún. Cerró los postigos y aseguró la puerta para que ni el agua ni el viento se filtraran en la casa...



Pero se había filtrado otra cosa que la tenía inquieta...

Y leí el papel que esa señorita le dejó, mamá. Decía que lo amaba y le pedía que fuera a verla al hotel Alfama. Pero Solo no tomó el camino del pueblo...

Duerme ya. Es tarde.

Resulta que él se llama Sarto, ¿sabes? Pero me gusta más el nombre que yo le puse: Perla. Y ella se llama Perla. El mismo nombre de esa tabla que te envié. ¿Para qué quieres tú una tabla?

Duró toda la noche la tempestad. Algunas barcas cortaron sus amarras en la playa de pescadores. Pero las otras volvieron a salir en la mañana. La vida seguía en Nazaré.

Por la tarde, Perla Oliveira y su padre regresaron a la colina...

¡La tormenta destruyó la cabaña de Sarto!

Pero él no estaba aquí cuando eso sucedió, señorita.

¡Debí irse antes, y Dios sabe adónde!

Acaso ni siquiera leyó el mensaje que le dejé a esa niña. Y no podemos quedarnos aquí más tiempo. Nos hará un favor, señor Mondego.

Le entregará este sobre. Cuando lo lea estoy seguro que no tardará en viajar a Coimbra. ¿Verdad, papá?

Seguro, Perla. Encierra una oferta tentadora que Sarto no querrá despreciar.

Lo descubrieron los chóferes del camión que pasaba por el camino. Uno vio el cuerpo tendido en la banquina y dijo al otro que debían detenerse...

Parece muerto. Debí golpearlo con algo.

¡Está vivo aún! Su pulso late. Lo cargaremos en el camión para dejarlo en el hospital de Nazaré.

Nina llevó la noticia a su casa. Parecía aterrada y amontonaba las palabras.

¡La cabaña de Solo fue destruida por la tempestad! Y en el pueblo dicen que trajeron a un hombre al hospital. El tomó rumbo al camino, mamá... ¡Debemos ir!

¡Hola, Anadía! ¿Lo sabes ya? Tu amigo está aquí. Un vehículo debió atropellarlo cuando andaba en la tormenta.

No es mi amigo sino el de Nina, señor Mondego. ¿Qué dicen los médicos?

Que vivirá, pero su mano derecha ha quedado inútil. ¡Ya no podrá volver a pintar! Hallaron documentos en su ropa. Sarto Salazar se llama. Pero ya no me importa. El y yo no haremos los negocios de antes. Adiós.

"...y así son las cosas, Sarto. Tus cuadros, esos que dejaste en el atelier que mi padre te alquilaba, gustaron a un crítico que los vio y quiso exponerlos. Todos fueron vendidos a buen precio..."



("Te darás cuenta por el cheque que adjunto a esta nota. El dinero te pertenece. Y mi amor también. Vuelve a Colombia y continúa tu carrera hacia la fama. Te espero. Perla.")



Bajó el papel cuando vio a la niña. Sonrió. Y ella no supo qué decirle. Apenas balbuceó:

Hola, Solo. ¿Estás bien?

Sí, Nina. ¿Quién te trajo aquí?



El ignora aún que, no podrá utilizar más su mano derecha, Anadía. Se lo diremos cuando esté preparado para tan fea noticia. Pero hay algo peor aún.



¿Qué?



Pronto deberá dejar el hospital y necesitará cuidados especiales en algún lugar. Pero no tiene a nadie. ¿Se da cuenta?



Sintió piedad, lástima. Y resolvió entrar y verlo. Entonces escuchó a Nina que decía:

Y cuando salgas de aquí, como ya no tienes casa, pediré a mamá que te haga vivir en la nuestra, ¿sabes? Hasta que te construyas otra, en la colina, frente al mar.



Tengo otra oferta, Nina. Pero es menos generosa que la tuya. Viene de una mujer que una vez, cuando yo vivía en una ciudad muy grande, me despreció porque nada tenía.

¿Y ahora qué tienes, Solo?



El no contestó. Miró el sobre que encerraba un cheque y comenzó a decir:

Tienes razón, no tengo nada, como antes.

Eso no es verdad, Sarto.



Tiene una amiga. Que se llama Nina y le gustará saber que su madre comparte su deseo de alojarlo en su casa hasta que levante otra cabaña.

¿De verdad, mamá?



Y Sarto se quedó en la casa de ventanas sin flores. Compartiendo una soledad que conocía. Y una noche, Nina lo llamó a su lado...



No puedo dormir, ¿sabes? Cuéntame la historia del rey que levantó un monumento a la mujer que amaba y le inventó un nombre a su dolor.

...contaré otra mejor. Una
...una mujer y un hombre
...llaban al mar. Ella
...que había perdido su a-
...en el mar y él porque
...la creído verlo en los
...de otra mujer...



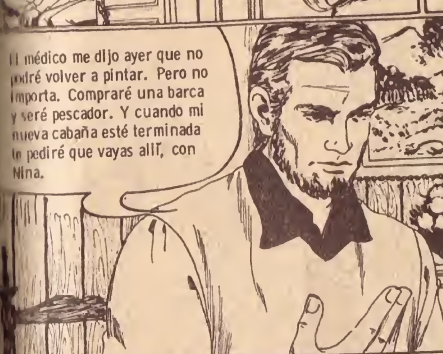
Se durmió
antes del
final. No vio
cuando Sar-
to salía de
la habita-
ción y se
acercaba
a su madre.

¿Cómo ter-
mina esa
historia?

Simplemente, Anadia. El
hombre encontró su ver-
dadero amor en otros ojos
color mar y la mujer...



El médico me dijo ayer que no
podré volver a pintar. Pero no
importa. Compraré una barca
y veré pescador. Y cuando mi
nueva cabaña esté terminada
te pediré que vayas allí, con
Nina.

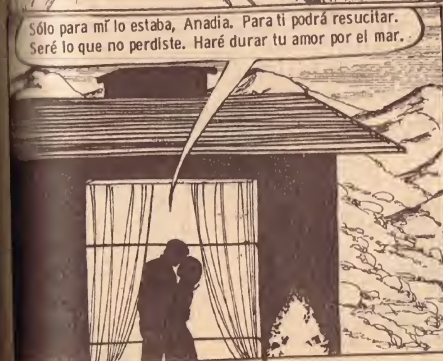


...erás capaz de recuperar tu amor por el
mar?



Ya lo hice, Sarto.
Cuando me pregun-
té si no había sido
el destino quien a-
rrrojó hasta tus ma-
nos aquella tabla
con un nombre
que, para los dos,
estaba muerto.

Sólo para mí lo estaba, Anadia. Para ti podrá resucitar.
Seré lo que no perdiste. Haré durar tu amor por el mar.

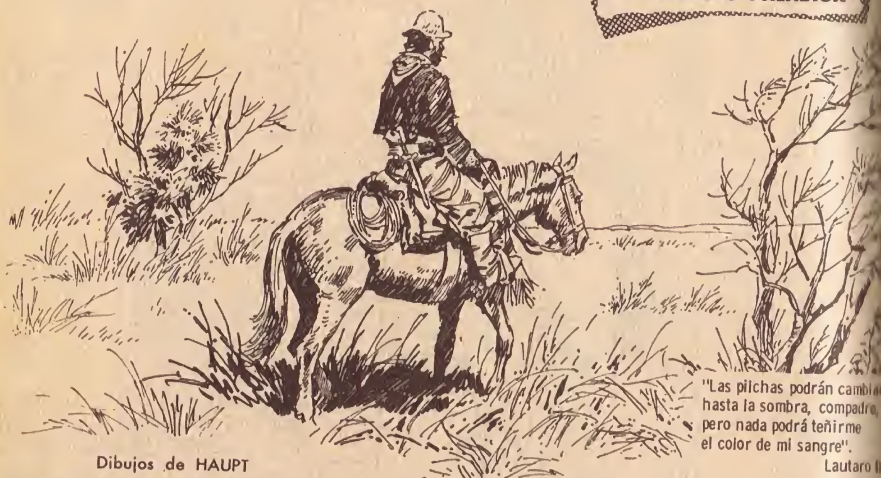


La barca se llamó
"Solo", un nom-
bre que Nina ya
no tuvo que usar
para nombrarlo.
Y él le pintó
muy grandes, en
los flancos de la
proa alta, los ojos
de Dios, para que
estuvieran aten-
tos a las acechan-
zas del mar.



EL COLOR DE LA SANGRE

Por **AUGUSTO PALADIÓN**



Dibujos de **HAUPT**

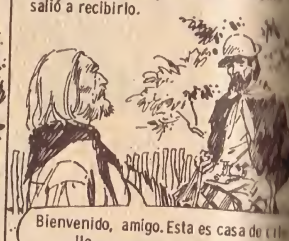
"Las pilchas podrán cambiarse hasta la sombra, compadre, pero nada podrá tñirme el color de mi sangre".

Lautaro

Nunca se supo de dónde vino. Apareció un día por el lado del campo abierto y se asentó en el barrio de los Corrales. Y era entonces este barrio la avanzada que tenía Buenos Aires sobre la pampa.

Venía derecho sobre el apero con sus prendas gauchas; la cara medio tapada entre la barba y el sombrero, rastra amonedada y facón de lima de acero al alcance de la mano.

Era un atardecer de primavera cuando el hombre, que dijo llamarse Ezequiel Taboada, detuvo su flete junto al palero que de los Lezama. Don Antonio mismo salió a recibirlo.



Se agradece. Ando buscando conchabo; si usted sabe por dónde puedo ir...

Pase nomás, amigo; ya hablaremos de eso luego y hasta quizá pueda hacerle yo el servicio.

Don Antonio Lezama tenía por aquel entonces los corrales llenos de yeguas pisadoras. Era buena aquella época en que Buenos Aires crecía y crecía ampliando cada vez más ladrillos.

Hasta ahora me he arreglado con mi hijo Emilio, pero la caballada ha ido en aumento y ando necesitando un hombre que me atienda el pisadero.



...nca hice ladrillos, pero siempre andu-
entre patas de pingos. Si usted cree que
servirle...

...hombre; de manejar caballos se trata.



Me alegra verlo así, amigo; anoche no
pude dormir pensando cómo decirle a us-
ted que por estos pagos no es bien mira-
do el andar con el cuchillo al cinto.



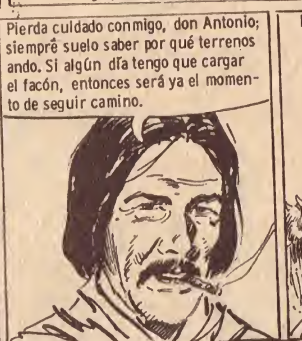
...ta ya una semana que nuestro hom-
bre trabajaba con los Lezama cuando ocu-
rrió aquel hecho.



Dejaron el mate para ir afuera a churras-
quear. Y era temprano todavía cuando Ta-
boada pidió un lugar para echarse a dor-
mir.



Por esta noche puede recogerse en el gal-
poncito aquel. Ya mañana le presentaré
a la peonada y tendrá un camastro en el
galpón grande.



Pierda cuidado conmigo, don Antonio;
siempre suelo saber por qué terrenos
ando. Si algún día tengo que cargar
el facón, entonces será ya el momen-
to de seguir camino.

Emilio, el hijo de don Antonio, ayudaba
a Ezequiel a sacar las yeguas del pisade-
ro y conducirlas al corral cuando una
potranca juguetona y mañosa se apartó
de la tropilla.



Al día siguiente muy temprano, cuan-
do don Antonio entró a la cocina no reco-
noció a aquel hombre de bombachas y al-
pargatas que ya estaba mateando.



Me tomé el atrevimiento...

Ezequiel se hizo cargo de las yeguas y traji-
naba todo el día con aquella tropilla dentro
del pisadero de barro. Don Antonio estaba
contento porque el hombre sabía manejar
los caballos.



Celoso de su tarea, Ezequiel se lanzó detrás
del animal para volverlo al redil; pero a poco
de andar oyó tras suyo el galope del caballo
de Emilio.

¡Deténgase, Taboada!



¿Qué pasa, muchacho? La potranca se va a ale-
jar demasiado.

Déjela ir, nomás; ya volverá solita. No con-
viene meterse por esos lados.



¿Hay terrenos flojos, acaso?

No; son tierras de Altúnz y... ya
hemos tenido algunos problemas
con nuestro vecino.



Se volvieron para atender a la tropilla,
pero Ezequiel Taboada se quedó con
inquietud. No pidió explicaciones, pe-
ro esa misma noche junto al fogón don
Antonio le comentó el caso.

A veces, es preferible perder un animal...



¿Tan grave es la cosa?

Eramos buenos vecinos con Isidro Altúñez hasta que llegó a sus casas un tal Amadeo Ortuño; hombre quisquilloso y de cuidado. Por ahí dicen que debe tener arreglos con el diablo.



Y yo no sé qué pensar. A los Altúñez parece haberlos engualichado porque desde que llegó parece el dueño de todo y hasta se dice que le tienen miedo al hombre.



Eramos buenos vecinos con el Isidro un día tuvimos una pelea por una... que hasta entonces habíamos usado... sin problemas. Ortuño fue quien... la aguada estaba dentro de la propiedad Altúñez y mandó a cercarla.



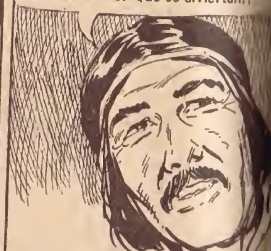
El Emilio quería pelear el asunto, pero yo ya estoy viejo para esos troles. Además se me puso en la cabeza que este Ortuño andaba con ganas de toparse con mi hijo y el muchacho es muy pollo todavía.

Un peón vino a interrumpir la charla.

¿Quiere venir con nosotros, Taboada? Vamos para la ciudad a divertirnos un poco.



Gracias, amigo, por la invitación, pero no le tengo mucha confianza al empujador; prefiero quedarme por aquí en la orillita nomás. Que se diviertan.



¿Nunca anduvo por aquí, por Buenos Aires?

Nunca. Siempre he andado por el campo; quiero sentir que en cualquier momento puedo subirme al pingo y salir al galope.



Perdone la indiscreción, pero... ¿anda usted debiendo algo?

Siempre se debe algo. He usado el cuchillo algunas veces, pero no debo nada a nadie. Estoy en paz con la justicia y conmigo.



¿Por qué enfiló para la ciudad si no le gusta vivir encerrado?

No sé; pensé que aquí uno puede... sin llevar el facón encima. Ando un poco cansado de andar con el fierro a cuestas.



Eso fue todo lo que se supo del hombre; que había manejado el cuchillo y que ahora andaba en busca de paz y sosiego. Por eso quizás cambió el chiripá por la bombacha chacarera y las botas indias por la humilde alpargata.

Un par de semanas más tarde, en el barrio se organizó un gran baile. Esta vez Ezequiel Taboada no pudo negarse a la invitación de los peones porque el baile era allí, en la orillita nomás...



Vamos, amigo; ya verá qué lindas mozas hay por el lugar.

Ezequiel accedió y se fue con todos al Social, como le llamaban a aquel inmenso galpón mal iluminado en donde las parejas danzaban al compás de una música improvisada.



una copita de caña y se instaló en
don a observar la rueda.

(¡O verdad que hay lindas mozas!)

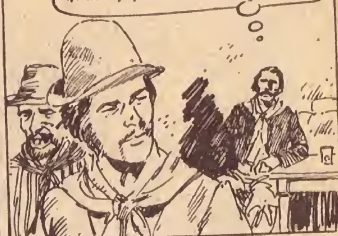


Por golpe de vista nomás había compro-
bado que la más hermosa muchacha
era aquella de vestido celeste y una
rosa prendida en el pelo. Lamentó
no ser más muchacho esa noche.



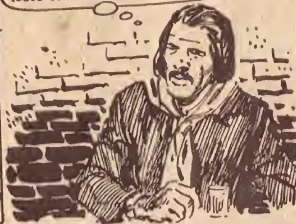
Por pura curiosidad, Ezequiel siguió la direc-
ción de aquella mirada femenina y al cabo de
ella se encontró con alguien conocido.

(¡Pucha, que tiene suerte el Emilio!)



Primero lo vio salir a Emilio; luego, pa-
sado ya un rato, la muchacha se fue
acercando a la puerta y desapareció en la
oscuridad de afuera.

(¿Por qué no podrán bailar adentro como
todos estos muchachos?)



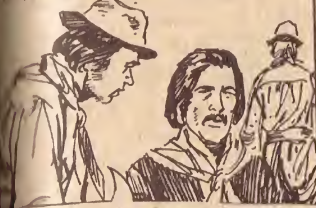
A la sonrisa comprensiva de su cara le si-
guió un gesto de preocupación. Pues alcan-
zó a ver un inquietante movimiento en la
otra punta del galpón.



Entretenido en mirar las disimuladas señas
que hacían los dos pichones y se alegró
al ver lugares donde la vida tenía esas
mujerzuelas hermosas, música, tra-
fionrado, una rosa en el pelo de una
mujer.



Le gustó la cosa y siguió observando aun-
que no entendía bien. Pero muy pronto se sa-
lió la duda con un peoncito de don Antonio
que pasaba junto a él.



Ese es Amadeo Ortuño. Tenga cuidado, Taboa-
da, porque es hombre de pendencia.

Seguía observando y vio cómo Ortuño
mandaba tres de sus hombres afuera.

(Creo que será mejor que me vaya acer-
cando. No sea que le den un susto al
Emilio y a la moza.)



Salió por una puerlitita lateral y se
quedó parado para ir acostumbrando
los ojos a la oscuridad. A poco, deján-
dose guiar por un suave murmullo,
se encontró con los dos jóvenes.

(Menos mal que llegué primero.)



No permite, buena moza? Tengo que ha-
blar unas palabras con el Emilio.

Sí; con permiso me retiro.



¿Qué tiene que decirme, Taboada?

No te enojés, muchacho; pero creo
que podés tener...



No continuó hablando porque oyó detrás su-
yo la presencia de aquellos tres hombres.
Emilio no había oído ni visto nada. El se dio
vuelta y encará las sombras.

¿Qué se les ofrece, amigos?



Entonces se hicieron ver y uno de ellos habló con altanería y exigencia.

¿Dónde está la muchacha?

Las muchachas están adentro, bailando. Pasen nomás; no hay que pagar entrada.

El que había hablado de los tres adelantó un paso y tomó a Emilio de la camisa.

No te hagás el zonzo. A vos te preguntó dónde está la Blanca.

Ezequiel se quedó callado, quieto, llorando por los otros dos. Esperaba la respuesta de Emilio y éste respondió nomás como lo había deseado.

Yo no lengo que dar cuentas a nadie. Y menos a tu patrón.

Los que flanqueaban a Ezequiel se le acercaron a Emilio con claras intenciones de participar en la "discusión".

(Creo que voy a tener que entrar en tema nomás.)

El hombre había arqueado el brazo hacia Emilio preparando una sorpresiva trompada a la altura de la oreja de Emilio, pero se quedó en el ademán cuando vio que algo vino a pagarle en la oreja de Ezequiel.

Emilio seguía ocupado con su hombre y no se daba por enterado de lo que sucedía a su alrededor. Así fue como Ezequiel Taboada tuvo que hacerse cargo.

Es feo esto de andar con ventaja, amigo...

Y así anduvo Ezequiel repartiendo zapatillazos entre aquellos dos que no dejaban pelear tranquilo a Emilio.

Después de aquella sacudida, Ezequiel Taboada se sintió más joven, más fuerte y como con ganas de seguir estrujando los músculos todavía un poco más.

La pucha que hacía tiempo que no peleaba como muchacho.

Y el resultado fue apenas algunos moretones para ellos y para los otros el haberle quedado la cara tan roja por los zapatillazos que ni se atrevieron a volver al baile.

Al entrar nomás Ezequiel percibió aquella mirada entre sorprendida y rabiosa del tal Ortuño. También vio la impaciencia de Blanca.

¿Qué relación hay entre esa moza y Ortuño?

Ella es la hija de Isidro Altúñez y se la ha prometido a Ortuño de esposa.

Y supongo que ella al que quiere es a mí, ¿no?

no voy a dejar que la casen con ese mulevo. Será mi mujer a las buenas...

...viene andar con calma, muchacho.

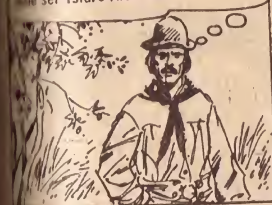


...que es peligroso. Esos tres que tuvimos que aporrear hace un rato eran gente que es incondicional. No sé qué tiene ese Ortuño que domina a todo el mundo. ...que estuviera endiablado...



...había bastante lejos de las casas pero más o menos podía ver el movimiento del patio. De pronto alguien salió de la cocina y se dirigió al corral.

...pelo blanco, medio encorvado...ése me parece ser Isidro Altúnez.)



Ya no se puede esperar más; esto noche me ha pedido que la saque de al lado de ese hombre. Y lo he decidido: voy a hacer los preparativos y una día de éstos me la llevo.



Al día siguiente - domingo - después de matear, Ezequiel ensilló su caballito y salió al trote a campo abierto.

(Con más cuidado habrá que andar si el diablo anda metiendo la cola.)



Siguió los movimientos del hombre que en el corral se puso a ensillar un caballo.

(Parece que va a salir. No esperaba tener tanta suerte. Espero que me siga la racha.)



Mirá, muchacho; si no desprecias mi ayuda hacéme caso y prometéme pensar bien el asunto. Realmente creo que ese hombre es peligroso y no se puede andar jugando.



Después de un rodeo se allegó a las inmediaciones de la "zona prohibida", como solían llamarla los peones a las tierras de Altúnez.

(Parece que la gente aún duerme.)



Estudió la dirección del jinete, y, después de un nuevo rodeo, le salió el encuentro.

Buen día, paisano.

Buen día, amigo.
¿Anda perdido?



Me parece que no. Ando buscando a don Isidro Altúnez y me parece que es usted.

El mismo; ¿en qué puedo servirlo?



Quisiera echar unos parralitos con usted, si me permite. ¿Qué le parece si desmontamos junto a aquel ñandubay? Tengo tabaco y podríamos pitar un poco.



Al oír las palabras sinceras y abiertas de Ezequiel, Isidro Altúnéz pareció sumergirse en un negro pozo de pesar y amargura.

Hay cosas que ni uno mismo puede explicarse, amigo. Cuando uno se da cuenta, no se puede volver atrás.



No me interesa su pasado, don Isidro; pero, ¿cree usted tener derecho a sacrificar a su hija por él? Si usted tuviera una deuda con la justicia o con quien fuera, quizá debería pagarla; pero su hija tiene derecho a ser feliz.



¿Pero, cómo...?

Si usted no puede enfrentar la situación, deje hacer a los muchachos. Emilio tiene pensado llevarse a su hija; ella está de acuerdo y ya han apalabrado al cura de la parroquia.



El hombre aceptó gustoso aunque algo extraño por la invitación.

Usted dirá, amigo...

Se trata de su muchacha. Quisiera saber si en verdad piensa usted casoriarla con Ortuño.



¿Qué es lo que usted teme de ese hombre? ¿Acaso es cierto esa historia de que tiene trato con el diablo?

Si fuera eso... rezando se acabaría la historia.



No es deuda, es vergüenza. Y usted tiene razón. ¿Quién es su amigo?

Emilio Lezama; el hijo de don Antonio.



Se quedó en silencio, un largo silencio en donde se cobijaba quizá un largo arrepentimiento y una ancha alegría. De pronto se puso de pie, montó en su caballo y dijo a modo de despedida:



¿Acaso usted también la pretenía? preguntó sorprendido don Isidro.

No, yo no; pero sí un amigo mío y me explicamos cómo usted puede dar la mano de una muchacha tan hermosa y gil a un hombre como Amadeo Ortuño.



Entonces hay otra historia, ¿verdad?

Sí; una larga, vieja y triste historia vieja que yo ya la creía olvidada pero un día vino este hombre para hacérmela dar. Y desde entonces no vivo en paz; tiene en sus manos.



Ah, esa también es una vergüenza. Pelearme con Antonio por una simple aguada. Las cosas que le obliga a hacer a uno la debilidad.

Quizá llegó el momento de ser fuerte.



A veces, los jóvenes son más valientes que los viejos. Que se haga su voluntad entonces...



...án su bendición, don Isidro?

Ya la tienen; desde el fondo de mi corazón ya la tienen.

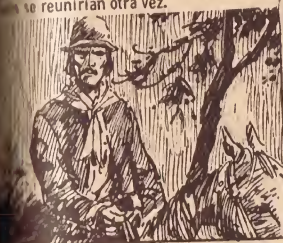


...he del "rapto" llegó. Emilio no cabía dentro suyo y a la muchacha se le hacía inacabable el tiempo de espera.

...que seas muy feliz. Emilio es un buen hombre, como yo. Yo algún día tendré la libertad de abrazar los juntos.



...habían puesto su esperanza en que haría la mejor forma de librarse del "rapto". Ortuño; también la tenían en que pasando un poco de tiempo se reunirían otra vez.



...el golpe de varios caballos que les traía advertencia y la inquietud.

Vayanse, vayanse ya!

No, padre. Si es Ortuño lo esperaré aquí.



(¡Pucha! ¿De dónde he venido yo a oficiar de casamentero?)



El cura, que estaba advertido de todo, los bendijo en la pequeña capilla que hacía de parroquia del barrio de los Corrales. Unos pocos amigos presenciaron la ceremonia.



¿Dónde está Taboada, padre? El es el padrino y...

No sé, hijo; no lo he visto por aquí.



Y era Ortuño nomás; Ortuño y sus peones.

¿Dónde está mi prometida?



Blanca ya es mi esposa.

Pues entonces quedará viuda.



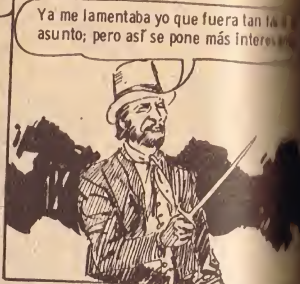
Fue entonces cuando todos lo vieron. Se había acercado silenciosamente, pero el magnetismo de su presencia fue tan fuerte que todos se volvieron hacia él, hacia Ezequiel Taboada.



Soy el padrino de esta boda. Si alguno tiene objeción, deberá hablar conmigo primero...



Ortuño entendió enseguida el desafío y jando de su caballo sacó el arma.



Ya me lamentaba yo que fuera tan frío el asunto; pero así se pone más interesante.

Ezequiel también se bajó de su caballo y, silencioso y concentrado, fue a pararse frente a Amadeo Ortuño.

Saque el cuchillo, hombre, que estoy impaciente.

Para sacarlo siempre hay tiempo; pero una vez desenvainado ya no puede volver atrás. ¿No cree que usted debe ya abrirse y dejar paso libre a estos muchachos?



¿Qué pasa, paisano? ¿Tiene miedo?



Se quitó lentamente el poncho que traía sobre el hombro, se envolvió con él el brazo y, también lentamente, se quitó las espuelas. Y entonces, sin que nadie viera cómo lo hizo, apareció de golpe en su mano el facón.



Y los hombres se trenzaron. Se trenzaron en una lucha a vista, punta y tajo. A una lucha que reclamaba sangre...



Y la primera sangre fue la de Ezequiel Taboada.



El Ortuño era mañoso; hacía brincar el cuchillo en un gueteo engañoso y escurridizo. De vista había que soltarlo para no cederle campo. Pero los ojos de Taboada eran como víboras de rápidos.

Y aquellas víboras vieron la presa; una presa quizá vacía, quizá repleta de quien sabe qué tinieblas, quizá una presa ya muerta hacía tiempo. Las víboras vieron la presa y el facón de Ezequiel Taboada la alcanzó: la puñalada llegó limpia y directa al corazón de Ortuño.

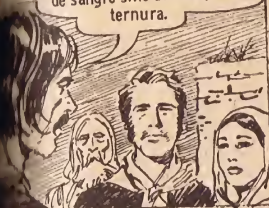


En estas cosas siempre hay uno que se mata a sí mismo. Que Dios me perdona...

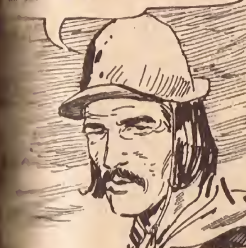


...o Ortuño, los peones que lo
habían seguido se fueron alejan-
do en silencio.

...y ya pueden partir, muchachos;
no debe ser para ustedes una boda
de sangre sino de vida y de
ternura.



...dije, don Antonio, que el día que
viera que cargar nuevamente el far-
tería el momento de seguir camino.
el destino.



...así, como había llegado a aquellos arraba-
les de Buenos Aires, así también se fue por
la ancha puerta de la pampa...



Los vieron alejarse; algunos con lágrí-
mas en los ojos, otros con el corazón
estrechado de alegría. Pero todos con
un secreto sentimiento de liberación:
de algún modo sentían que por ahí ha-
bía andado el diablo y que había perdi-
do la partida.

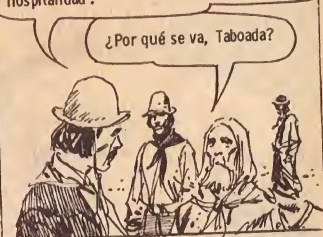


Uno puede cambiar de ropas, dejar el chiripá
por las bombachas, las botas por las alparga-
tas; pero la sangre... Mire el color de esta
sangre, don Antonio.



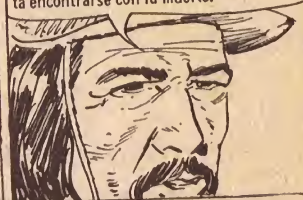
Ezequiel montó en su pingo y se alejó a
don Antonio.

Adiós, amigo; le agradezco el conchabo y su
hospitalidad.



¿Por qué se va, Taboada?

En el color de la sangre está escrito el des-
tino de cada uno. Y el mío ha sido siempre
el cuchillo y no puedo separarme de él.
Quise ser un hombre aquietado, pero el
que mata una vez ya no tiene reposo y
su destino es seguir por los caminos has-
ta encontrarse con la muerte.



Fin

**VAMOS
A,
REÍR**

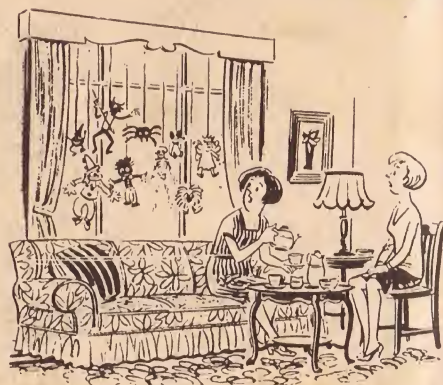


**Recuerda
este
quepis?**



**ESPERELO !
LLEGA EL
9 DE FEBRERO**

- Mejor la tiras de nuevo
al agua, Alberto. No me
cabe en la sartén...



- Todo comenzó con la ven-
tanilla trasera del auto...

TIFFANY THAMIES

PODERES OCULTOS

Por PAT TOURRET
Y JENNY BUTTERWORTH

Tiffany! Se te
ve preciosa.

Basta de zalame-
rías, Adrian, y
al grano.

No me trajiste a este
restaurante de lujo
sólo para hacerme
cumplidos.

Me has leído el pensamiento.
Necesito tu ayuda... desespe-
radamente.

¿Cuál es tu proble-
ma, Adrian?

La maldita boutique
que voy a abrir en
Bilkington.

Y no podré hacerlo. Tengo
que estar en Nueva York
para vestir a la Wilkinson
para su nueva comedia mu-
sical.

¿Y entonces?

Quiero que tú inau-
gures mi boutique,
Tiffany.

¡Oh, no!

... el departamento. ...

¿En Bilkington? ¡Ugh! No
iría allá por nada del mun-
do.

¿Es que no lees los perió-
dicos? Es ahí donde ocu-
rrieron esos casos de bru-
jería... sepulcros abier-
tos y todo lo demás.

¡No seas in-
fantil, Jo!

Se necesita algo más
que eso para asustar-
me.

Una semana después...

Adiós, Adrian. Y no te preocupes por la boutique.

Contigo al frente del negocio, ¿qué podría salir mal?

¡Ah, casi me olvidaba! Tienes que pasar el fin de semana con Grant Adkins.

¿Quién es él?

Un tipo sumamente atractivo. Te encantará. Igual que a todas las chicas.

El sábado a la mañana...

(Bien, vamos a Bilkington. Y eso que se ve entre los árboles tiene que ser la torre de la iglesia.)

Repentinamente...

¡Alto!

¡Usted es estúpido!

¿Está loco? ¡Casi me caigo por delante.

Tengo que hablar con usted. ¡Es muy urgente!

Usted es Tiffany Thames... La conozco por las fotografías.

Escuche. Tengo que estar en Bilkington Hall para almorzar dentro de cinco minutos.

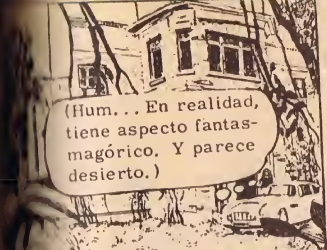
¡No! ¡No debe ir! ¡Es un lugar maldito! ¡Maldito!

Aléjese de Adkins y de Bilkington Hall. Se lo advierto.


(Es un tipo divertido...)

(Esto de las brujerías y de las tumbas abiertas tiene impresionada a la gente.)

(¿Pero qué diablos tiene que ver eso con Grant Adkins y Bilkington Hall?)




(Hum... En realidad, tiene aspecto fantasmagórico. Y parece desierto.)



¡Hola! ¿Hay alguien aquí?




¡Aaaaah!




Entrar en Bilkington Hall, Tiffa presenta una extraña figura.

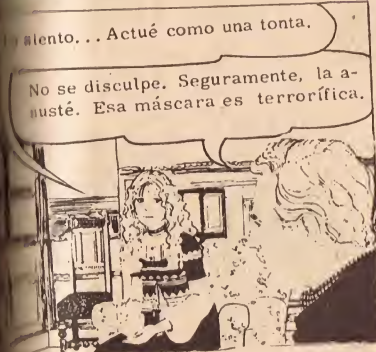
¡Aléjese de mí!
¡No... no!



Mi querida señorita Thames, lo lamento sinceramente.




Siéntese, y le traeré un cognac.




¡Lento... Actué como una tonta.

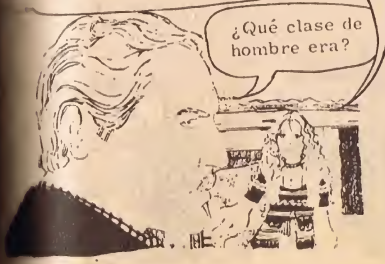
No se disculpe. Seguramente, la asustó. Esa máscara es terrorífica.



Hum... sí, especialmente después de que ese chiflado se me pusiera repentinamente delante del coche y me hiciera esas advertencias.




¿Quién? ¿Quién era? ¿Qué le dijo?




Mientras venía hacia acá, un hombre me detener el coche y me dijo que éste era un lugar maldito.

¿Qué clase de hombre era?



Vulgar.. Más bien joven. De anteojos. Ropa desprolija.

¡Ah, habrá sido Barnes el vicario!



No se deje asustar por él. Ve fantasmas a cada paso.



El vicario no aprueba mi proyecto.

¿Qué proyecto?

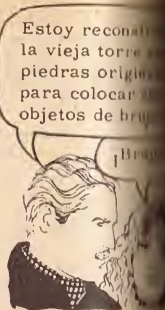


¿Usted se dedica a la brujería?

No se muestre tan sorprendida. Este es el siglo veinte.



Soy un coleccionista. Un historiador. Venga, se lo mostraré.



Estoy reconstruyendo la vieja torre con las piedras originales para colocar los objetos de brujería.



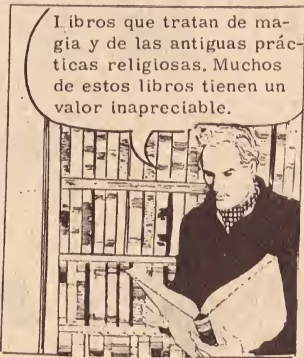
Ahí lo tiene.

¡Dios!

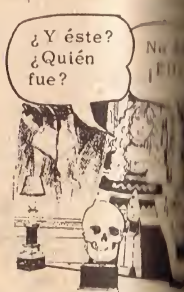


Instrumentos para sacarles confesiones a supuestas brujas...

¡Ugh! Es algo bestial!



Libros que tratan de magia y de las antiguas prácticas religiosas. Muchos de estos libros tienen un valor inapreciable.



¿Y éste? ¿Quién fue?

No sé.

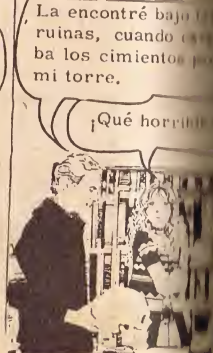


Es muy interesante. Uno de mis primeros descubrimientos.

¿Suyo...?



En los tiempos antiguos, cuando se erigía un edificio importante, era costumbre hacer un sacrificio... generalmente una joven.



La encontré bajo las ruinas, cuando estaba ba los cimientos de mi torre.

¿Qué horrible!

... tarde, en el almuerzo...

¿Fuera serio cree que con una chica hicieron un sacrificio humano?

Me temo que sí.

Hay en los huesos de la nuca una marca de hacha que no deja ninguna duda.

Señor Adkins, me voy a casa, si no tiene inconvenientes.

Y le recuerdo la hora.

¡La boutique de Adrian! ¡Casi me lo olvido!

la inauguración de boutique...

y ahora, declaro oficialmente inaugurada la boutique!

¡Aquí, por favor, señorita Thames!

¡Una sonrisa, preciosa!

¿Me firma un autógrafo?

Venga. La sacaré de aquí antes de que sea demasiado tarde.

¿Qué cree usted que está haciendo? ¡Suéltame!

Adkins es un chiflado. Un insano.

Es tan cuerdo como usted. Tal vez más.

Señor Barnes, ¿quiere soltar a mi huésped? ¿O quiere que lo obligue a hacerlo?

¿No se da cuenta de que está en peligro?

La señorita Thames es mi huésped. Deje de molestarla.

¡Ella no volverá a esa siniestra madriguera suya, Adkins!

Está haciendo un papelón, Barnes. Pasémoslo por alto.

¡No permitiré que ella termine como Ana Jakes!

¡Sé lo que usted le hizo a esa pobre chica!

Cuide su lengua, Barnes.



Las sanciones para la calumnia y el ultraje son sumamente severas.



Ese hombre es de remate. Hay que hacerlo...



Parece fuera sí.

¿Quién era la chica que mencionó el vicario?

¿Te refieres a Ana Jakes?



Era una adolescente a quien tuve la desgracia de emplear.



Encontraron su cuerpo en una zanja. Algunos meses, a unos veinte kilómetros de aquí.

¡Qué horrible!



¿Qué le pasó a Ana Jakes?
¿Fue embestida por un coche?

Había sido asesinada.



Algo brutal. Un "asesinato ritual", según la policía. Nunca hallaron al asesino.



(¡Ugh! Lamentablemente haberlo preguntado.)



Querrás descansar y cambiarte antes de la cena.

Un baño me vendría de perlas.



(Adrian tenía razón. Grant Adkins es un cantante.)



(Pero no me seducen sus gustos literarios. Son excesivamente peluznantes.)





la brujería en
"mediana"...
"deja religión",
"juicios
"ajados..." "¿Qué
"religión para la
"causa en la ca-
"sa")



(Tal vez Jo tuviera razón.
¡Hay algo sumamente raro
en Bilkington!)



(Este asunto de la brujería
parece haber impresionado a todo el mundo,
especialmente a mí y al
vicario.)



simple pero dra-
matico... Especial
para Bilkington
y Grant Ad-
ams.)



Oh, lo siento, señorita... Ve-
nía para arreglar la cama y
poner el fuego.

Está bien, se-
ñora Soames.

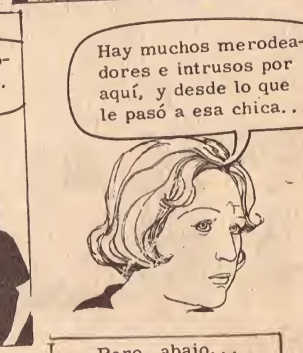


El amo quiere que me va-
ya antes del anochecer...
cuando él cierra los portone-
s.



¿Los cierra
todas las no-
ches?

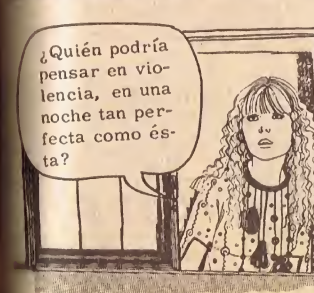
Sí, y a ho-
rario fijo.



Hay muchos merodea-
dores e intrusos por
aquí, y desde lo que
le pasó a esa chica...



¡Ugh! Ojalá no me hu-
biera recordado eso.



¿Quién podría
pensar en vio-
lencia, en una
noche tan per-
fecta como és-
ta?



Pero, abajo...
¡Grrrr!



Hay algo afuera... Algún ani-
mal peligroso en el jardín.

No se preocupe por Anubis, señorita. Es sólo un perro.

¡Y bien grande!

Bueno, el señor Adkins dice que si uno va a tener un perro guardián, será mejor que el perro sea grande.

Me voy, señorita, para que el señor Adkins pueda cerrar el portón.



¡Tiffany, estás adorable!

(Sus ojos... Me mira como si estuviera enloquecido.)

Estás temblando.
¿Tienes frío?

No, no es nada.

(Es raro... Esta casa es una bía de personalidad con oscuridad... como si realmente hubiera algo malo en ella.)



¿Tomamos el café en la biblioteca?

¿Sería descortés si te dijera que no?

Ha sido un día muy agotador, y...

Acepto separarme de ti, pensando que tenemos todo el fin de semana para estar juntos.

¡Por supuesto! ¡Qué desconsiderado soy! Te sentirás muy cansada.

(Una cosa es segura. No voy a pasar otra noche en esta casa.)

(Grant es encantador, y el vicario está chiflado cuando habla de fantasmas y vampiros...)

(...pero de todos modos, hay algo raro en esta casa. Algo espeluznante.)



...después...

...luna... y esas
...denadas lechuzas...
...que no podré dor-
...)

(¡Ugh! Nada agradable
de leer. Todos son li-
bros sobre brujas y te-
mas de terror.)

(Tal vez abajo, en la
biblioteca, haya algo.)

...olor ex-
...so... co-
...de incien-
...Y hay al-
...en el
...bajo.)

El es-
tudio
de
Grant
Ad-
kins.

No te apenes, mi peque-
ña. Pronto terminará tu
soledad. Ella se unirá a
ti pronto... pronto...

(Lo primero que haré
mañana por la maña-
na es irme de esta
casa, ¡y no volver
jamás!)

...la mañana siguiente...

...ffany, espero
...hayas dor-
...ido bien.

No muy bien...

¿Algo te mantuvo despierta?
¿Oíste algo? ¿Algún
merodeador?

Las lechuzas hicieron
un barullo infernal toda
la noche.

La luna las mantiene
inquietas. Nos aseg-
uraremos de que la
próxima noche la pa-
ses más tranquila.

...Grant, me
...oy de aquí
...esta misma
...mañana.

¡No puedes
hacer eso!

¿Que no puedo?

Está bien. Pero me iré
inmediatamente después.

Le arruinarías el día a la se-
ñora Soames. Ella preparó u-
no de sus platos especiales
para el almuerzo.

Tiffany ha decidido volver a Londres.

Veo que es inútil tratar de persuadirte para que te quedes.

Me temo que sí. Debo volver a la ciudad.

Adiós, y gracias.

Volverás algún día. Lo sé.

Minutos después

¿Por qué?

Es el coche entiendo. No puede arrancar!

¿Qué pasa con el motor?

No sé. Cuando vine acá, funcionaba perfectamente.

¿Hay algún garaje en el pueblo?

Me temo que no. El más cercano está a veinte kilómetros de aquí. Y cierra los domingos.

Entonces, pido un taxi por teléfono.

Infortunadamente, el teléfono está descolgado.

¿No hay teléfono?

La señora Soames dice que todas las líneas del pueblo están averiadas.

Entonces, préstame tu coche para ir a la estación más próxima y...

Será un placer para mí.

Lamentablemente, el mecánico se lo lleva anoche para hacer el servicio.

(¿Estoy inmobilizada aquí!)

No pongas esa cara trágica. Mañana, todo se solucionará...

...y estarás libre para volar como un pájaro.

(¿Lo estaré, realmente?
¿O mañana será demasiado tarde?)

Bien, señorita. Vengo a decirle adiós.

¿Se va ya?

Las noches se hacen más
y el amo querrá cerrar
los portones.

¡Ese hombre es un mal-
vado!

¡Pronto ella se reu-
nirá contigo...!

(Algo va a pasar....
¡Algo terrible!)

(Tengo que sa-
lir de aquí an-
tes de que sea
demasiado tar-
de.)

Más tarde...

Toma, Anubis. Toma
esto, lindo perrito.
(¡Tómalo, bruto!)

...muro... Tal vez pueda
prepararme a él. Pero el pe-
rro...)

(En la cocina debe haber car-
ne, o algún hueso, algo para
mantener ocupado a ese bruto.)

Rengueando penosamente...

(¡Gracias a Dios! No falta
mucho... Allá se ve una luz.)

¡Ligue con eso,
Anubis. Y oja-
da te atragan-
ta.)

(Tengo que huir...
antes de que Grant
Adkins note mi au-
sencia.)

Tiffany ha escapado,
pero al caer se tuer-
se un tobillo...

(¡Ay, mi
tobillo!)

¡Señorita Thames!
¿Qué pasa...?

¡Señora Soames!
Ayúdeme, por
favor!

¡Señora Soames, tiene que
ayudarme a salir de aquí!

El señor
Adkins está en-
loquecido... Planea algo
horrible... ¡Estoy segura!

Baja, Tiffany. Te hemos estado esperando.



¡Usted aquí! Señora Soames, no entiendo...

Comprendiendo que se halla atrapada, Tiffany trata desesperadamente de llegar a la puerta.



¡Deténgala!

No te resistas. Es inútil. Y si gritas, nadie te oír.



Tiffany vuelve en sí.



¿Dónde estoy?
¿Qué van a hacer conmigo?

La doncella elegida... sacrificada para traer la buena fortuna a un nuevo santuario de la vieja religión... Mi torre...

¡Está loco!



¡Esto es el siglo veinte! ¡La gente puede desaparecer impunemente! ¡La policía lo intentará!



No cuentes con la policía. Muchos testigos, incluso la señora Soames, jurarán que te vieron salir de aquí después del almuerzo.



Y yo tendré que admitir que tomaste vino en exceso.



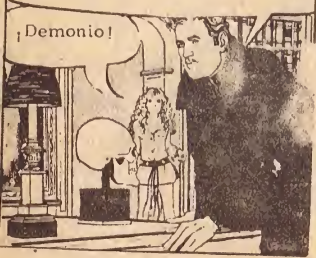
¡Lo tenía todo preparado!

Ellos lo sentirán mucho, pero no se preocuparán de encontrar tu coche en el fondo del precipicio de Hobb...



Tu cadáver desaparecerá, lentamente arrastrado por el mar.

¡Demonio!



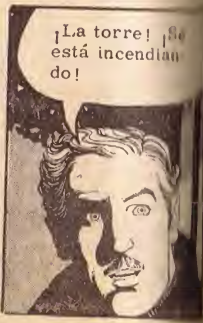
Repentinamente...

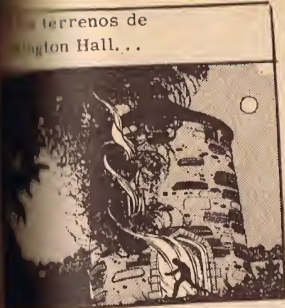
Alguien está afuera... en el jardín.

¿Cómo pudo eludir la vigilancia del perro?



¡La torre! ¡Se está incendiando!





terrenos de
ington Hall...

¡La torre! ¡Tengo que salvarla!



¿Pero... y ella?

Puede esperar hasta después. No tiene a-dónde escapar.



¡Usted!



yo... Y debería estar agra-
da por ello.

-Una hora más, y
usted hubiera es-
tado haciendo el
papel principal
de una horrible
ceremonia...



¿Pero... cómo
lo sabía?

No soy tonto. Reconoz-
co la maldad cuando
la veo en los ojos de
alguien.



¡Pronto, mientras estén ocupa-
dos con el incendio!

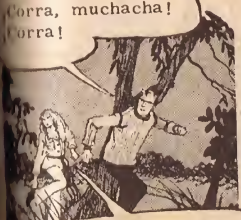


Pero el perro...

No se preocupe por él. Le
hice un disparo... Inofensi-
vo, claro, pero lo tendrá
fuera de acción por una ho-
ra.

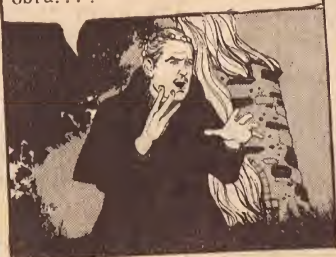


Corra, muchacha!
Corra!



No puedo... Tengo
el tobillo torcido...

¡Usted hizo esto! ¡Ha arruina-
do todos mis planes! ¡Toda mi
obra...!



¡Me las pagará, aunque tenga
que estrangularlo con mis pro-
pias manos!

Tiffany... La po-
licía... Telefónee...



-No puedo... Las líneas están cortadas. ¡El ha cortado los cables!



De pronto, la torre se desmorona despidiendo una lluvia de fuego.



¡Aaaah!



¡Pronto, ayúdeme a ponerlo a salvo!

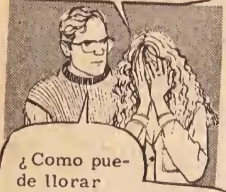


¿Está...?

Sí, está muerto.



¡Es horrible... horrible!



¿Como puede llorar por alguien que pudo haberla matado horriblemente?

Lloro... agradecida de que todo haya pasado.



Venga, la llevaré a la vicaría. ¿Dónde está su coche?



¿Mi coche...? No funciona. Fue así como empezó todo. Quedé aquí atrapada.



Probablemente, Grant lo desconectó a propósito. No se preocupe. Yo lo arreglaré.



Un carro de bomberos avanza en la noche...





— ¡Menos mal que la torre quedó destruída! Ya bastante mal se hizo allí.

En la vicaría...

Bien, haré que mi hermana le prepare un café, mientras yo llamo a la policía.



tarde...

¡Menos mal, señorita, que pudo escapar, gracias al reverendo.



¿Quiere decir que ustedes sabían que Grant Adkins tramaba algo, inspector?



Digamos que teníamos una ligera idea sobre el asesinato de la otra chica... pero conseguir pruebas era una cosa totalmente distinta.



la mañana siguiente...

Fue un placer.

¡Adiós, Tom. ¡gracias. Aunque eso es decir poco, ya que me salvaste la vida.



Vete por el camino en la dirección opuesta. Así, no pasarás por Bilkington Hall.

Gracias por el consejo. Lo seguiré.



(Adiós, East Bilkington... para siempre.)



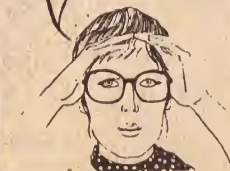
en el departamento...

¡Hola, Jo! ¡Estoy de vuelta!



¿Dónde diablos has estado? Ayer te estuve esperando. Pudiste haberme telefonado.

¡Ha sido un fin de semana detestable! Rompí una taza de porcelana... y el picador de carne se descompuso, y...!



¡Jo, es maravilloso volver a casa!

Vamos, Tiffany! ¡No es para tanto!



FIN



- ¿No podrías tener pasatiempos como fútbol, naipes o boites, como los demás maridos?



- Pregunta todo lo que quieras de las vacaciones, pero por favor, ni se te ocurra mencionar la pesca con arpón...

ELLAS Y

NOSOTROS



- A mi esposo le gusta comer afuera.

Recuerda este latón?

ESPERELO!



LLEGA EL 9 DE FEBRERO

LA COMIDA CHINA

Por PAOLA MUR

Dibujos de MORAGA

Entró al bar. Acaso porque afuera llovía (yo, al menos, pensé eso). Porque era un bar de los suburbios y ella olía a Quinta Avenida, con su tapado de visón y su cabellera rubia...



Me acostumbro a beber más de la cuenta, pero aquella noche algo me pasaba. No sé qué. Has de la soledad tal vez, o simple aburrimiento. Me da a pensar. Por eso había ido a ese sitio donde nadie me conocía...



¿Te lo dijo ella... negro? Sólo brindé por su belleza. ¿Lo prohíbe alguna ley?



No tengo sencillo, pero puedo darte...





No me gustó cómo ese hombre dijo negro. No por que tuviera algún complejo al respecto, sino porque él también lo era y no debía usar el tono que usan algunos blancos. Me costó incorporarme sobre la acera mojada.

¿Está usted bien?

-Seguro... ¿De verdad la molestó mi brindis?

En absoluto. Y se lo probaré ayudándolo. Creo que bebí demasiado. ¿Puede llegar hasta mi auto?



Un buen café cargado le hará bien. Llegaremos a mi departamento enseguida.

¿A su departamento?



"Oíla a Quinta Avenida..." No estuve muy errada en mi apreciación primitiva. Vivía cerca de la Quinta Avenida. Un ambiente lujoso y contable. Me pidió que me sentara en un sillón.

Si alguien me viera aquí, con usted...

Descuide. Estoy sola, ahora.



Aquí está el café prometido. Bévalo y se sentirá mejor en cuestión de minutos.



Yo soy Glenda, Gary. ¿Qué es la primera vez?

Que me pasa algo así con una mujer como usted. ¿Por qué lo hizo? Digo, ¿por qué me ayudó?



Me contestó más tarde, cuando supuse (acertadamente) que yo estaba sobrio.

Necesito un favor que puedo pagarle muy bien.



¿Quién le dijo que necesito dinero?

Bueno, lo echaron de ese bar por no pagar.

Ese mozo negro no me dio tiempo. Cuando metí mi mano en el saco iba a sacar la chequera.



Puso cara de asombro. No me creía. Pero cambió cuando efectivamente le mostré mi chequera. Parecía dispuesta a cambiar también en todo lo demás. Y por eso le dije:



Hágame otro favor ahora. Póngase el abrigo y acompañeme de nuevo a ese bar. Pero en taxi esta vez.

¿Va a desquitarse de ese mozo apresurado e incrédulo?

No. Voy a recuperar algo que olvidé.



Mi auto. Es ése. No tan lujoso como el suyo, pero eficiente, Glenda.



Volví a advertirle un gesto de duda. Pero se convenció cuando me vio abrirlo con mis propias llaves. Subió, se cruzó de piernas (perfectas, lo aseguro) y me sonrió.



bien, ahora me lleva a mi casa y en paz, señor Gary Porter.

¿En paz? No; usted me había empezado a pedir un favor.

Sí, pero ya sé que no necesita dinero.



¿Quién se lo dijo? Aún debo pagar un montón de cuotas de este auto. Jamás desprecio un trabajo extra. ¿Tiene hambre?

¿Hambre? Es casi medianoche.



Mi hora favorita para cenar. Aquí hacen unos ricos platos chinos. ¿Estuvo antes?



No.

En realidad, no quería perderla. Me miraba con algo que quise suponer ternura. Y me gustó que no se inmutara cuando los otros clientes del restaurante se codearon señalando el ingreso de una muchacha rubia y un joven negro.



Parece un buen sitio, Gary.

¡Es. Pero no se deje guiar por los nombres de los platos. Deje que sea yo quien pida la cena.

¿La especialidad de la casa, señor Porter?

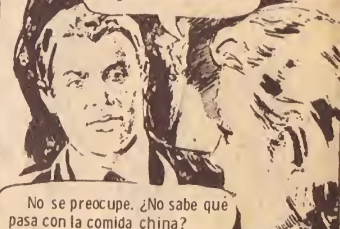


Seguro, Chin. Y vino blanco. Del mejor.



Dejó (como yo) los platos limpios. Parecía feliz. Y era tan rubia, tan bonita, tan dulce...

Creo que olvidé mi régimen esta noche.



No se preocupe. ¿No sabe qué pasa con la comida china?

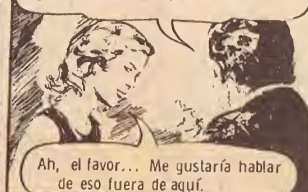
Usted parece saberlo todo. ¿Qué pasa con la comida china?

Tiene una particularidad, Glenda: a la hora, uno vuelve a tener hambre. Lo verá.



Sonrió. Le ofrecí un cigarrillo y se lo encendí. Los otros seguían interesados en nuestra muestra de "antiprejuicios raciales". Pero creo que ella ni siquiera se fijaba en el color de mi piel...

¿Cuál es ese favor que debo hacerle?



Ah, el favor... Me gustaría hablar de eso fuera de aquí.

Bueno, no sé qué lugar elegir ahora... Conozco una cafetería...

No habrá mejor sitio que mi departamento, Gary. ¿SÍ?



Fui a ese bar de los suburbios buscando a un hombre.

Sólo van negros allí. No está lejos de Harlem, Glenda. ¿Acaso ese hombre es negro?



Dijo que sí. Le pregunté (no sé por qué se me ocurrió la pregunta) si ese hombre le había robado algo...

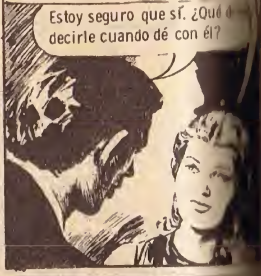
En cierto modo sí. Pero no importa ahora. Se llama Harris.

¿Nombre o apellido?



Harry Harris. Es todo cuanto sé de él, aparte de que es negro. ¿Crees que podrá ayudarme a encontrarlo?

Estoy seguro que sí. ¿Qué dices cuando dé con él?



Que lo envía Glenda Baxter, nada más. Su misión será traerme aquí a ese hombre, Gary. ¿Le dije que usted no parece totalmente negro? Tiene, no sé, algo distinto...

Mi padre era negro y mi madre italiana. Se conocieron en el Bronx.



Recuerdo poco a mamá. Murió cuando yo era niño aún. Solía pronunciar muy dulcemente mi nombre...

¿Mas o menos así...?



-¿... Gary?

Sí, más o menos así... Glenda.



Confío en usted, ¿sabe? Me gusta la gente como usted. Y no me pregunte por qué. Simplemente porque sí. Si encuentra a Harry Harris no crea lo que pueda decirle.

Responderé a su confianza. Lo prometo.



Me costó dormir esa noche. Pensé todo el tiempo en ella. No es muy común que una muchacha rubia, hermosa y apetecible se encuentre tan tierna con un tipo como yo, negro. Aunque sólo le interese pedirle un favor. Claro que iba a hacérselo. La suerte parecía estar de mi parte en ese asunto. En la mañana...



(Vamos a llamarlo casualidad o no)



(Pero Glenda dio con el tipo justo. No en vano nací y me crié en el barrio de Harlem. ¡Tuvo que ser justamente Harry Harris!)



Todos negros en aquel bar de billares. Muchos dicen que no sabrían diferenciar a un negro de otro, pero con Harry no había problemas...

¡Moviste la bola, Harry!
Y eso está mal.



(Ahí está; el más pícaro de los pícaros...!)

Un momento, Harry.

¡Gary Porter! ¿A quién está buscando aquí?



A ti exactamente, Harry. ¿Conoces a Glenda Baxter? Tiene un bonito departamento cerca de la Quinta Avenida.



No acuerdo, la conozco. ¿Qué pasa con ella?

Necesita verte. ¿Vamos ya?



¡No, Gary! ¡No hice nada malo! No tengo obligación de ir. Ni tú tienes derecho a llevarme por la fuerza.

¡Juro que no hice nada malo! ¡Adiós!

¡Espera, Harry!



Fue inútil. Cruzó la calle y un camión me impidió ver para qué esquina tomaba. No podía seguirlo a ciegas. Resolví caminar dos cuadras y subir a la casa de una vieja amiga...



Ella debe saber algo.)

¿Está usted en casa, señora Harris?



¡Gary Porter! El no está aquí... ¡No está, te lo aseguro!

Seguro, Anita. Pero debió telefonarte. ¿Lo hizo?



Lo hizo. Como antes, te pidió que metieras algo de ropa en su maleta. Y tú, fiel esposa, lo haces. ¿Dónde debes llevarla?



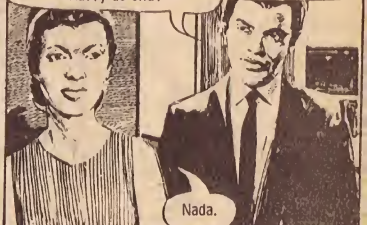
¡No hizo nada malo, Gary! ¡No esta vez! Se regeneró. Trae plata limpia a casa. Está buscando un buen trabajo.

Sí, lo vi... leyendo los avisos clasificados en el paño verde de un billar del Martin's.



Buena mujer Anita. En un tiempo, antes que conociera a Harry, ella y yo, bueno... casi fuimos novios. Seguía bella como siempre, pero su mirada me huía como nunca...

¿Qué sabes de Glenda Baxter, Anita? ¿Qué te dijo Harry de ella?



Nada.

¡Te lo juré, Gary. No sé nada.

No lo hagas. Tú no tienes necesidad de jurar, conmigo. Adiós.



Había mil lugares para buscar a Harry Harris. Resolví no buscarlo y ver a Glenda. No sé si porque el asunto me interesaba cada vez más, o porque ella me interesaba cada vez más...

Ah, usted. Pase. ¿Dio con ese negro...? Digo, ¿con ese hombre?



Dijo bien al decir negro. Todas las cosas tienen un nombre y a nadie ofende usarlo. Dí con él. Pero escapó al oír el suyo. ¿Qué pasó en realidad?

Hablaremos de eso después, Gary. ¿Almorzó ya? Tengo comida lista.



cociné yo misma. Espero que le guste.

Me gustará, no lo dude, aunque no sea china.



No. Quiero arreglar sin escándalos este asunto. ¿Lo traerá a mí, Gary?

Sí; lo prometo.



Eso significa...

Que me gusta tenerlo cerca. Y que cuando el problema Harry Harris quede atrás, los dos podríamos pensar con más calma muchas cosas.

¿Sí, Gary?



¿Tú otra vez? ¿Qué pasa ahora, Gary?



Lo mismo que antes, Anita. Pero peor. Harry está en peligro. De muerte, podría decir. Necesito verlo.

Ah, respecto a eso. Tenía razón. Anoche, en cuanto usted se marchó, volví a tener hambre.

Se lo dije. Sucede siempre así con la comida china. ¿Me dirá por fin qué pasó realmente con Harris?



La comida que hizo no era china, ni siquiera japonesa, pero después se comportó como una gheisa. Sirvió café y se sentó a mi lado. Muy a mi lado en realidad. Era tibia su contacto. Grato el aroma de su perfume caro. Segura mirándome como si no advirtiera que era negro.

Usted tiene "angel". Me gusta.



Me robó veinte mil dólares.

¿Sí? Entonces debió denunciarlo a la policía. ¿Lo hizo?

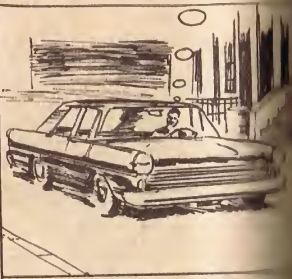


Usted también... y demonio, además. Debería hacerle un montón de preguntas más sobre Harry Harris. Y sólo me pregunto por qué no se las formuló. ¿Por qué, Gloria da Baxter?



No lo sé. Acaso porque comparte mis sentimientos actuales.

(Tendré que verte otra vez. Ya habrás olvidado la valija a tu esposo. Deberás pedirme si recurro a una vieja trampa...)



Se marchó. Es la verdad. Lejos.



El nunca se iba muy lejos. Te quiere demasiado para darse de ti. Debí irse a un sitio del que puede regresar otra vez en cuando. ¿Cuál?

¡Se regeneró, Gary! Me lo juró. Yo creo en él.

Yo sólo en ti, Anita. Pero aún lo considero un amigo a Harry. Realmente quiero ayudarlo. ¿Dónde está?



¡En una cabaña de Jersey City! Kilómetro 40 de la ruta 80. Cerca del Motel Roxy. Techo rojo y puertas verdes; sola en medio del bosque. No te perderás...



Cierra bien esa puerta al Irte, Gary Porter. No quiero que los vecinos me oigan llorar.

Gracias, Anita.



Me sentí un canalla. Lo hacía todo por quedar espléndido con Glenda. Pero algo había pasado. Algo malo a juzgar por la actitud de Harry.

(Iré mañana a esa cabaña. Ahora necesito...)



Sí, soy yo, Glenda. No, aún no estoy con Harry Harris. Pero mañana lo tendré en su departamento. ¿Puedo verla ahora?



Sí... Hay un concierto público en el Central Park, como todos los sábados. Ahí en una hora, Gary.



Volví a casa y me cambié de ropa. Quería, necesitaba impresionarla. ¿Se le dice amor a estas cosas? Un negro no tiene muchas oportunidades con una muchacha rubia...

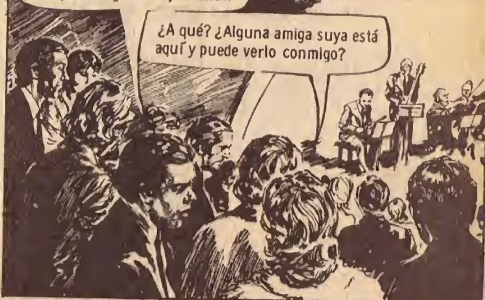
¿Tardé?



Casi nada. El concierto comienza recién.

Estoy arriesgándome, Glenda.

¿A qué? ¿Alguna amiga suya está aquí y puede verlo conmigo?



Algo de eso. Aún debo preguntarle un montón de cosas y no lo hago. Me arriesgo a una desilusión.



¿Por qué?

Porque te quiero.



Dejó su mano en la mía pero me obligó a callar. La orquesta atacaba la Quinta Sinfonía. Yo pensaba mil cosas. Ninguna lógica, pero todas cálidas, tibias, prometedoras.



Te quiero, Glenda Baxter. Por eso te traeré a Harris mañana.

Yo también te quiero, Gary; aunque no me traigas a nadie. Tomaremos un café en casa cuando el concierto acabe.



A matarnos el hambre por una hora, Gary. Adiós. Pensaré en ti todo el tiempo.



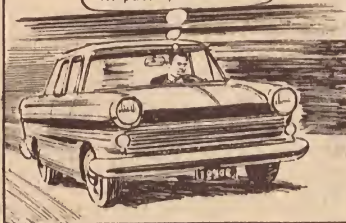
Me pareció que duraba un siglo. O dos. Fuimos en mi auto hasta su departamento. Sirvió el café prometido. Renovó promesas. Yo le creía. Me miraba como a un hombre; no había colores en sus ojos. Y era rubia. Al despedirme...



¿A qué hora partes mañana hacia esa cabaña?

Y yo en ella. Era amor. Había dado con mi muchacha rubia. No me importaba lo que pasaba o pasaría con Harry. A las ocho en punto salí de casa. A las y media estaba en la ruta 80...

(No puedo perderme...)



A las ocho. Sólo te dije que Harris está en una cabaña. Calcula una hora para llegar, cinco minutos para convencerlo y otra hora para regresar. A las diez y cinco lo tendrás aquí.



Y por la noche iremos a ese restaurante chino otra vez.

(¿Juraría que un auto me está siguiendo? Pero sólo debe ser mi costumbre de suponer que me siguen...)



Kilómetro cuarenta. Vi el Motel Roxy. Desvíe por el camino de tierra que desemboca al bosque.

(Es ésa. Techo rojo y puertas verdes. Buen sitio elegiste, amigo mío. Te asombrará verme.)



Dormía en un camastro, como un bendito. Lo sacudí...



¡Gary!

¡Vístete y salgamos! No puedo perder mucho tiempo.

¿Te lo dijo Anita! ¡Seguro que sí! Fui un tonto al confiar en ella.

Sí, fue Anita. Te quiere bien.



(Puerta sin llave. Nunca fuiste muy cuidadoso, Harry, aunque, acaso, la verdad es que no tienes dinero para pagar una cerradura...)



¿Te quiere a ti! Siempre te quiso. Eras el tipo confiable y de seguro porvenir...

Hasta que llegaste tú y supo que el amor no ve las conveniencias, Harry. ¡Apúrate! Debes confiar en ella. La engañé para sacarle tu escondite.



Ni siquiera me preguntas qué pasó entre Glenda Baxter y yo. ¡No hice nada malo! ¡No llegué a hacerlo, Gary!



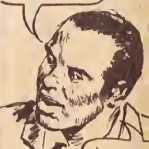
Tienes dos minutos para explicarme qué era lo que debías hacer y no hiciste.

Me dio veinte mil dólares; debía hacer algo para obtener otros veinte. Alguien debió recomendar-me a ella. Quizá alguno de mis viejos complines



¿Era un robo, Harry? Tú, antes, solías comer algunos...

Pero luego de mi caso miento con Anita cam-bié. Traté de conse-guir trabajos decentes. Es difícil, tú sabes...



Lo que Glenda Baxter me pi-dió no lo había hecho nunca...

Recordé las palabras de ella: "Si encuentra a Harry Harris no crea lo que pueda decirle..."



¿Qué te pidió?

Que matara a un tipo... El trabaja en una obra del nuevo camino a Cleveland. Es ingeniero. Debía empujarlo al lago Erie...

Fui a las obras, Gary. Pero no pude hacerlo. Estuve tres días lejos de Anita. ¡No soy un asesino! Vi al tipo, pero no pude...



Te dije que no debías creerle, Gary. Está mintiendo.

¿Qué haces aquí, Glenda?



Te seguí desde que dejaste tu casa. Quise ahorrarte trabajo. Este es mi hermano James. El y yo arreglaremos el asunto con Harris. Vuelve a Nueva York. Y llámame esta noche.

Yo miré al que ella llamaba hermano. Era blanco y me miraba como algunos blancos miran a los negros. Es decir: no me miraba como ella. Me sentí confundido. Pero la quería. Iba a ordenar su casa, cuando...



¡No te vayas, Gary!

¡No me dejes solo con ellos! Eres policía, ¿no? Y mi amigo, además. ¡Debes creerme!



¿Policía? ¿Lo eres realmente, Gary?

No lo soy. ¿No te lo dije nunca? Sólo sucede que estoy de vacaciones...



¡Cometiste un grave error, Glenda! Te dije que dejaras este asunto en mis manos... ¡Quiétenlos los dos!

Ahora tendremos que liquidarlos aquí. Y apurar los planes para liquidar a tu esposo. A partir de aquí seré yo quien se encargue de todo.



Era verdad... ¿Puede ser tan tonto contigo?

Lo siento, Gary. Supuse que eras un tipo común. Un tipo como Harris, al que podía comprarse con dinero.



Hazlo pronto, James. Estaré esperándote en el auto. Con los oídos tapados para no escuchar los disparos. No fingi demasiao contigo, Gary... Pudimos llegar a ser buenos amigos, los dos. Me gustan los que son como tú.



Sin saber por qué le creí. Cerró la puerta al salir. El aire trajo su perfume y me lo arrojó a la cara, como una burla. El otro parecía dispuesto a cumplir su plan, pero...



¡Ayúdame con él, Gary!

¡Seguro, Harry! Siempre elogió tu rapidez de manos..., como muchos pasajeros del subterráneo.



Al registrarlo descubrí que efectivamente se llamaba James Baxter. Era hermano de Glenda. Había también un pasaje de avión en su bolsillo. Para el que salía esa noche hacia Méjico. Harry fue en busca de la policía local y Glenda no se resistió. Los esposaron después.



Esta noche no habría ninguna cena en el restaurante chino, Glenda...

Tus falsas promesas serían como la comida china: a la hora uno vuelve a tener hambre otra vez. Adiós. Yo también siento haberlo conocido.



No dijo nada. Se iba rubia, linda, apetecible. Pero culpable de organizar con su hermano la muerte de un esposo rico para heredarlo...

Cuando yo me eché atrás ella me buscó para asegurarse de que no hablaría nunca, Gary. Iban a liquidarme hoy. Y también a ti. Luego el hermano mataría al ingeniero mientras ella estaba fuera del país...



Me ayudaste cuando dije que gracias a mí desbaratase el plan, pero tendré que devolver esos veinte mil dólares.

Seguro, Harry. También te ayudaré a conseguir un buen trabajo. Y Anita no sabrá nada de esto.



Lo vi sonreír. Amaba a Anita en realidad y por ella se regeneraría totalmente. Pero eso no compensó mi dolor ni mis falsas ilusiones. Había perdido a mi muchacha rubia. Sólo me quedaba olvidar y buscar otra, como Anita.

No debí arriesgarme con ella. Me engañó en todo. Es de las que se fijan en el color de la piel.

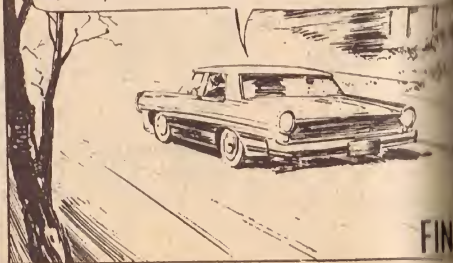


No lo creas, Gary. Entre muchas otras, hubo una razón muy importante que me impulsó a no caer en la tentación de cometer aquel asesinato en Cleveland.

¿Cuál, Harry?



Ver al esposo de Glenda Baxter; era como tú y como yo: negro.



FIN

HUMORADAS



- Mejor busquemos un par de muchachos pálidos. Los tostados ya están por regresar...

- Eduardo, me gustaría saber si harías toda esta ceremonia si hubiese ganado yo al ludo...



- Sólo queremos enseñarle los rudimentos del caminar. Total, tendrá docenas de autos.

Ingrese al fascinante mundo de los **DETECTIVES**

Déjenos capacitarlo para esta apasionante y provechosa actividad. Sea un aliado de la JUSTICIA y la VERDAD. Gane prestigio, honores y dinero, con la profesión del momento y del futuro. Sin distinción de sexo, ni límite de edad.

Estas son algunas de las ventajas

que le ofrece LA PRIMERA

ESCUELA ARGENTINA DE DETECTIVES:

- Con nuestros cursos por correo usted aprende en su casa, sin problemas de horario. Envíanos la correspondencia en sobres sin membrete. Nuestra institución, fundada en 1953, mantiene absoluta reserva sobre toda correspondencia recibida.
- La Escuela permanece abierta todo el año y no cobra derecho de inscripción o de matrícula. Tampoco se requiere experiencia previa alguna y el curso lo sigue o usted dónde quiera que leje su domicilio.
- El texto de las lecciones simple y ameno, incluye los técnicos más modernos de investigación.
- Las lecciones están redactadas en lenguaje claro, sencillo y directo. Nuestro Cuerpo de Profesores vigila el desarrollo de sus estudios y aprendizaje, allanándole cualquier dificultad.

**PRIMERA ESCUELA
ARGENTINA DE DETECTIVES**

Diagonal Norte 825 - 10° Piso - Buenos Aires



**SOLICITE
FOLLETO
GRATIS**

NOMBRE Y APELLIDO _____

Domicilio _____

Localidad _____

EL MURO DERRIBADO

Por LADISLAO SHELL

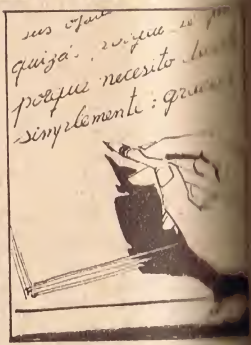


Dibujos de ENIO

Estoy en el mirador. Esa glorieta colocada bajo la pérgola techada de rosales en flor que mira hacia el valle.



La colina descende suavemente del otro lado, y a lo lejos, no bien oscurece, empiezan a guiñar sus ojillos rojos las luces del pueblo. Me pregunto por qué escribo esto. Quizás porque sé que has de leerlo.

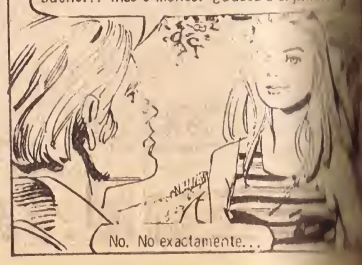


Gracias por todos los momentos de tu vida que coincidieron con los míos, que se mezclaron con los míos de modo que tu vida y la mía fueron a veces un solo estremecimiento, una palpitation única. Aquel primer momento, por ejemplo, aquí mismo...



Recuerdo que tu irrupción me irritó. Me cuesta concentrarme, y lo había conseguido cuando me reciste. Te miré...

Bueno... Más o menos. ¿Busca a alguien?



...rosos eaba. Hemos alquilado el chalet contigo. Como no hay nada que separe el jardín...

Sí. Comprendo. Salíó a caminar, y le gustó esta glorieta.



No. No exactamente. Me intrigó que hubieran construido esta glorieta aquí. Cuando hay tormenta, el viento debe destrozar estos pobres rosales.



Me asombró verte alzar la cabeza, mirar repentinamente triste esas rosas, como si estuvieras ya sufriendo al verlas deshojadas. Me levanté...

Bien. Somos vecinos. Más aún. Es usted inquilina de mi madre.



Por tu expresión, comprendí que acababas de ubicarme. Sonreíste.

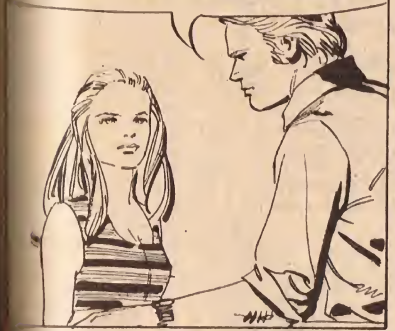
Por lo tanto, es usted Diego Almada. Es un placer. He leído algunos de sus libros.



¿Algunos? ¿Cuáles?

...enredamos en una conversación sobre mis libros. Te gustaba especialmente "Noche áspera". Lo cierto es que entendías mucho de literatura. Procedías por puro instinto, pero ese instinto era certero.

Podría ser usted una excelente crítica. Tiene instinto. Lo demás, sabe usted, se adquiere. Es usted muy joven.



Volviste a reír. Esa risa tuya, con ese retintín tan especial, franco y a la vez suave, derribaba en mí las últimas barreras.

¿Joven? Tengo veintidós. No creo que usted tenga más de treinta.

Y pico. Un pico más bien de pelicano.



¿De pelicano?

Sí, bastante largo.



...la vez tu risa tuvo toda la espontánea alegría de una criatura divertida. Coincidió con el alboroto de los pájaros, siempre repentino en el crepúsculo. Del otro lado, sobre el valle, el Sol era nada más que una mancha roja absorbida por el horizonte. Tres cosas que, curiosamente, quedarían grabadas en mí, como un tatuaje.

Dijiste que debías regresar, que te esperaban, y te acompañé, cargando con mi máquina, a través del parque.

Le confieso que cuando me interné en su parque, en algo me guiaba la curiosidad de conocerlo. Cuando supe que estaba aquí, me propuse verlo.



Suelo decepcionar a la gente. De todos modos, volveremos a charlar. Si es que usted lo desea.

Sí, por cierto. Mañana iré al lago. ¿No estará por ahí?



Te dije que era muy probable, y me despedí. Te miré a través del jardín, hacia ese chalet que un día fuera mío y que tantos recuerdos me traía. Allí había transcurrido mi infancia. Cuando la familia aumentó, mi padre construyó uno más grande en un lote lindero que le pertenecía, y destinó el primero a renta.



Desgraciadamente, lo disfruté muy poco. Un año después lo perdimos, luego de una corta y terrible enfermedad. Mamá no quiso seguir viviendo en las sierras, mis dos hermanas estaban ya a punto de casarse, y nos instalamos en la ciudad. Desde entonces, el alquiler de esas dos casas fue nuestra única renta.



Enviado por mis éxitos, con un alto cargo editorial, sólo traía amargura, cansancio y soledad. Se me ocurrió entonces encerrarme en el viejo chaletito, al que ninguno de nosotros había vuelto.

Acabo de alquilarlo, lo siento. Está el grande, si quieres. No se ha alquilado aún. Podrás terminar tu libro.



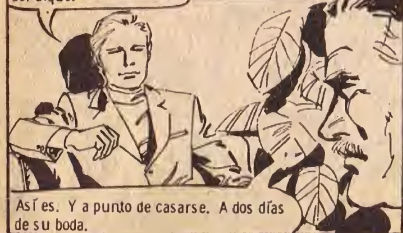
La palabra "lago" despertó el recuerdo de la vispera. Te imaginé rodeada de jóvenes, gritando y alentando a tu equipo favorito.

No. Vaya usted, si quiere. No la necesitaré. Hoy almorzaré afuera.



Tío Felipe, hermano de mi padre, era sólo un vago recuerdo y una leyenda triste y romántica.

No. Yo era muy chico, entonces. Luego oí hablar del accidente. Murió tratando de salvar a alguien que había caído del dique.



Así es. Y a punto de casarse. A dos días de su boda.

Luego, la universidad, mi primer libro, los primeros éxitos... ¡Qué lejos me parecía entonces todo eso, cuando te miraba alejar hacia el viejo chaletito de mi infancia! Se interponían entre aquellos tiempos y éste mis largos siete años en Europa, mi frustrado romance, mi regreso... Algo que me parecía una vida.



Me resigné a ocupar el chalet nuevo, como lo llamábamos. Mamá no quiso acompañarme y viajé solo. Sara, nuestra casera, cocinaba y limpiaba la casa para mí. Y fue a las pocas mañanas, cuando me había ido a trabajar a la glorieta, cuando apareciste. Mentiría si te dijera que algo se conmovió en mí, que nada semejante a un presagio se produjo.



Pocos momentos después estaba leyendo otra vez en mi libro, una novela que avanzaba con grandes dificultades, y lentamente. En realidad, volcaba en ella mi amargura, mi paciente experiencia, único modo en que podría liberarme de ella. A la mañana siguiente...

¿El señor va a salir? Hay alguien en el lago.



Vinieron los recuerdos, las preguntas sobre viejos amigos, las anécdotas de la infancia.

¡Cuando tu padre construyó el chalet, aquí cerca...! ¡Ah, qué buenos tiempos! Vivía con los tíos, el pobre Felipe, tu tío, ¿recuerdas?



Lo recordaba. Había sido algo muy triste. Las aguas se habían llevado a tío Felipe y al obrero que intentara salvar. Sabía que la novia había partido del lugar poco después. El viejo Tapia había quedado pensativo. Y de pronto...



¡Qué chico es el mundo! ¡Y justo que ahora aquella joven mía se casó! ¡Y que justamente tu madre se casó! ¡Alquilado el chaletito!



¿Aquella joven? ¿El chalecito? Algo se confundió en mí, en un extraño sobresalto.

¿Mi madre? No entiendo. He visto una joven...

¿No te dijo nada, tu madre? Esa joven ha de ser su hija, Jorgelina, la novia de tu tío, casó años después. Hace poco enviudó...



Ofí el resto de las explicaciones como en un sueño. El rompecabezas volvía a armarse. Esa joven quería conocerme. No era entonces solamente por mi fama de escritor. Debía conocer la historia. Mamá no me había dicho nada. Quizás deliberadamente. Quizás porque no había identificado a su inquilina. Quizás ignoraba quién era.



Había otra persona, entonces, para quien "mi" chalecito estaba lleno de recuerdos... Tío Felipe vivía con nosotros hasta que murió.

Jorgelina y su hija vinieron a saludarnos. Por eso sabemos que son tías vecinas. Pero pasemos a almorzar, ahora.



Durante el almuerzo se habló de otras cosas, pero a cada instante venía a mi recuerdo la imagen de esa joven, que ahora evocaba la de aquella novia desdichada de mi tío Felipe, tantas veces imaginada en mis divagaciones de niño. Sabía que Felipe había sido un hombre extraordinario, y que su novia era encantadora. Y la tragedia.

Al regresar a casa pensaba en lo singular del destino. Jorgelina se había casado años después. Ahora viuda, regresaba, después de tantos años, al escenario de su primer amor. ¿No lo había olvidado, acaso? Su matrimonio, ¿habría sido como tantas veces una unión de afecto y de amistad, un bálsamo para su dolor, más que una pasión?

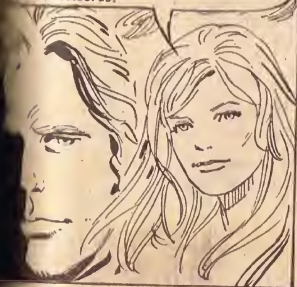


Era algo absurdo, pero imaginaba que, si Jorgelina se hubiese casado con tío Felipe, esa joven, Marcela, sería mi prima. Y tendría pocos años menos que yo. Pero Jorgelina se había casado unos diez años después. Y su hija era entonces casi una jovencita. Sin advertirlo, desembagué al camino del lago.



En vuelta al recodo, desde lo alto de aquel cerillito en declive, esa parte del lago, con agua intensamente azul, pareció mágicamente, de improviso, la réplica fiel de aquel lago de Niza, donde vi por última vez a ella. Me pareció verla sonreír tristemente...

Me olvidarás. Ahora te parece imposible. Pero me olvidarás.

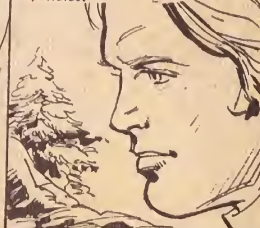


Descendí el sendero con esa imagen a cuestas...

Lo siento, Diego. No debemos cometer un error. Regresaré a Canadá con mis padres. Perdóname, por favor.



No había nada que perdonar. Sonia procedía lealmente. Se había equivocado, eso es todo. Y yo debía aceptarlo. Además, nunca me había prometido nada. Quizás por eso sentí esa frustración como una derrota, como un fracaso que me costó superar. Me había enamorado por primera vez, y ese amor no había sido correspondido.



Seguía sumido en estos pensamientos, junto al lago, cuando oí tu voz, llamándome.

¡Diego Almada! ¿Es usted?



Sí, por supuesto. ¿Es que no han terminado las regatas?

¡Claro! ¡Qué ocurrencia! Salí a caminar un rato, después del almuerzo. Veo que ha hecho usted lo mismo.



Le dije que había almorzado con mis amigos.

Los Tapia. Su madre los conoce.

Yo también. Amigos de la juventud y mi madre. Estuvimos a saludarlos.



Echamos a andar. Me preguntaba si conocerías la historia de tío Felipe.

Son gente muy simpática. Mamá nació en este sitio. Créo que usted también, ¿verdad?



Sí, justamente en ese chalecito que usted ocupa.

Conozco la historia. Su padre, el ingeniero Almada, vino a construir el dique. Y se quedó. La familia de mi madre vivía en el pueblo vecino...



Te interrumpiste un instante, volviendo la cabeza hacia mí, para mirarme. Vi simpatía en tus ojos.

Sé que mamá fue muy desdichada. Me lo contó ella. Sólo volvió a vivir cuando lo conoció a mi padre. Eran una pareja magnífica, créame.



Nos habíamos detenido, sin saberlo. La playa se poblaba de gente, de gritos, pero no los veíamos ni oíamos. Vi una lágrima en tus ojos. Rocé suavemente con el flanco de mi dedo esa lágrima, sobre tu pómuo.

Estoy seguro de ello. También usted es magnífica.



Echaste a andar, de pronto, riendo, ahuyentando fantasmas con su risa.

¡Oh, no! Papá murió hace cinco años. Sus últimas recomendaciones fueron que lo recordara siempre sin tristeza, con alegría, que ayudara a mamá a soportar su dolor. ¡Y lo haré!



¿Debemos hacer eso con nuestras tristezas?

Papá decía que sí. Que lo traríamos a tener la soberbia y discutir la voluntad de Dios.



¿Por qué me hicieron tanto bien tus palabras? Desde ese momento, dejé de sentirme tan mayor, tan viejo, a tu lado. O, lo que es más exacto, dejé de sentirte tan joven. Dije algo sobre el destino, contestaste, y charlando nos alejamos del lago, emprendimos el camino de regreso. Me vi de pronto contigo frente al chalecito.

Me gustaría invitarlo a tomar el té. Mamá lo recuerda de niño. Le gustará verlo.



Yo también quería conocer a esa Jorgelina a quien había oído hablar tanto. No sin embargo penetré en el viejo vestíbulo, percibí esa misma fragancia que olía a niñez, a tiempos pasados.



Pasemos. Mamá debe estar en la habitación.

Anduve tras de ti por ese corredor tan lleno de recuerdos, atravesamos ese comedor con sus muebles distintos, como un viejo amigo que hubiese cambiado de traje; salimos a la galería, escenario de tantas travesuras de mi infancia. Allí estaba tu madre.

Mamá, es el señor Almada, nuestro vecino, Diego Almada.



La señora se volvió hacia mí.

¡Diego Almada! Lo conocí en esta misma galería, hace... En fin, no sé. Tendría usted dos años.



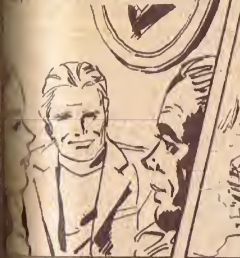
Reímos. Comprendí que Jorgelina, la señora Vázquez, debió ser muy hermosa. Lo era aún, con sus cincuenta y cinco años.

Es increíble que mamá no me haya dicho nada. ¿Es que acaso no sabía quién era usted?



Sí, lo sabía. Estuve con ella. Es extraño. ¿Lo habrá olvidado?

No dije nada pero algo sospeché de mamá. La conozco. Ya le pediría explicaciones. Ahora me sentía feo, y la velada fue gratísima. Serviste el té, charlamos, tu mamá recordó infinidad de cosas del lugar, y pareció contenta con mi visita. Me invitaron a almorzar para la día siguiente, y así empecé a dejar olvidado mi libro.



Algo más importante reclamaba ahora mi tiempo. Y me fui dando cuenta, Marcela, que ese algo se llamaba como tú misma. Nadamos en el lago, hicimos excursiones, te conté casi mi vida íntegra. Nos declaramos grandes amigos, nos tuteamos. ¿Recuerdas aquella tarde que fuimos con tu madre al Pan de Azúcar?



Fue la primera vez que comprendí que eras algo más, para mí, que una simple amiga. Tu madre se había alejado, y contemplaba el paisaje desde la cornisa. Estábamos en la confitería de la cima, ante una mesa. Faltaba poco para el atardecer, y una brisa agitaba tu pelo.



Me había quedado mirándote, y al mirarte iba revelándose la verdad de mis sentimientos. Sonreíste.

¿Qué ocurre? ¿Estás pensando otra vez en Sonia?



...tías defendería. Decías que, para mí, debía ser una dulce tristeza. Tu pregunta me asombró. ¿Qué ese nombre, Sonia, no tenía ya ningún sentido para mí.

¿Sonia? No. No me acordaba ni remotamente de Sonia.



No. Tampoco pensaba en mi libro.



¿Ni en Sonia ni en tu libro? ¿En qué otra cosa podrías pensar, Diego?



En vos.

¿En mí?



Habías abierto los ojos, echándote levemente hacia atrás, como si estuvieras a punto de huir. Sonreí. Me inundaba tu mirada celeste.

¿No debo hacerlo, Marcela?



Se apagó tu mirada celeste. Bajaron tus párpados. La taparon.

No sustituyas un amor con otro. No lo hagas. Dijiste que te librarías de tu amargura con tu libro. No lo hagas conmigo.



Algo vibró en mí. Te tomé las manos, impulsivamente.

¡No pienses eso! ¡No lo pienses! ¡Sonia me recuerda un sueño de adolescencia, una novela de juventud! ¡Esto no es eso, Marcela! ¡Esto es verdadero, real! ¡Te quiero! ¡Estoy enamorado de vos!



Soltaste tus manos, con una brusquedad que me sorprendió. Te vi ponerte de pie...

¡Somos amigos! ¡Nada más que amigos!



Y volviéndote hacia tu madre, avanzaste hacia ella, llamándola.

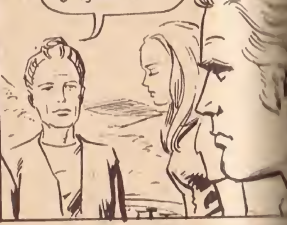
¡Mamá! ¿No es tarde, ya? ¡Regresemos!



¡Sí. Cómo no. Enseguida!

Tu madre se volvió. Yo me había acercado. Me miró, te miró. Algo pareció adivinar.

Cuando quieran. ¿Regresamos?



El camino de regreso era largo. Te sentaste a mi lado. Tu madre prefirió ir atrás. Como si quisiera disimular nuestro silencio, tu madre hablaba de cualquier cosa. Dejamos atrás Cosquín, Carlos Paz. Sólo pude decirte, en voz muy baja, en un momento dado...

Disculpáme. No quise molestarte. Te ruego que me disculpes.



No respondiste una palabra. Creo que no la necesitaba. Estaba seguro, en ese momento, de lo que ocurría.

(Es muy joven. Debe existir otro joven. Te has olvidado que le llevas doce años. Debe considerarte un viejo.)



Llegamos a tu casa. Tu madre me invitó a pasar.

Van a tener que disculparse conmigo. Estoy muy cansada. Quisiera acostarme.



Seguí con el coche hasta casa, lo dejé en el garaje, salí, me sentía como un sonámbulo; mejor, como alguien que ha sido aturdido por un golpe. Todo lo había echado a perder. Esas semanas en las que a tu lado sentí desde hacía mucho tiempo las delicias de la paz, en las que me sentí revivir, todo había terminado por mi culpa.



Esos días de amistad, de comunión, de comprensión amistosa y buena, por los que diré siempre, pase lo que pase, "gracias, Marcela". Esas gracias que quiero dejarte escritas ahora, que estoy escribiéndote para despedirme, orando por la felicidad que te mereces, antes de abandonar este sitio al que quizá no regresaré nunca.



Porque quiero, simplemente, que conozcas mi verdad. Me enamora de ti, y no pude evitarlo. Se lo dije a tu madre, al día siguiente cuando fui a verte.



No sé qué pasa con Marcela. Si nunca sale en esas excursiones con chicos y chicas. Salir temprano con ellos hasta la...

no que yo sí sé qué pa-
ña. Voy a decirse-
lo.

¿Sí? ¿Qué es?

-Marcela es muy joven. Muy bue-
na. Me vio triste, solo. Quiso
acompañarme. Fue una gran a-
miga. Sin duda se sintió una
especie de hermanita menor...

No creo que sea para tanto.
Marcela es muy madura. Tam-
poco es una niña.

Quizá. Pero no para con-
siderarme un joven como
ella.

No entiendo bien. ¿Qué
tiene que ver éso?

Me enamoré de ella, señora. Eso
es todo. Escúcheme. No es que yo
haya interpretado mal su amistad,
que me haya hecho ilusiones inde-
bidas... ¡No! Ocurrió, simplemen-
te. Usted me comprende, ¿no?

Sí. Creo que comprendo.

le dije. Y eché todo a perder. La he per-
dido. No disfrutaré más de su compañía.
He perdido incluso como amiga. Ya lo
ve usted.

Tu madre no dijo una palabra. Hizo un
gesto, como diciéndome que aguardara,
y se retiró. Regresó al momento.

Tu carpeta. Me pidió Marcela que te la
devolviera. También yo la he leído. Son
capítulos muy bien escritos.

Miré esa carpeta, como se mira a un objeto
extraño. Era la parte que llevaba escrita de mi
novela. Recordé que Marcela me había pedido
que le dejara leer esos capítulos. La tomé, me-
cánicamente.

Marcela me hizo un comentario. Me dijo que
para escribir así era preciso haber querido mu-
cho.

...dó tus palabras de la víspera. "No susti-
tuiré un amor con otro". Protesté. Le dije a tu ma-
dre que yo soy un novelista, en su imaginación, vive
las cosas como si fueran reales. Como quizá
ella se fraguado en mí mismo ese personaje, y
entendiendo amor por Sonia no había sido más
que eso, en el fondo: una ficción literaria.

No entiendo mucho de eso. ¿Cuál es
la ficción, cuál la realidad? No sé.
Sólo puedo decirte una cosa: cual-
quiera que sea la actitud de Marcela,
no la atribuyas a un problema de e-
dad. Es demasiado madura para eso.

¿Entonces?

Entonces, simplemente, o te co-
rresponde, o no. Eso es todo.



Me fui de tu casa con el corazón vacío. Me di cuenta que ésa era la verdad. No me amabas, y eso era todo. Es absurdo buscar el motivo de por qué se ama, o por qué no se ama. No hay motivos para el amor ni para el desamor. Ya lo dijo el poeta: el amor tiene razones que la razón no entiende.

Todo esto habría querido explicarte, en los días que siguieron, pero me fue imposible verte. O habías salido con tus amigas, o tenías jaqueca. Al fin, te vi esta mañana en la playa del lago con un grupo de amigos. Un joven iba a tu lado.



Eso fue todo. Un saludo al pasar, y comprender que estaba importunándote, que lo único que me correspondía era irme. ¿No crees que fuiste un poco cruel? ¿Que no era necesaria tanta severidad para alejarme de tu lado? No te reprocho nada. Ya te lo dije. No tendría ningún derecho a reprocharte nada. Por eso me voy sin verte.



Al regreso del lago hice las valijas, salí hasta la casa de los Tapla, para despedirme, y preparé el coche. Pasé la tarde dudando en llegar a saludar a tu madre, y al fin no tuve coraje para hacerlo. Ya iba a partir cuando me asaltó la tentación de escribirte.



Entré en el estudio, dispuesto a hacerlo...

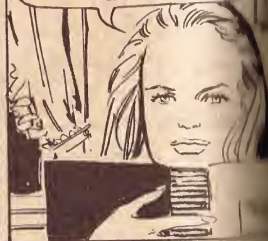


Una extraña oleada de odio me sacudió al verla. La tomé, absurdamente...



Te imaginé con esa carpeta en la mano diciéndole a tu madre...

Debió quererla mucho, para escribirte así.



¡Mentira! Nada más que esa inautenticidad de la que una vez me acusó algún crítico, ese idealismo afectado y falso que yo había inventado. Sólo ahora conocía la verdad, y esa verdad no era otra que tú. Me vi a mí mismo acercando la llama del fósforo...

(Una etapa de mi vida. He dejado de ser un niño.)

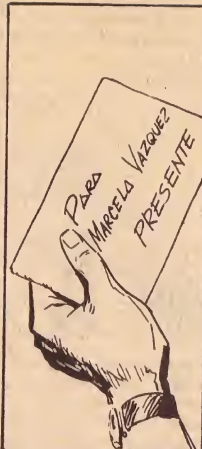
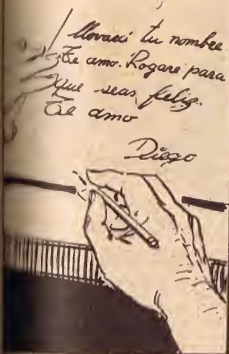
¿No era yo el maduro? ¿No era Marcela la niña? Todo parecía ahora al revés. Entonces comprendí por qué quería escribirte. Para que supieses por qué te digo gracias. Por qué agradezco tu amistad, tu presencia de todos esos días, a cuyo calor maduró mi corazón imperceptiblemente, fatalmente, como una fruta que madura al sol.



Aplasté las cenizas de esos días, ese pasado concluido, y tomé un haz de cuartillas salí al jardín. Veo ahora en esta gloria, se enciende toda esta verdad. Sé que no te he dado todo lo que me da, pero sé que no te he dado nada. Pronto me habré encendido. Se encienden en el vano de las primeras luces. Ahora sí alumbra una dulce tristeza.



era la que decías. Aquella era
la. Esta es la verdadera tristeza
que, durante toda mi vida...



Diego Almada se puso de pie. Había
oscurecido casi totalmente. En la
lejanía, una Luna enorme, lumi-
nosa, surgía tras las sierras. Avan-
zó hacia la casa. Distinguió a Sa-
ra colocando las valijas en el baúl
del coche.



Va a llevar esto aquí al lado. Há-
galo ahora.

¡Sí, señor.



Para Sara alejarse por el parque con la carta.
Una voz secreta le decía: "Espera. Deja que lea
la carta". Otra voz terca, obstinada, le respon-
dió: "Parte. No tiene objeto esperar". Subió al
coche.



Pero el pie seguía inmóvil sobre el acelera-
dor, las manos como muertas sobre el volan-
te. Vio regresar a Sara. La vio acercarse.

La señora Vázquez se extrañó mucho. Dijo
que era raro que no fuera a despedirse. Le
dijo que seguramente se detendría con el
coche al salir. Como tiene que pasar fren-
te al chalecito... Yo dije...



Sara era capaz de charlar media
hora si la dejaban. La sujetó con
un gesto.

Está bien, Sara. Ya la saludaré
al irme.



pensaba hacerlo. Pero debía decirle
Puso en marcha el motor. ¿Se
al fin? Iba a arrancarse de ese
como quien se arranca una ven-
ta de la herida. Saludó a Sara y el co-
partió.

Al salir al camino, debía obliga-
toriamente dar vuelta a la iz-
quierda y seguir el camino que
pasaba frente al chalecito, ape-
nas a unos cincuenta metros
del recodo. El auto tomó lenta-
mente la curva...

A poco trecho, sobre la mano
izquierda, se distinguía la ver-
ja y el portón del viejo chalet,
con su farol ya encendido...



Pensó en hundir el pie sobre
el acelerador, en pasar por
delante como una ráfaga. Pe-
ro el pie se negaba a obedecer,
la marcha seguía lenta, como
demorándose, como resistién-
dose a arrancarlo de allí...



Hizo un esfuerzo y ya iba a descargar el peso del pie sobre el acelerador...

(Jorgelina. La charlatana de Sara le ha dicho que me despediría y sale a recibirme. No tengo más remedio que parar.)



Detuvo el coche y bajó. La señora Vázquez ya lo había visto. Se reunió con ella en la puerta.

De modo que viajando de noche.

Es la mejor hora. No voy a demorarme mucho. Sólo quería despedirme.



Bien. Supongo que ya habrá ido a to a Marcela.



Diego creyó no haber oído bien.

¿A Marcela?



Sí. Recibió una carta. Era tuya, creo. La trajo Sara.

"Yo estaba tejiendo, en el living. Al rato la vi bajar las escaleras como una tromba..."

¿Qué ocurre? ¿Adónde vas?



"Sin detenerse, en su carrera hacia el jardín, gritó..."

¡A la glorieta! ¡A la glorieta!



Diego sintió como si un relámpago lo iluminara.

¡A la glorieta!



Mientras él había salido al camino lentamente por la parte delantera, ella había corrido por los fondos hacia la glorieta, a espaldas de la casa, esa glorieta donde la había visto por primera vez, donde escribiría su carta.

¡Espere!
¡Disculpe!



(Hum... Los jóvenes. Ella dudando, sintiendo celos del pasado, creyendo que buscaba en ella nada más que un reflejo de esa Sonia, un olvido... Y él no comprendiendo nada.)



La señora Vázquez volvió lentamente a la casa. La luna era tan intensa que todo parecía envuelto en una luz verde clara. Sí. Sin duda Marcela se había propuesto alzar un muro entre ella y Diego. Y esa carta acababa de derribar el muro. Subió al mirador que daba a las sierras.



Ciertamente, la luna era muy clara. Desde allí, podía divisarse la glorieta. Y en ella, las dos siluetas, frías, frente, tomadas de la mano, mirándose.



SONRISTAS



- Es un tapado de auténtica
piel de canguro.



- Mmm... Así está mejor...

**Recuerda
esta
bota?**



**ATENCIÓN!
LLEGA EL
9 DE FEBRERO**



- Nuestros vecinos no son nada sociables.

LA DECISIÓN

Por
THOMAS WILLIAM ROBERTSON

Dibujos de EYRE

ADAPTACIÓN



La duquesa de Saint Maur recibió la noticia sin perder la calma. Jamás se dejaba arrebatar por los impulsos.

George, señora, ha dejado de quererme.



Tuve que enterarme de "todo" por intermedio de una amiga que supo alertarme a tiempo.



Sabina Meswel no pudo llorar como hubiera deseado para así darle mayor dramaticidad a una angustia que, en verdad, no sentía. La frustración, sin embargo, había convertido en intensa palidez un rostro siempre deliciosamente sonrosado.



Temo, señora, que George se ha enamorado de otra mujer. Perdone mi franqueza, pero la actitud de George ha sido desleal para con usted y para conmigo.



¿Nada te dijo él, Sabina?

Absolutamente nada, señora.



¿Confías en la persona que te lo ha dicho?

Tanto como a mí misma.



¿Qué puedes decirme, Hawtree, de la actitud de George?



La duquesa recurrió inmediatamente al capitán, íntimo amigo de su hijo George. Tenía que proceder con rapidez para evitar cualquier insensatez por parte de su hijo.



El capitán titubeó. Le costaba mentir o simular frente a la duquesa de Saint Maur a quien quería como si fuera su propia madre. Sin embargo intentó evadir el cerco que le tendía la señora.



¿Qué actitud, señora?

¿Por qué George ha desistido de casarse con Sabina?

La realidad es que Sabina y George no se aman. Es triste decirlo, pero es así.



Sin embargo Sabina está muy dolorida.

Simula, señora. Siempre Sabina simuló.



¿Crees verdaderamente que es así, Hawtree?

Sólo le interesan dos cosas fundamentales para ella de los Saint Maur: la fortuna que poseen y el brillo del apellido.



Fue para mí Sabina la muchacha ideal de George, pero temo que su indignación actual es justa.



A veces me conturba la ligereza de algunas actitudes que asume mi hijo. ¿Acaso se ha enamorado de otra muchacha?



El capitán Hawtree enrojeció. No podía simular su lógica turbación.

Quiero la verdad, Hawtree.

Sí, señora. George se ha enamorado de otra muchacha.



¿Se casaría mucho más aún: se ha enamorado por primera vez.

¿Es una muchacha de nuestro círculo?



Desgraciadamente no, señora.

Me asusta tu tono de voz. ¿Puedo saber quién es?



Esther Eccles.

¿La actriz de teatro?

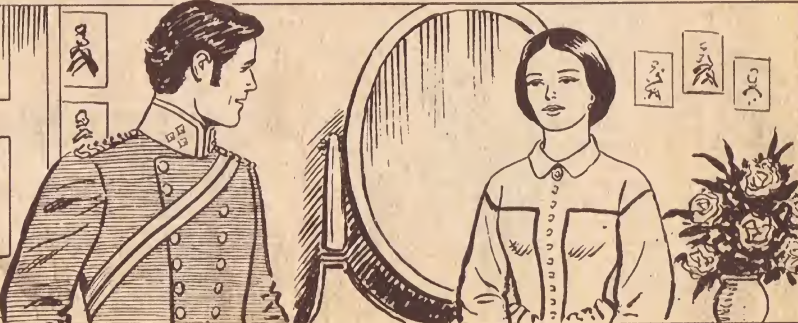


¡Sí, señora!

¿Es que ha perdido el juicio, George?



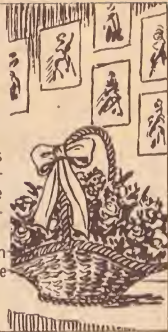
Sólo George entró al camarín de Esther cada vez que terminaba una obra, sentía un extraño anhelo de personalidad. De ser el sólo capitán George. Abroy, hijo de la viquesa de Saint Maur, para sentirse en el mundo George.



El George de los súbditos deslumbramientos, el George pronto a enamorarse, el George deseoso de elegir su propio destino sin la participación de una madre buena y preocupada por él, pero excesivamente absorbente.



Le encantaba el mundo de Esther. Los actores, los escritores, los críticos, la pasión del público por toda esa gente, las flores que adornaban el camarín de Esther, la preocupación de ésta por ser en cada presentación escénica mejor actriz.



Esther Eccles comprendió que George pertenecía a otro mundo regido por obligaciones y leyes de juego que, por ser respetables, había que asumir las con dignidad. Temía que esos dos mundos desnivelados, en lugar de encontrarse, se separaran demasiado.



¿Hablaste con tu madre?

¡Sí, querida!

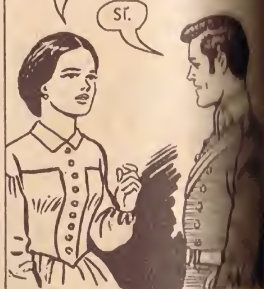


George encubría su debilidad de carácter en las respuestas mentirosas o en las actitudes vagas. Poseía un espíritu delicado, aunque nunca podía sustraerse a una conducta dual.



¿Le dijiste que pensábamos casarnos?

Sí.



George le besó las manos para esconder su rubor.

¿Y qué te dijo, George?

Mi madre, Esther, respeta mis decisiones. Y le halaga sobremanera que yo las tenga.



Esther quedó unos momentos en silencio, tomada a ese silencio, envuelta en él. La famosa actriz, cada vez que sentía el escorzo de la duda, se replegaba en sí y buscaba descifrar lo que le preocupaba en preguntas y respuestas sin palabras.



Es que antes de casarnos debemos ser prolijamente sinceros con nosotros mismos. A veces, George, dudo que pueda dejar el teatro, los amigos del teatro.



¿Qué te pasa ahora? Te he dicho muchas veces, querida, que me preocupan tus silencios. Los detesto. ¿Por qué? Porque me alejan.



¡Mi público, mis éxitos, las grandes heroínas que represento!

Yo no te exijo que dejes...



encanta tu mundo.

aborrecerás cuando, en lugar de ser un espectador de él, seas parte de su actividad que no deja resquicio para ninguna otra. Tendrás celos!



—¿Celos?

De los que me adularán, de los que me admirarán y de aquellos insolentes que pretenderán hacerme el amor.



Se produjo un silencio de puntas filosas, un silencio con la fantástica forma de hileras de puñales, puñales que buscaron clavarse para herir o quizá para hacer despertar.

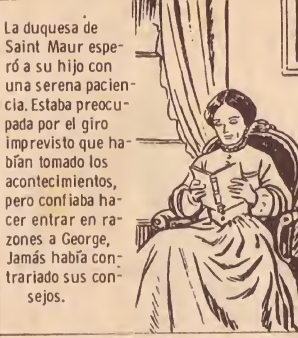


¿Estamos seguros de nosotros mismos, George?

Para tu pregunta de las indecisiones, la respuesta de mi seguridad: ¡te amo, Esther!



La duquesa de Saint Maur esperó a su hijo con una serena paciencia. Estaba preocupada por el giro imprevisto que habían tomado los acontecimientos, pero confiaba hacer entrar en razones a George. Jamás había contrariado sus consejos.



Por su parte, George no podía sustraerse a sus angustias. Tenía la impresión de estar maniataado por las debilidades naturales y repetidas de su carácter. Detestaba mentir, pero mentía.



quiso eludir a su madre, buscar en el andar inexorable del tiempo un aliado para serenar los espíritus. ¿Serenar los espíritus? Es que George sabía demasiado bien que su madre se enojaría con él y trataría de disuadirlo de que no se casara con Esther.



Además estaba de por medio Sabina. ¿Cómo reaccionarían las amistades a las que él tanto respetaba cuando se enterasen que cambiaba "a la Sabina virtuosa por una Esther actriz?"



La duquesa lo enfrentó con decisión.

¿Qué me ocultas, George?

Nada, madre.



¿Es verdad que te has "enamorado" de Esther Eccles?

¡Oh, no! ¿Quién dijo ese disparate?



Otra vez el enredo, la simulación absurda, la mentira sin sentido. Actitud que dañaba y lo dañaba.

Espero que sea un "disparate", George.

El rostro bello y triste de Esther estuvo allí, de pronto, en medio de los dos. Fue una fugaz visión de George. A veces sus remordimientos se encarnaban en forma curiosa.

Es verdad, mamá. Me he enamorado de Esther Eccles y pienso casarme con ella. Todo está decidido. Me gustaría que la conocieras. Es una maravillosa muchacha.

Habló a remezones, con dificultad, temiendo lo peor. Claro que por primera vez se sintió responsable, franco decidor de sus actos. La duquesa, roca inconvertible, recibió el aluvión de las olas encrespadas, enhiesta.

Para no demostrar que se sentiría quebrada por dentro desvió su angustia por el camino de una pregunta que no conducía a meta alguna.

¿Y Sabina?

Nunca nos quisimos.

La humillaste.

Supo comprender enseguida, mamá.

Vino a quejarse con resentimiento, George.

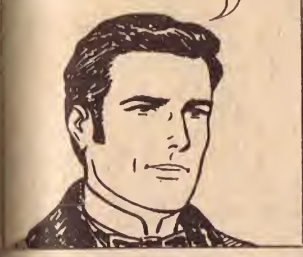
Hablaré con ella nuevamente.

Primero, George, tendrás que terminar de hablar conmigo.

Voy a sintetizarte mi decisión en pocas palabras: te prohíbo que te cases con Esther Eccles.

Me duele, además, haber comprobado que mi hijo ha dejado de compartir conmigo sus inquietudes y sus decisiones.

He crecido, mamá. Soy un hombre. La guerra en la India, mis heridas, el sufrimiento de los demás, la soledad, el miedo convirtieron a tu George en otro George.



En un George que, ahora, por sobre todas las cosas, desea ser él mismo. Pronto volveré a la India; pronto empezará de nuevo la guerra para mí.



Antes de partir voy a casarme, mamá.

¿Desobedeciéndome?



...mamá, obedeciéndome, que es muy distinto.

¿Piensas darme un gran disgusto? ¿Ponerme al borde de la muerte? Sabes que estoy muy enferma.



Sé que eres buena, inteligente y sensible. Tus virtudes te ayudarán a entenderme. ¡Espero que así sea!



¿Has dejado de quererme y de respetarme, George?

No. Te quiero y te respeto más que nunca. Mi felicidad es Esther, mamá.



¿Puede hacerte feliz una extraña?

También yo podría ser un extraño para su mundo.



¿Pensaste en eso?

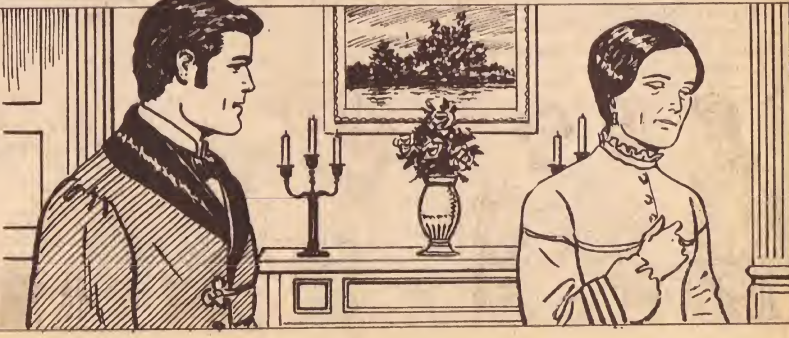
Ninguno de los dos pensamos, mamá. Pensar es calcular.



¡Amar es sentir! Lo mismo decía papá. Y te besaba. Y te idolatraba. Y tú lo hubieras seguido hasta el fin del mundo.



George, de pronto, había olvidado sus indecisiones, el valle oscuro de sus mentiras y simulaciones. Se marchaba ahora con la verdad y no le temía al miedo, comprendiendo que ella lo adoraba, lo torturaba, lo hacía invulnerable.



La duquesa de Saint Maur decidió, inteligentemente, cesar el estéril enfrentamiento. Echar leña al fuego significaba avivarlo, convertirlo en una hoguera inextinguible. La docilidad de Hawtree le sirvió a la señora para intentar su defensa.



Así fue como el capitán Hawtree se entrevistó con Esther. Crudamente le expuso todos los inconvenientes que advendrían con un matrimonio "que no podía ser". Se encontró con una alternativa insospechada.



Ya George me lo ha dicho todo, capitán. Los dos juntos, por primera vez, hablamos sin evasivas. Y llegamos a la conclusión de que ni él ni yo podemos vivir separados.



Hawtree buscó la pregunta que diera a temer.

¿Abandonará usted su carrera de actriz?

Por ahora no, George me ha pedido que no la abandone.



El marchará a la guerra. Y vivirán separados mucho tiempo. La soledad es, a veces, el mismísimo diablo corporizado.



No piense que me guía el único propósito de separarnos. No me denigre usted pensando eso. Lo que trato es de ponerla frente a la realidad.



La duquesa de Saint Maur morirá de pena si ustedes se casan.

Hablaré con ella.



Y entonces se dará cuenta de una realidad que no se puede avasallar.

¿Se está dando usted la cabeza contra las paredes!



Voy a contarle una breve anécdota. Cuando tenía veinte años de edad representé un breve papel frente al gran Peter Barton. ¿Sabe lo que me dijo él totalmente convencido?



¡"Usted nunca será actriz, señorita, parece de inspiración"! Ahora, en el momento, soy la actriz más importante de Londres.



Harton, olvidado y desprestigiado, ha-
vía papeles de reparto en mi compañía.
En verdad, capitán. Los que esta-
mos en la verdad acertamos y ganamos.



La duquesa se negó
a recibir a Esther.
La muchacha no
se sintió humilla-
da. Le costaba en-
tender la actitud de
la señora, pero no
dejaba de reconocer
que también su pa-
dre, un viejo ac-
tor que trabajaba
con ella, se sentía
molesto de que
George la corteja-
ra.



Es que quería para su hija un actor o
un escritor o un crítico de teatro, un
hombre que entendiera el extraño, el
cambiante universo de las candelillas.



Por su parte, el
capitán Hawtree
había disuadido
a la duquesa y de-
clararle que
era muy difícil,
imposible, termi-
namente im-
posible luchar y
ganar al amor.



George se ha dejado encandilar.

La duquesa, entienda usted que George
es más "su chiquillo" ¡Ha crecido! ¡Es
un hombre!

George, antes de partir a la India a pelear, se
casó con Esther. Ni siquiera el capitán Hawtree
se enteró de esta decisión.

Es muy riesgoso lo que vamos a hacer, George.

Todavía tienes tiempo para arrepentirte.
Serénate y recapacita, George. Está tu
madre de por medio. Tus amistades. Tu
mundo. Tu vida de siempre.



¡Te quiero!



Simple. Dos pala-
bras. Simple, muy
simple. Se casaron
en una iglesia que
estaba en los subur-
bios de Londres.
Cuando él se despi-
dió de ella, en la
noche de la partida
a la India, lloraron.
El susto y la angus-
tia los hizo llorar.



Extraña, dramática contingencia: se casa-
ban para separarse. Mientras George pelea-
ba en la India, esa India remota para
Esther, nació Patrick, el hijo de los dos.



Esther había abandonado el teatro. Vivía con lo que había ahorrado y el dinero que George le enviaba por intermedio de su amigo Hawtree. Patrick llenó su soledad. Pero se pasaba días y días leyendo y relejendo las cartas que su marido le enviaba desde la India.



Un veinte de marzo de mil ochocientos sesenta y cinco llegó la horrible noticia. ¡George había muerto en la India! Para Esther el mundo se había derrumbado definitivamente. Ni siquiera su adorado Patrick la consolaba.



Su vida fue una penuria. Nada la calmaba. Su padre intentó convencerla de que volviera al teatro.

No tiene sentido la vida para mí sin mi George.



Una tarde se produjo un hecho imprevisto, sorprendente. La duquesa de Saint Maur se presentó en la casa de Esther. Las dos mujeres se enfrentaron llorando. Y después se abrazaron larga, interminablemente, como si necesitaran estar así para siempre.



El capitán Hawtree me dijo que ustedes se habían casado y que de ese matrimonio hay un hijo.

¡Patrick, señor!



Parecía mentira que esas dos mujeres tan distanciadas durante un tiempo estuvieran ahora tan unidas. Lloraron recordando a George. Y cuando más lo recordaban más se unían sus manos, más se juntaban sus corazones.



¡Perdóneme, Esther!

Perdonar, ¿qué?



¡Mi obstinación, mi ceguera, mi orgullo!



La mujer abrazó a su nieto Patrick con fuerza, con dolor, con alegría, con tristeza. Es que Patrick era un poco George.

Te daré el dinero que necesitas para que Patrick se eduque como un caballero.



Y si quieres volver al teatro yo me ocuparé de Patrick.

Yo me ocuparé siempre de Patrick, mamá.



Es "mamá" llenó de lágrimas el arrugado de la sufrida señora. Le dio un beso a Patrick, que en los brazos de Esther, comenzó a reír y a gesticular ruidosamente.



¿Puedo vivir conmigo, Esther? Te pregunto cómo es que he cambiado tanto? El dolor, el dolor. A veces creemos que el dolor no nos puede alcanzar nunca.



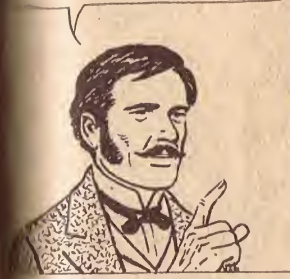
Y cuando llega nos da con más vigor. Y nos transforma. Siempre, casi siempre y esto es lo más curioso - para bien.



Una tarde gris y lluviosa visitó al capitán Hawtree un tal Brook que traía misteriosas noticias de un hombre que él había albergado en su casa.



Extrañas palabras. Recuerda y no recurras a una confusión su mente. Eso sí, me lo dijo usted y de la amistad que los une.



Al fin pude dar con usted, capitán. Ya desesperaba de encontrarlo. La Providencia me ayudó.

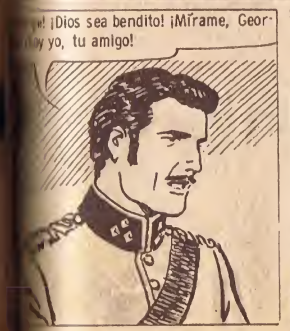


El capitán tembló.
¿En qué lugar encontró usted a ese hombre?

Estuvimos en la misma guerra. Es terrible, capitán. Ha caído en una especie de pozo negro.



¡Dios! El capitán me estuvo frente a ese hombre que había olvidado la memoria. No pudo reprimir el grito de sorpresa. El tiempo y el envejecimiento no parecen haberse dado cuenta de nada.



¡Dios sea bendito! ¡Mírame, George! ¡Ay, ay, tu amigo!

Hawtree lo abrazó. Los ojos cansados de George se abrieron desmesuradamente como si, de pronto, estuviese descubriendo cosas que hasta ese momento se mantenían ocultas.



Al principio murmuró palabras inconexas. Después trató de hilvanar el relato vez a vez de su infierno.

Café en manos del enemigo. Me torturaron. Luego pude huir.



Anduve y anduve sin saber por dónde. Me dieron por muerto. Recuerdo que estuve en un hospital. Médicos. Consultas. Hasta que me encontré con Brook y aquí estoy.



¿Sé que eres el capitán Hawtree, pero, ¿quién es el capitán Hawtree? Un amigo, pero, ¿por qué es un amigo? ¿Quién soy? Todo me resulta inconexo, vago.



George, yo voy a llevarte hasta el punto y cuando estés allí recordarás toda la vida.



El capitán llevó a Esther y a la duquesa hasta la casa de Brook. Esther dio un paso adelante y la luz le dio plenamente en el rostro.



¡George de mi vida!



El quedó inmóvil como si la tensión lo hubiese paralizado. Cerró desesperadamente los ojos. Buscó y rebuscó en su memoria. Tembló su cuerpo y su sangre.



Pero ninguna palabra salió de su boca. Entonces, por detrás de Esther apareció la duquesa. En ella se clavaron los ojos de George. Suspiró. Y fue tan fuerte el vendaval del suspiro que las puertas del pasado se abrieron de par en par.

Abrazó a Esther. Fueron los dos la sola persona.

¡Esther, Esther, Esther!



Y mientras seguía abrazando a su esposa estiró su mano y tomó la de su madre. Y la apretó conmovido.

¡Mamá!



El capitán Hawtree y Brook se alejaron discretamente. Y quedaron los tres solos. George ya era George otra vez.

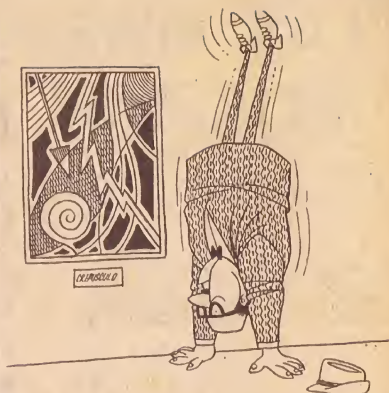


Allí estaban Esther y la duquesa para testimoniarlo.





¿Cómo cree que podré retratarla si usted se mueve?



ARTE MODERNO
POR



Y para que sea más fácil su identificación, aquí he traído el retrato de ella, señor oficial.



-¿Qué te parece? Pienso titularlo "Sarampión".



¡Qué profundidad! ¡Que colorido dinámico! ¡Qué acción!
¡Qué líneas!... ¿Qué es?



-Bueno, si usted me asegura que no es un desnudo, lo llevo.

LAS MARIPOSAS MORIRÁN MAÑANA

Por **PEDRO M. MAZZINO**



Dibujos de **MARCOS ADAN**

**MARCOS
ADAN-71**

entonces, Macao iba dejando parecerme un paraíso. Al menos el que había imaginado cuando resolví ir allí. Y alguien me dijo: "¿Por qué no ves al señor Setúbal...?"



¡El está ahí! En su oficina.

Lo reconocerá enseguida, señor. Es calvo, calvo y tiene una nariz tan grande que los anteojos se le resbalan...



Esa mano palma arriba, cerca de mi propia nariz, significaba que debía dejar resbalar algo yo también: una moneda. Todo cuesta dinero en Macao...

¡Entre y cierre esa puerta! ¡Me molesta el olor del agua estancada que llega de los muelles!



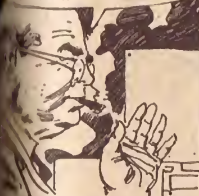
¿Cree usted que ese olor podría atravesar la cortina de humo de su cigarro, señor Setúbal? Soy Jao Holder.

Jao portugués y Holder inglés. ¿Dónde nació usted, en Lisboa o en Londres?



Porto. Hace cinco meses estoy aquí y necesito...

¡Lo sé! Necesitaba trabajar. Incluso los portugueses suponen que esta colonia los hará millonarios cuando lleguen tentados por algún negocio fácil.



Pero cuando descubren que además de audacia hay que tener habilidad para hacerse rico, se conforman con cualquier tarea. ¿En qué aventura comercial perdió todo lo que trajo?



En la ruleta del Central Hotel. ¿Conforme?

¿Me oíste? ¿O sucede que no entiendes inglés?

Entiendo, señor. Sólo que estoy esperando que cargue usted mi maleta para llevarla al barco.



Creo que mi sinceridad le gustó. "¿Qué sabe hacer?", preguntó. "De todo", dije sin mentirle...

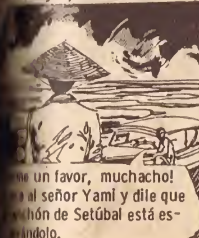
Si en eso incluye guiar un lan-chón, ya tiene trabajo. ¡Jirá con ese a traer un pasajero! ¿Conoce el embarcadero de Yankul?



(Queda en las afueras de la ciudad. Es la escala que hace el ferryboat que viene de Cantón. El que voy a buscar será alguien que perdió el último y necesita llegar pronto al centro de Macao.)



Y otras cosas, Setúbal recordaba eso: una flota de barcos acuáticos. Me pagarían dólares por el viaje. No mucho pero alcanzaría a colmar las quejas de la señora Ponyon, mi casera...



El señor Yami soy yo.



Le calculé unos quince años y una arrogancia feroz. Pero no sabía si sentirme molesto o intrigado por esa mirada que me dispensaba mientras el lan-chón avanzaba por el río Cantón...



¿Qué vas a hacer a Macao? ¿Visitar viejos parientes?

No, señor. Y preferiría que dejara de hacerme preguntas.



Como quieras, muchacho, como quieras... ¡Vete al mismísimo infierno! ¿Quién crees que eres? ¿El hijo de un mandarín?



¡Diablos! Se incorporó y viene hacia mí furioso... ¿Leerá acaso el pensamiento?



¡Déjeme el timón! ¡Hay una lancha que viene siguiéndome desde que dejamos el muelle de Yankui!



Era verdad. La vi al volver la cabeza. Había dos hombres en ella....

¿Y qué piensas hacer? Este cascajo no tiene más velocidad.



¡Pero puede virar violentamente, señor!

¡Cuidado con esa maniobra, muchacho!



¡Los muy imbeciles ya no me siguen a nadie!



El topetazo averió el motor del lanchón y partió algunas tablas de la borda. Llegaremos al gárete al muelle de Setúbal, aprovechando la corriente a favor. ¿Sabes qué significará esto para mí?

¡Perder el empleo el primer día de ocuparlo!

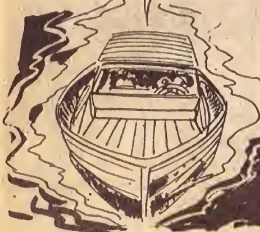
Eso es mejor que perder la vida, señor. Mi abuelo solía decir: "Si te cabe la esperanza de encontrar lo perdido, no has perdido".

Atardecía. Le pregunté por qué lo perseguían y abrió su maleta. Sacó una billetera y me alargó unos papeles. Para un muchacho con los quince años que le calculaba, llevaba mucho dinero...

¡Importa que ya no me persiguen. ¿Alcanza esto para pagar los arreglos del barco?

¡Escúchame, "señor" Yankui! Hice muchas cosas en mi vida, pero jamás fui cómplice de un ladrón. ¿Has robado eso? ¿Eran policías los que venían detrás de ti?

¡Suéltame!





¡Contéstame o...!

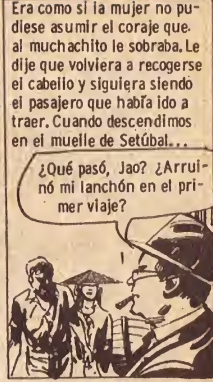


¡Oh!



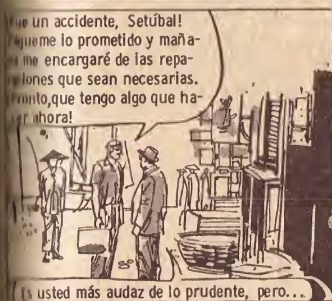
¿Está conforme de haber descubrierto mi secreto? Ahora sabe que puedo ser una ladrona y no un ladrón.

Eres... una linda muchacha, Yami. Pero pareces asustada.



Con una cosa si la mujer no pudiese asumir el coraje que al muchachito le sobra. Le dije que volviera a recogerse el cabello y siguiera siendo el pasajero que había ido a traer. Cuando descendimos en el muelle de Setúbal...

¿Qué pasó, Jao? ¿Arruinó mi lanchón en el primer viaje?



Fue un accidente, Setúbal! ¡Quíeme lo prometido y mañana me encargaré de las reparaciones que sean necesarias. Pronto, que tengo algo que hacer ahora!

¿Usted más audaz de lo prudente, pero...



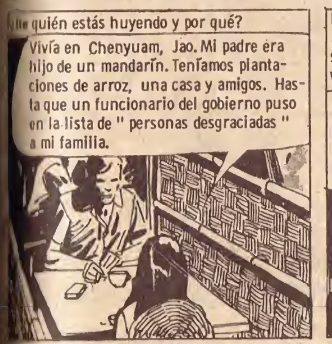
Algo me dice que puedo confiar en su palabra. ¡Aquí tiene sus diez dólares! ¿Podría decirme cómo se las ingeniará para conseguir los cien que insumirán las reparaciones?

Eso es un secreto.



Debí aceptar usted mi dinero, Jao. Fue mi culpa.

Con un poco de suerte, transformaré diez en cien, esta noche. Pero antes me contarás toda tu historia, mientras tomamos algo en la taberna.



¿Quién estás huyendo y por qué?

Vivía en Chenyuam, Jao. Mi padre era hijo de un mandarín. Teníamos plantaciones de arroz, una casa y amigos. Hasta que un funcionario del gobierno puso en la lista de "personas desgraciadas" a mi familia.

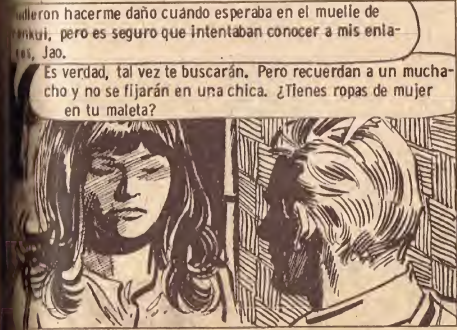


No era nueva su historia. Le había ocurrido a muchos otros en China. Su voz se hizo grave, patética. Pestañeó varias veces para evitar lágrimas imprudentes...

Mi padre enfermó y murió. Quedé al cuidado de unos tíos. Pero ya no me gustaba Chenyuam. Y escapé a Cantón. Vi a un viejo conocido de mi padre...



Me dio dinero y me dijo que viniera a Macao. Aquí alguien va a conseguirme un pasaporte para viajar a la isla de Formosa. Esos dos de la lancha me seguían desde Cantón.



¿Querían hacerme daño cuando esperaba en el muelle de Hukui, pero es seguro que intentaban conocer a mis enlaces, Jao.

Es verdad, tal vez te buscarán. Pero recuerdan a un muchacho y no se fijarán en una chica. ¿Tienes ropas de mujer en tu maleta?



Fue al "toilette" y volvió hecha un sueño. Los parroquianos alzaron sus cabezas para mirarla y envidiarme cuando salíamos...

A pesar de todo estoy comprometiéndolo. Sería mejor que me dejara sola.

¿En un sitio como Macao? Tu belleza te traería problemas, Yami.

Ella puede pagar por adelantado, señora Ponyon. Ocuparé el cuarto vecino al mío. Está vacío, ¿no?

¡Su coraje me sorprende, señor Holder! Me debe dos meses de pensión y se atreve a presentarme a una posible huésped.

Se calmó cuando vio los billetes que ella le entregó. Y la guió hasta con cierta insólita atención...

Suba, señorita. ¿Cómo una persona de su clase, fina, distinguida, diferente, hizo amistad con Jao Holder?

¿Acaso él es malo, señora?

Bienvenido, Jao. Te extrañábamos el último tiempo.

También yo a ustedes, Wanlu. El día que resuelvan devolver lo que roban a los tonos, estaré primero en la fila. ¿Qué mesa me aconsejas hoy?

¿Ha vuelto usted, Jao?

Sería nefasto mi consejo. Te indicaría una donde perdieras rápido, así me invitas luego a una copa, en el bar.

Este afecto que conservas por mí te será nocivo algún día.

Deberías estar profundamente dormida, Yami.

Estoy profundamente despierta, sin embargo. La señora Ponyon me aseguró que fue a jugar póker. ¿Multiplicó los diez dólares?

Me los restaron vergonzosamente. Y ahora vete a la cama. Estás muy bonita y no quiero fracasar otra vez esta noche.

Fui a mi cuarto, mudé mis ropas y cuando ya era noche cerrada. Maca me una agitada vida nocturna. Está llena de casinos y garitos más o menos clandestinos. Yo conocía uno...

(Veremos si la nieta de un mudo me trae suerte.)

¡Perdí otra vez, señor Holder! ¿Insiste o te va?

Me voy. Sólo necesito pelusas en el fondo de mis bolsillos.

Puso una expresión que quiso descifrar. Y me fui a la cama. En la mañana, cuando bajé a desayunar...

La señorita salió temprano. Pero dejó este sobre para usted, señor Holder.

¡No debí permitirle ir sola, señora!

No sea terco y use estos cien dólares para pagar las averías del lanchón. Tengo que ponerme en contacto con 'alguien'. Pero a mediodía estaré esperando en el restaurante del Central Hotel'.)



¿Quién es ella en realidad?

Un ángel en apuros que encontró a un tipo que estaba harto de tentar al demonio, señora Ponyon. Adiós.



El señor Setúbal lo espera en ese junco, señor Holder.



La vez no me tendió la mano palma arriba porque ya le habían pagado por el favor...

Llegaron dos tipos. Querían saber quién guiaba el lanchón averiado ayer y adónde fue el pasajero que iba a bordo.



¿Se lo dijo?

¡No! Dije que habían tomado sin mi permiso el lanchón.



Y que no conocía al pasajero. Pero usted sí, ¿verdad, Jao? No habrá sido casualidad que viniera a pedirme trabajo justo lo cuando necesitaba un piloto.

Fue casualidad, Setúbal. Créame. Pero lo cierto es que estoy ayudando a... al pasajero de ayer.



Enrí. No quiso aceptar dinero para la reparación y me despidió acongojado me cuidando y que me serviera a verlo si algo me estaba, pero con desconfianza. A mediodía encontré a Yami en el restaurante del Central Hotel...



¿Estás bien?

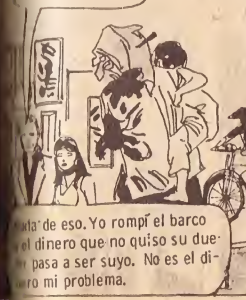
Tendrá que soportar mi compañía un día más, Jao. La persona que vi me informó que recién mañana tendrá el pasaporte.

Nos queda una tarde y una noche. Usaremos el tiempo para conocer Macao.



Dije que Setúbal no había aceptado los cien dólares y me contestó que pagara con ellos el almuerzo y los demás gastos del día...

¿Estás tentándome a ser un "gigolo"?



Pero entiendo que es el problema de mucha gente. Esa, por ejemplo. La llaman "la gente del agua", ¿verdad, Jao?

Sí. No tienen otro sitio donde vivir que sus juncos y sampanes.



Muchos nacen, viven y mueren allí. Mientras, a pocos kilómetros de aquí se ven terrenos desiertos y amplios, que ofrecen posibilidades mejores. ¿Por qué se quedan?



Porque los tienta la ciudad cercana, Yami. Han llegado buscando un paraíso y se resignan al "patio del fondo", a un minúsculo y miserable lugarcito inhóspito, pero ciudadano.



Juro que pensaba en mí mismo cuando lo decía. Porque en Oporto tenía un empleo y mi ambición me había arrojado a Macao en busca de "algo mejor..."

Se ha puesto triste, Jao.

Acaso porque no me tuteas como yo a ti.



Anduvimos callados un largo trecho. Era la primera vez que ante una mujer no tenía palabras. Pero claro, ella no era Wanlu, o cualquiera de las muchachas que yo conociera antes...

Soy china y tú europeo, Jao. No haríamos una buena pareja. Y eso si existiera alguna posibilidad de poder formarla.



Te quiero, ¿sabes? Nunca sentí nada igual. Y en cuanto a eso de que eres china y yo no... Mi padre era inglés y se peleó con su familia casi noble cuando se enamoró de una pobre chica portuguesa, mi madre.



Debe ser un resabio de cuando nos conocimos. Yo era un chico y usted... y tú todo un hombre.

Pero ahora eres una mujer. Y le gustas al hombre que sigo siendo, ¿sabes?



¡Tienes razón! Eres una pasajera que seguirá viaje cuando yo deba quedarme en "el patio del fondo". ¡Vamos a divertirnos!



Me obligas a pensar en lo que nunca quise: un hogar, una mujercita dulce esperándome y chicos peleando por abrazarme primero...

Mi abuelo repetía un proverbio en estos casos.



"No hagas hoy lo que tu harías nunca".



Nunca tuve suerte con estas malditas máquinas "tragamonedas". ¡Veamos si jugando con dinero ajeno pasa algo distinto!



Claro que pasó. Pero no me llegó recoger la carrada de monedas que vomitó la máquina. Sólo me obligó a decir estúpidamente:

Ahora puedo pagarlo todo con mi dinero, Yami.

¿Qué ocurre contigo, Jao? ¿Te vuelves rencoroso?



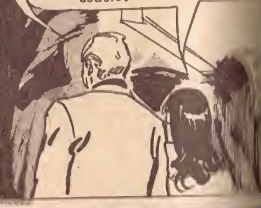
La música sonaba fuerte. "Muchacha China" decía el rótulo junto al botón que oprimí. Pero no era nada suave o melódico sino un desastre de alarido...

¿Y qué pasó entre ellos, Jao? ¿Fueron felices?



Mucho. Pero al año, cuando yo nací, mi padre murió en un accidente. ¡Mamá muy agorera y malos deseos! ¿Te das cuenta?

¿Puedo decirte algo que decía mi abuelo?



"Si nos hacen felices hoy y son felices ellas, ¿qué importa que las mariposas vayan a morir mañana?"

Eso contradice tu opinión, Yami. ¿O quieres decirme que...?



¡Yami!



...lé en plenacalle. Entre la curiosidad de la gente que pasa-
ya y el olor a las verduras de un puesto vecino. Y ella también
...besó...



...quién es ella? Pareció dis-
tarse al verte conmigo.

...una amiga, Yami. Una
...las que sirvió para ha-
...irme entender cómo se
...llama lo que me pasa con-
...igo, ahora.



"¿Y cómo se llama?"
preguntó mientras nos
sumergíamos en la ma-
rea humana. "Amor",
respondí. Y era verdad.
Esa noche no dormí pen-
sando en lo que pasaría al
día siguiente. Y en la
mañana, muy temprano...

(Sale. Irá sola a ver a
"alguien" en busca de
su pasaporte.)



(Toma el camino de la ciudad
vieja. Peligroso sitio para una
fugitiva.)



Entró a una tienda
que tenía un cartel
con caracteres chi-
nos que significaban:
"Ropa usada". Espe-
ré. Media hora des-
pués...

(Sale con un bolso.
¿Un nuevo disfraz,
acaso?)

Regresó a la pensión de la
señora Ponyon y subió a
su cuarto. La esperé en el
comedor para desayunar.
Quería evitar las preguntas,
pero no pude...

¿Cuándo te marchas?

Pronto, Jao. Tengo mi pasa-
porte y hay un barco pequeño
que partirá... también pron-
to hacia Hong-Kong. Desde
allí no será difícil llegar a For-
mosa.



Pero aún me queda un día más, el de hoy. Estaremos juntos. Por ahí. Disfrutando la felicidad que nos regala la vida.

La felicidad de las mariposas.

¿Qué importa cuánto dura la felicidad?

Tienes razón. Esta vez será yo quien repita una frase que dijo Fontanelle, hace tiempo: "Un gran obstáculo para la felicidad es esperar una gran felicidad".

La besé ahí y en la playa barrosa del Cantón, delante de los habitantes de juncos y sampanes. Comimos en una fonda portuguesa y le gustó la comida de mi país...

¿Qué harás cuando me haya ido?

Extrañarte, Yami.

¿Y después?

No lo sé. Buscar un trabajo. O no buscar nada sabiendo que todo lo he perdido contigo.

"Si te cabe la esperanza de encontrar lo perdido no has perdido". ¿Recuerdas? Mi abuelo era un hombre sabio.

¿Sabía él lo que es perder el amor?

El día terminó triste. Llegamos a la estación cerca de la medianoche. Me había hecho beber demasiado durante la noche. Y delante de la puerta de mi cuarto.

Vete a la cama ahora. Duerme. Y mañana...

Mañana tú no estarás. Y yo... Yo...

(Y yo seguiré siendo el estúpido que vino en pos del paraíso y se quedó en el "patio del fondo", sobreviviendo.)

La oí bajar las escaleras sigilosamente. No me moví. Sabía que no debía hacerlo...

¡Yami!

¡Vuelve a dormir! ¿Quieres?

Obedecí como un perro manso. Pero luego me resistí. Corrí a la calle. No había nadie. ¿Por dónde buscarla? Habría cientos de barcos en el río y en el mar. Se me ocurrió algo...

(¡La tienda de ropa usada! Su dueño debe saber. Iré allí. Le diré que soy amigo de Yami, que debo ir con ella...)

(¡Policías!)

"No puede pasar", me dijo uno. Lo empujé y bajé el portal del negocio vi al médico que iba a un viejo chino viznante...

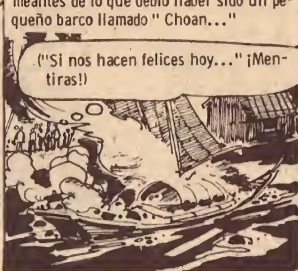
Eran dos... Quise que la mujer fuera la misma que Yami... Tuve que decirlo. Ustedes ya tienen mi trabajo.

...la ayudar a los que huyen de China.
...que ella iba en un sampán. El "Choan"
...debió salir del muelle sur en una hora...

Tomé un taxi para llegar, pero hubiese
sido mejor no haber llegado nunca. Me
quedé atónito mirando los despojos hu-
meantes de lo que debió haber sido un pe-
queño barco llamado "Choan..."

("Si nos hacen felices hoy..." ¡Men-
tiras!)

¡No es verdad que pueda disfrutar
nadie la felicidad de las mariposas!
¡Todos saben que morirán mañana!



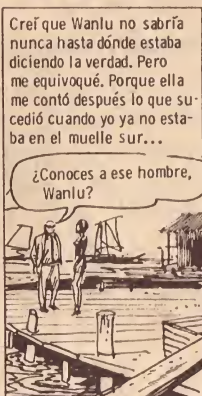
Hola, Jao. ¿También
a ti te trajo el incen-
dio? Yo pasaba cerca
con unos amigos
y...



¡Vete al demonio,
Wanlu!

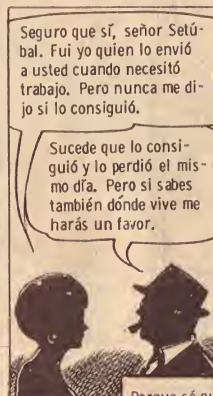


...pasa contigo? ¿Te abando-
nó la muñeca que besabas
un día en plena calle?



¿Conoces a ese hombre,
Wanlu?

Creí que Wanlu no sabría
nunca hasta dónde estaba
diciendo la verdad. Pero
me equivoqué. Porque ella
me contó después lo que su-
cedió cuando yo ya no esta-
ba en el muelle sur...



Seguro que sí, señor Setú-
bal. Fui yo quien lo envié
a usted cuando necesité
trabajo. Pero nunca me di-
jo si lo consiguió.

Sucede que lo consi-
guió y lo perdió el mis-
mo día. Pero si sabes
también dónde vive me
harás un favor.

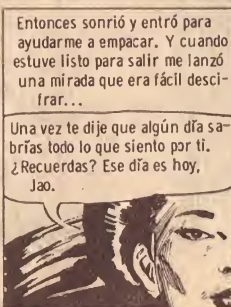


Llévale este mensaje inmedia-
tamente. Lo verás más feliz que
nunca cuando acabe de leerlo.



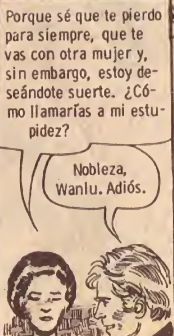
Supuesto le dije que lo haría, Jao. Y
estoy. ¿Vas a decirme qué dice ese
que acabo de darte?

¿Vas a negarme que no lo leíste por el ca-
lino? El sobre estaba abierto, Wanlu.



Entonces sonrió y entró para
ayudarme a empacar. Y cuando
estuve listo para salir me lanzó
una mirada que era fácil desci-
rrar...

Una vez te dije que algún día sa-
brías todo lo que siento por ti.
¿Recuerdas? Ese día es hoy,
Jao.



Porque sé que te pierdo
para siempre, que te
vas con otra mujer y,
sin embargo, estoy dese-
seándote suerte. ¿Có-
mo llamarías a mi estu-
pidez?

Nobleza,
Wanlu. Adiós.



La carta decía: "Yo tam-
bién me ocupo de ayu-
dar a los que huyen de
China, Jao. El Choan
era mío, pero alguien
me avisó que 'ellos' ven-
drían a quemarlo."

"Yami está a salvo. En otro barco. Uno más grande y seguro que usted deberá pilotear hasta Formosa. Venga con sus cosas si quiere acompañarla hasta el final. En Formosa podrá encontrar algún trabajo. Y le irá bien, porque no hay tantos casinos como aquí".)



Gracias, Setúbal.
Yo quisiera...

Resérvese para
Yami, amigo mío.
El viaje será lar-
go.



Es aquí, Jao. Se llama "Sanlu-Hay", que significa algo así como "esperanza" en un dialecto chino. ¡Pronto, que ella debe estar impaciente!



Hola, Jao.

Hola, Yami. ¿No tiene tu abuelo alguna trase para casos como éste?



Claro que sí, pero si... hum... no me dejas los labios libres hum...



Macao iba quedando atrás. Como un paraíso nunca hallado, O un trampo paraíso. O un trampolín para el auténtico. Tomé el timón y vi que se sentaba delante de mí como la primera vez, cuando la creó un chico de quince años...

Mi abuelo solía decir...



"Las mariposas no nacen, resucitan".

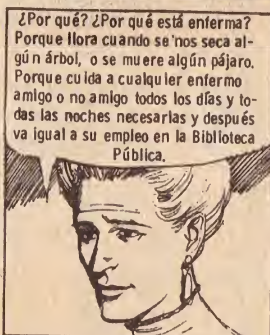
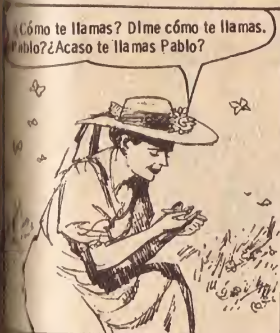
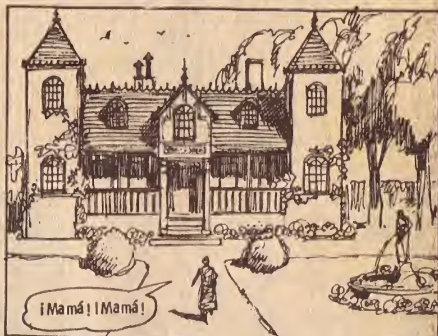


Fín

Por CRISTÓBAL MARÍA PAZ

NO MATAR A UNA MARIPOSA LLAMADA PABLO

BIJUXOS DE VOGT



La gente se rie de ella!

La gente es una pequeña basurita sin importancia. En vez de ocuparnos en criticar tanto los actos de unos y otros, tendríamos que amarnos más y mejor.

Entre la gente está Carlos y su familia. No podemos vivir aislados, mamá. Esta casa no es una isla. Carlos es mi prometido, vamos a casarnos y su futura cuñada es el hazmerreír del pueblo.

¡Ojalá hubiera aquí y en el mundo entera mucha gente como ella. Sólo sabe amar. Ni el odio, ni el rencor tienen lugar en su alma.

¡Laura está enferma!

¿No entiendo por qué te obstinas en atacar a tu hermana?

Laura se enamoró perdidamente del primer hombre que conoció en su vida, un vagabundo.

Pablo era un poeta.

¡Pablo era un vago! No sabíamos nada de él. No paraba en ningún empleo. Nada le parecía bien. Estaba contra todo y contra todos. Un buen día se marchó a la Capital con el sueño de triunfar como escritor dejando la promesa de regresar y casarse.

No la ataco, pero analizo las cosas, y los hechos me dan la razón.

En quince años no le ha escrito una línea, y ella sigue esperándolo, y borda sábanas y manteles, y prepara un ajuar, ¿para qué?

Parece también que es malo tener fe.

¡Convéncete, mamá! ¡Laura está enferma, o es distinta, no sirve para vivir en nuestro mundo!

Quizá seamos nosotros los que no somos capaces de vivir en su mundo de ternura, de cariño, de esperanza.

¿No te preguntas por qué no vienen más aquí Bernardina y los chicas Florencia?

Beatriz, tú eres mi hija; Bernardina también es mi hija y Laura es también mi hija. Las amo a las tres por igual y estoy dispuesta a defenderlas contra cualquier peligro o crítica.

¡Laura va esta noche al baile
al club, no voy yo.



Vas tú, va tu hermana, e iremos
tu padre y yo. No se hable más del
evento. En último caso, Carlos se
va contigo y no con nosotros.

¡Adiós, mariposa! ¡Adiós!



Año 1910. Vértiz
es un progresis-
ta pueblo de pu-
dientes y felices
hacendados, en
la provincia de
Buenos Aires.
Ahí viven el Dr.
Rómulo Larra-
zábal, su esposa
y sus tres hijas:
Laura, la mayor;
Bernardina; casa-
da con el abogado
Florencio Ramos,
y Beatriz, la me-
nor, prometida
de Carlos Fuentes,
el estanciero más
rico del lugar.

Un día de un lejano verano de hace
15 años llegó a aquella villa un a-
puesto muchacho trotamundo, sencí-
llo y alegre. Conoció a Laura. Se ena-
moraron perdidamente. El se llamaba
Pablo Ledesma.



Escribo poesías y cuentos y novelas. Ya
verás. Cuando llegue a Buenos Aires
te contaré ampliamente. Famoso, volveré
a buscarte y nos casaremos.



¡Te esperaré!



¿Quién eres? ¿Quién eres, Pablo?

Soy un hombre que te ama, que tiene
fe en ti. Soy un vagabundo con los bol-
sillos llenos de estrellas, que no sir-
ven para comprar nada.



También soy un poeta. Y a veces soy un
chiclero y me convierto en mariposa.
Cuando mariposa me meto hasta en el co-
razón mismo de las flores y espío el na-
cimiento del arco iris. Cuando soy mari-
posa si me llaman: ¡Pablo!; contesto que
sí que soy Pablo.



¡No seas mariposa! Cuando el verano
llegan las bandadas de mariposas y los
muchachos las esperan en el camino
y las cazan para encerrarlas en cajas
de zapatos en donde mueren de tris-
teza, o simplemente las matan de un
golpe de ramas de paraíso.



Yo no moriré nunca, Laura. Hombre o
mariposa tengo tu amor para hacerme
inmortal. Tu amor y tu fe en mí son
mi escudo y mi lanza y con ellos voy
a enfrentar al mundo y vencer.





Y transcurrieron quince años, quince largos años durante los cuales Laura vivió su hermosa, incomprensible vida de siempre. Amar a las mariposas, pero también amar a los humildes, a los que sufren, a los que se aferran a la vida a través de un gran dolor.



Laura llegó tarde y sola. Sus padres y sus hermanas ya estaban participando de la reunión. Cruzó el salón lentamente. Vestida con un traje de encaje celeste, su cabellera oscura, perfectamente peinada, en la que comenzaban a asomar las primeras canas, tenía un aire de majestuosidad y de respeto, que no todos toleraban.



llo a ti: y a los demás que no a-
 mbro a hacer públicas mis tareas
 existencia piadosa, pero creo que
 la única forma de hacer entender
 la torpeza de tu insolencia.



Llegó por fin al balcón terraza. De pronto se sentía cansada.



Sácame a bailar, papá, por favor.



los ojos húmedos. No merecen tus lágrimas..

No entiendo por qué están todos contra mí.



¿Qué es lo que no me perdonan, papá? No ser vacía como ellos, no vivir sus vidas sin objeto, sin sentido de la realidad humana. ¿Qué puede interesarles el silencio de Pablo? Yo a Pablo lo siento dentro mío; y eso es lo importante en el amor. No hacen falta palabras, ni gestos, ni hechos.



¿Y si tú has amado entregándole toda tu vida y él en cambio no, él te ha olvidado?

No me importa, papá. En los remordimientos que le inspire su mentira estará su condena. Frente a mi conciencia yo me siento tranquila. He cu rapido con mi corazón.



currieron años. Se
 Neatriz, la
 ma de Lau-
 murió el pa-
 Laura. Hu-
 en poco de es-
 en el ho-
 los Larra-
 Las herma-
 así ni venían
 las, Laura con-
 va esperando
 bre que se
 día a Bue-
 nres en busca
 nfo y se lle-
 ilusiones y no
 amento y no
 jamás.

Un día llegó a Vértiz una mujer humildemente vestida. Traía a un niño de su mano. Buscaba a Laura. Eran la esposa y el hijo de Pablo Ledesma.



Llovía torrencialmente. Encontraron a Laura en la Biblioteca Pública. Las salas estaban desiertas.

Me llamo Dora. Pablo... Pablo murió hace tres años.



Laura se arrodilló frente al niño y le quitó los zapatos y le friccionó los pies helados.

Aquí, cerca del fuego, te pasará el frío.



¿No lo llora?

Ya no. Lo lloré antes. Supe de su muerte. Supe también de su boda con usted, ocurrida hace diez años. Pero no era por orgullo que callaba, sino por mantener viva una ilusión que me ayudase a vivir.



¿Cómo lo supo?

Por una agencia de Investigaciones. El método es humillante pero no tenía a quién confiarle esa misión. Es extraño, pero siempre estuve sola en el mundo.



Pablo se casó conmigo por su propia voluntad. Sabía de su existencia, Laura. La odiaba su fantasma con la misma intensidad que yo. Pero ahora, cuando tengo que separarme de él, sé que las manos del mundo que lo pu...



¿Separarse de su hijo? ¿Por qué?

Pablo fracasó como escritor. A su muerte sólo dejó deudas. La miseria en que vivimos ya es espantosa. No lo puedo seguir manteniendo y no quiero para él un asilo, que es el hogar que yo conocí hasta mi juventud.



Se lo dejo. Cuidelo. Yo jamás vendré a reclamarlo, se lo juro. Es el hijo de Pablo, el hombre que usted tanto amó, el muchacho que quería ser mariposa.

No puedo aceptar eso. Es un crimen.



Haremos algo mejor. Yo la ayudaré a mantener a Daniel. Las dos lucharemos y lucharemos para que sea un hombre de bien. Aquí tiene. No es mucho. Déjeme sus señas y escribiré continuamente. Algo importante, Dora. Que su hijo sepa que yo existo.



Laura enfrentó entonces una obra titánica. Sus recursos no eran muchos. La fortuna familiar se fue empujando eficientemente aún más. Murió la madre, y ella aceptó entregar a los cuñados los campos que le pertenecían como herencia por unos pocos pesos para resolver urgentes necesidades de Daniel.

Laura se redujo a vivir en una humilde habitación en un convento cercano al pueblo. Los años no habían transcurrido en vano. Dejó su cargo de bibliotecaria, del cual recibía una escasa jubilación, y se dedicó a bordar ropa por encargo.



La obra silenciosa de Laura y Dora fue haciéndose realidad. Un 15 de diciembre Daniel Ledesma recibió su título de médico.



el diploma a su madre.

Para ti, mamá.

las lágrimas. Tenía la cabeza blanca y los ojos profundamente cansados.

No, hijo. Para mí no es. Acompáñame, por favor.

Dora le dijo a su hijo que ella tenía la de butacas, en el salón de actos de la Facultad de Medicina.

Ahí está. Dáselo a ella.

¡Laura! ¡Usted es Laura Larrazábal!

¿Por qué le habló de mí?
¿Por qué rompió su promesa?

Daniel. Yo hoy te he contado la verdad sobre tu padre, sobre mí, sobre Laura. Aquí la tienes. Abrazala y bésala bien fuerte. Todo lo que eres y quien eres se lo debes a ella, a su sacrificio, a su maravillosa condición de amar a los demás.

Sallieron los tres juntos. Dora apoyada en un brazo de Daniel, Laura apoyada en el otro.

Vayamos despacio. Veo poco y si no me ayudas con el bastón no doy un paso que digamos.

Les pediré un favor. Que me acompañen hasta la estación de trenes. Quizá sea la última vez que nos veamos.

Ya estaban en la calle.

¿Qué miras, mamá?

Lo mismo que mira Laura. Hay mariposas.

Sí. Hay mariposas. Quizá una de ellas se llame Pablo. Dios quiera que no la maten, porque Pablo es el símbolo de los sueños de amor que ayudan a vivir.

No hay tren, Laura. Para usted no hay tren. Usted se queda con nosotros, en Buenos Aires. Las necesito a las dos a mi lado.

FIN

SONRÍA



**Recuerda
esta
bota?**



**ATENCION!
LLEGA EL
9 DE FEBRERO**



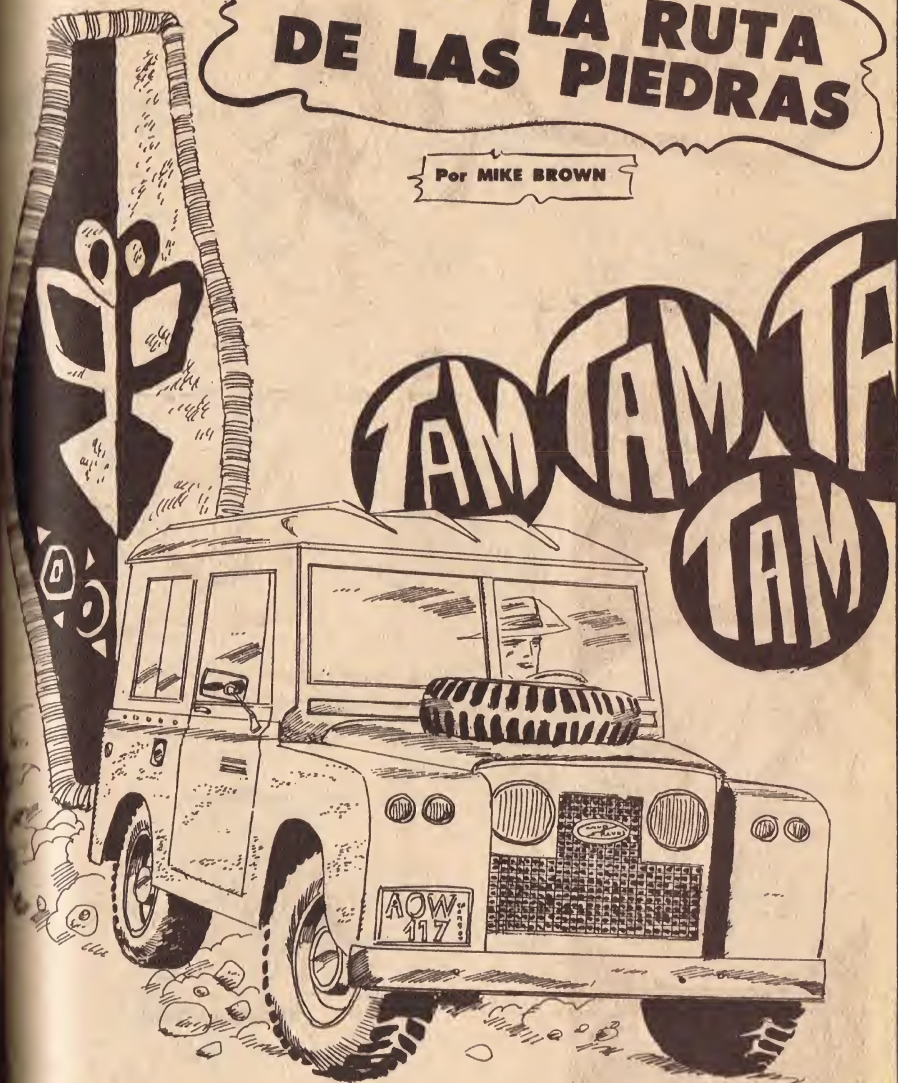
- ¿Estás seguro que necesitas
un señuelo para atraer tiburones?



- Parece que no le caigo sim-
pática...

LA RUTA DE LAS PIEDRAS

Por MIKE BROWN



Apuesto cualquier cosa a que está tramando algo.

Tonterías. Por el contrario, estoy empezando a creer que debimos hacerle caso.

Hablaban en voz baja, pero el ruido del motor lo habría hecho innecesario. Dafne oía el diálogo en silencio, sonriendo apenas, sacudida por el traqueteo. "Bickford está celoso de ese hombre", pensó, y buscó la mirada de Lima en el espejo retrovisor. De pronto, un barullo, un crujido y el coche se detuvo en seco.

Un palier. Casi seguro es un palier.

¡Un palier! ¡Maldito sea!

Bickford saltó del coche. Lima lo siguió, calmadamente y se inclinó.

Es lo que dije. Un palier.

Dafne susurró, junto a su tío...

Bickford dirá ahora que el guía lo ha hecho a propósito. Ya verás.

Y en efecto...

¡Maldito sea! ¡Usted, Marco, lo ha hecho a propósito! ¡Usted no quería que lo guiéramos!

Lord Elgin bajó del coche. Bickford lo tenía preocupado. Desde que abandonaran el grueso de la expedición, parecía febril, continuamente exasperado. Se acercó a Bickford.

Cálmate, Bickford. Seasmos sensatos.

¡Sensatos! ¡El quería que nos volviéramos con los negros! ¡El hizo todo!

¡Vamos! Nos advirtió que los negros se negarían a seguirnos cuando llegáramos a la Ruta de las Piedras, y ocurrió. Se opuso a que siguiéramos solos, y no le hicimos caso. ¿Vas a acusarlo de eso?

Bickford calló. La lógica de lord Elgin era irrefutable. La expedición había sido organizada por ambos luego que Bickford reconociera en uno de sus vuelos a la selva del Lago Negro, hasta entonces inexplorado. Con el objeto de darle alcance por tierra habían llegado a Tipetown, África Central, con Dafne, habituada ya a este tipo de excursiones.

Marco Lima, guía de origen latinoamericano radicado en Tipetown, era el único que conocía el camino. Trató de disuadirlos.

Estamos en verano. Hay que dejar esto para el invierno. En verano no pasa un alma más allá de la Ruta de las Piedras.

¿Y qué nos importa? ¡Precisamos a nadie!

Si los negros oyen el tam-tam de los hautula, no querrán seguir. Los hautula son feroces y merodean por la zona del Lago Negro.

¡Seguiremos solos en la camioneta!

Es una imprudencia. La camioneta puede romperse en ese trecho. Y en ese caso, los hautula nos atraparán. Jamás saldremos a pie.

¡Vamos, Lima! Estamos armados, ¿no es así? ¿O tiene miedo?

se limitó a mirarlo, en silencio. Dafne se puso de par. Bickford. Lord Elgin volvió pero cedió al fin a su insistencia por explorar el Lago. Salieron con veinte negros y dos camiones, viajando en la camioneta. Y todo terminó como lo previera Lima. Llegar a la Ruta de Las Piedras en una clara noche de verano. Se acampan.

Los negros ya habían estado dando muestras de excitación. Y ahora se habían agrupado, discutiendo entre ellos, haciendo ademanes...

¿Qué les pasa? ¿Se han vuelto locos?



Me temo que están des- liberando.

Es lo que hacen. ¿No han oído desde hace unas horas algo así como un replaque de tambor?

¡Oh, sí! ¡Esta tarde oí eso! ¡Una especie de tam-tam!



¡Un tam-tam! ¿Qué idiotez es ésa?

Supongo que se refiere a los hautula. ¿Qué nos aconseja usted, Lima?

Tenemos que hablar con ellos. Sospecho que están decidiendo abandonarnos.



Avanzó calmadamente hacia los negros, hablando con ellos en su idioma. Se veía que quería disuadirlos. En vano. Regresó, al fin.



Quieren seguir adelante. Dicen que los hautula no dejan a nadie con vida.

Avanzó furioso hacia los negros, agitando su winchester...

¡Tenemos armas! ¡Mataremos a los hautula! No hay que tener miedo!

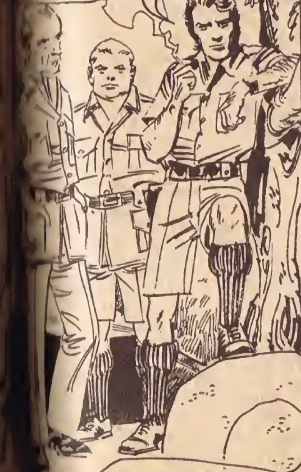


No seguir. Otro día, no verano. Verano desierto.

Lord siguió vociferando, pero fue en vano. Lord, lleno de cólera. Lord Elgin trató de calmarlo.

¿Podamos seguir solos. ¿Qué piensa usted, Lima?

Me lo aconsejo. El jefe negro tiene razón. La Ruta de las Piedras es difícil. Si se rom- pe el coche, no habrá ayuda. Y rondarán los hautula.



¿Tiene miedo él también! ¡Eso es lo que pasa!



Lima se volvió, mirándolo fríamente.

¡Miedo! ¿Usted nunca tuvo miedo, mister Bickford?



Seguiremos, si insisten. Pero si ocurre algo con el coche, ya saben a lo que hay que exponerse.

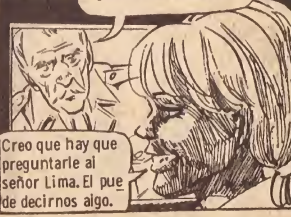


Elgin tuvo que intervenir. El caso es que Bickford, pretendiente eterno de Dafne, creía que ésta coqueteaba con el apuesto gúf. Y estaba tratando de provocarlo en todo momento. Dafne insistió en que siguieran solos. Lord Elgin se dejó llevar. Y al fin Lima había declinado toda responsabilidad.



Y ahora, había ocurrido. Lord Elgin miró a Dafne que, siempre desde el coche, contemplaba la escena, como si la divirtiera.

¿Qué dices, Dafne?



Creo que hay que preguntarle al señor Lima. El pue- de decirnos algo.

Bien. ¿Qué opina usted, Lima?

Opino que habrá que pagar caro la obstinación de ustedes.

¡Caro! ¿Qué quiere decir con eso?

Que es casi imposible salir de aquí. No doy dos centavos por nuestras vidas.

Se hizo un silencio. El único que podía salir de allí, era Lima. Si a él le ocurría algo jamás encontrarían el camino de regreso, aún cuando pudieran librarse de los habitantes. Bickford debió aceptar a regañadientes la imposición de Lord Elgin, de que Lima tomara el comando del grupo. Así abandonó la camloneta, y emprendieron el camino.



Marco indicó las provisiones, armas, pretrechos que debían llevarse. Todo debía fiscalizarse, pues no podía preverse el tiempo que tardarían en llegar a Tlpetown, si es que llegaban. Lima abrió la marcha...

¿Oyes? Ese tam-tam. Llegas de lejos.

No les hagas caso, Dafne. No asomarán la nariz.

Hacia el mediodía...

¡Alto! Descansaremos un par de horas. Pueden dormir. El sol es demasiado fuerte.



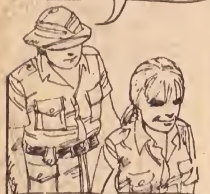
Lord Elgin se recostó bajo los arbustos. Lima se sentó a un árbol, echándose a dormir sobre los ojos.

Quiero ver un poco estos montes, Bickford?

¡No hay que alejarse diez pasos!



¡Maldito! Le gusta dar órdenes.



No seas tonto, Bickford. Mira. Parece un túnel de hojas.

¡Oh! ¡Aquí está bastante más fresco!



Se volvió...

¡Oh, Dafne...! ¡Te amo, te amo...!



¡Suéltame! ¿Te has vuelto loco?

La expresión de Bickford era en realidad la de un loco. Dafne quiso desasirse...

¡No...! ¡No te dejaré...! ¡Te amo, siempre te he amado, no toleraré que me rechaces...!



¡Suéltame! ¡Suéltame o grito!

En ese instante se oyó una especie de carropeo, de tos. Bickford se volvió...



Dafne avanzó, mirando las líneas que se cruzaban a sus costados, formando un gran telón. De pronto...

¡Dafne!



lo sucedió en un relámpago.
De pronto...



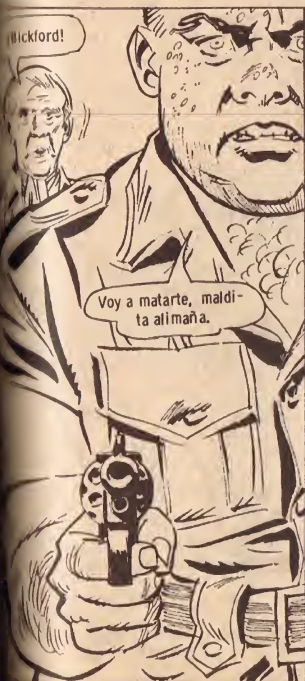
El sol lo ha trastornado, Bickford.
Cálmese.



¡Suéltame...! ¡Canalla...!
¡Miserable...!



Bickford!



Voy a matarte, maldita
alimaña.



Pero Bickford...



¡Perro inmundo...!



¡No le tire, Lima! ¡No dispare!



En lugar de usar su arma, Lima saltó hacia atrás, pero...





Lima suspiró, como asombrado y a la vez algo aburrido...

Es absurdo. Disparé sólo en último extremo. En defensa propia. Además, si no lo mato, muero yo. Y sin mí, morirían ustedes tres. Ya se lo dije.



Dafne tenía la sensación de haber envejecido de repente. Parecía imposible que era ella misma la que sonreía una hora antes a Lima buscando sus bolsos, coqueteando, burlándose del desdichado Bickford. Hubo que cavar una sepultura al pobre muchacho y seguir el camino. Lima adelante, en silencio.



¡Muerto! ¡Está muerto!



Estaba loco. Quizás por amor, la locura del trópico...



Si no disparo, habría muerto yo. Y entonces los muertos habrían sido tres. Jamás habría salido de aquí.

Sólo puedo decirte una cosa. ¡Dispare su arma sobre mí!



¿Cómo...?

Soy un hombre de honor. Y quiero que sepa claro esto: si regreso vivo a Tipetown, lo denunciaré por la muerte de Bickford. Lo haré ahorcar.



Repito lo que dije. Y si huye solo, o con Dafne, es lo mismo que si me pegara un tiro. ¡Hágalo ahora!



Lima lo miró, sin decir palabra, y guardó su revólver. Se alejó, lentamente, hacia donde había dejado sus mochilas. Dafne avanzó como en sueños hacia su tío. El no había visto el comienzo del accidente. Podía creer que Lima había provocado a Bickford para llevarlo a ese estado; colocarse en situación de legítima defensa y matarlo.



Más de una vez había oído hablar a su tío de esas así. Se acercó...

Estás equivocado, tío. Sé lo que sientes. Que rías mucho a Bickford. Era hijo de tu mejor amigo. Querías que me casara con él...

¡No me digas nada, Dafne! No cambiaré de opinión. ¡Si regreso a Tipetown, lo denunciaré!



El la tratando de explicar de una vez a lord Elgin cómo habían sucedido las cosas. ¿Cómo había podido decirle que Lima podría fugarse con ella?

¿Cómo puedes decir eso? ¿Crees que yo te abandonaría, tío?



se echó a llorar, al decir esto. La congo-
la había superado ya sus fuerzas, su ha-
bitual entereza. Elgin se detuvo, la abra-
zó...

El mundo es extraño, Dafne. O yo no he
vivido nada, o ese hombre está enamorado
de ti. Estoy seguro que no te dejará morir.
No dejarás morir tú a él?



Dafne se resistió. Po-
dría seguir las hue-
llas de lord Elgin, pe-
ro Lima dijo que se tra-
taba de una ciénaga in-
habitada de cocodrilos.

Haz lo que te dicen,
Dafne. No se juega
con esto.



Dafne bajó la cabeza.
Lima la tomó, alzándola
como a una pluma.



Lleve la carabina prepara-
da, lord Elgin. Pise exac-
tamente mis huellas.

Cerró los ojos. Seguía sintiéndose vieja y
totalmente distinta. La voz siguió.

Me había querido herir de muerte a Bickford
pero la bala fue mortal. ¿Por qué, miss Murray?



Dafne quedó un instante con el aliento
cortado, en una especie de extraña pa-
rálisis. Y lord Elgin prosiguió.

Porque quiero que estés segura de que,
de cualquier modo, aún contra ti, cum-
pliré con mi deber. No olvides nunca que,
si llegamos a Tiptown, lo denunciaré.



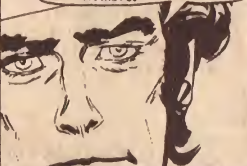
Dafne sentía en su mejilla el roce
áspero de la camisa de Lima, su
cabeza rozaba ese hombro vendado
de Marco, su peso aumentaba
sin duda su dolor. De pronto oyó
su voz.

Hay algo que quiero decirte,
miss Murray.



Dafne no despegó los labios.

Porque quizás deseaba matarlo, miss
Murray. Quizás lord Elgin tenga razón.
Me siento culpable, porque me he ena-
morado de usted, miss Murray. Y enton-
ces, tal vez, desee la muerte de ese
hombre.



En ese instante...

BANG!



Dafne se apretó contra Li-
ma. Este la estrechó a su
vez, como si la protegiera.

No tema. Los estampidos
los espantarán.



Llegaron a un sitio cenagoso. Lima se dio
vuelta.

Tendrá que pisar mis huellas, lord Elgin.
La señorita Murray deberá ir en mis bra-
zos.



¿Qué decía esta voz? ¿A qué nueva Dafne,
recién nacida, estaba hablándole? ¿Qué
parte de su ser penetraba esta sonoridad
grave, tensa?

Sabía que usted sólo coqueteaba conmigo
para irritar a Bickford. Y sin embargo,
yo... He sido un imbécil. Por eso los
llevaré a casa de regreso y dejaré que
lord Elgin...



Lord Elgin se había detenido.
Seguía disparando. Lima se vol-
vió a mirarlo...

¡Oh...!



¡Quédese quieta aquí! ¡Tenga lista el arma!



¡No se mueva, lord Elgin!
¡Dispare su arma, Daf-
ne...!



BANG!



Déjeme, Lima. Es una
oportunidad para usted.
Déjeme.



Lima miró sin res-
ponder, con secre-
ta admiración, el
rostro de ese hom-
bre increíble. Ad-
virtió que al caer-
se ni siquiera hab-
ría pedido socorro,
ni gritado. Y ahora
le hacía esa refle-
xión. Siguió tiran-
do.

Deje las piernas
muertas. No las
mueva. ¡Ayude al-
go!



BANG!



Está bien, Lima. Es usted un
hombre de honor.



Lima miró en silencio cómo lord Elgin se po-
nía de pie. Y entonces...

Pero quiero advertirle que esto no cambia la si-
tuación. Deberá responder usted por la muerte
de Bickford.



Una hora después avanzaban en plena selva.
Había vuelto a resonar, a lo lejos, como un
anuncio fatídico, el tam-tam invisible.

¡Es horrible! ¡Siguiéndonos como un fantasma!

No se acercarán. ¡No se aleje, lord Elgin!



¡Cuidado!



BANG!!



Lord Elgin se volvió,
mirando al animal,
y dijo secamente:
No la había visto. Gra-
cias.



...se alejó hacia un
...hurtándose a la
...de Lima. Poco des-
...había olfateado
...una presa.



...es un león. Juraría
...es una buena pie-
...a.

De pronto...



...se levantó...

...otra vez. ¿Está en todas partes, Lima?

Es mi oficio, lord Elgin.



Siguieron la marcha, machete en ma-
no. Dafne se adelantaba a menudo,
junto a Lima.

Otra vez lo ha salvado, Lima. Quiero
darle las gracias.



Vuelva con su tío. Dígale que se
cuida.

No había necesidad de decirse. Elgin
no hablaba, pero desde el episodio últi-
mo se cuidaba, deseoso sin duda de no
tener que deber ya más favores a Lima.
Acamparon en un claro...



Lima fumaba en silencio. Daf-
ne, más lejos, miraba las es-
trellas. Ese tam-tam era como
el recuerdo de una amenaza
constante. El dictado de la sen-
tencia implacable. Pero no pa-
ra ella. La muerte aguardaba
a Lima. La muerte. Conocía a
su tío. Cumpliría su palabra.
Y Lima mientras tanto era lo
único que a ellos mismos los
separaba de la muerte...



Al día siguiente la sel-
va empezó a ralear. Ha-
cía el mediodía...

¿Se han fijado? Ya
no se oye el tam-tam.



Han dejado de avanzar.
Estamos saliendo ya
de sus dominios.

Y así otra jornada de mar-
cha, ésta más liviana. Al
día siguiente, al atarde-
cer, la selva quedó atrás.
A pocos kilómetros...

¿Sabes una cosa, Dafne?
Hasta hoy no estaba segu-
ro de que Lima nos con-
dujera efectivamente ha-
cia Tipetown.



¿Hasta ahora? ¿Por qué?

¿Ves aquellas colinas?
Detrás está Tipetown.



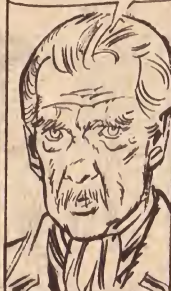
Dafne sintió una especie de punzada. Sí. Ella jamás había dudado de Lima. Pero era como si hubiese deseado que esa marcha no terminara nunca. Y había terminado. Lord Elgin la miró...

Todavía está a tiempo. Puede huir. Ya podemos regresar solos.



Quiere decir...

Que si regresa a Tipetown le va la cabeza en ello. Ya lo sabes.



Dafne se mordió los labios. Trató de mantener unas lágrimas que ardían en los ojos...

¡Lima!



¿Sí?

¡Estamos cerca de Tipetown!
¡Eso es Tipetown!



En efecto. Mañana, al atardecer, iremos. Hemos dejado atrás la selva.



¡Oh, Lima! ¿Lo hará?
¿Irás usted allá? Mi tío lo denunciará!



-Después de haberla oído, no me importa, Dafne.

¡Pero no puede ser!
¡Es injusto!



No sé hasta qué punto soy culpable, Dafne. Pero usted sabe que jamás habría asesinado a Bickford ni a nadie, ¿verdad?

¡Lo sé, Lima! ¡Lo sé!



No fue tanto por mi vida, lo juro. Ya ves que ahora la doy. Fue por la tuya. Iba a matarte y quedarías perdida con ellos, entregada a una muerte horrible...

¡Oh, Marco!



(Lo sabía. Sabía que ocurriría esto. Y sin embargo debo denunciarlo. ¡Dios mío! Debo denunciarlo!)



Al alardear del día siguiente...



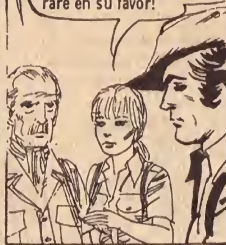
Lord Elgin se detuvo al traspasar las primeras casas de la aldea...

Escuche, Lima. Si quiere huir, huya. Ya nos ha salvado.



¿No responde? ¿Por qué no responde?

¡Eres un monstruo! ¿Oyes? ¡Un monstruo injusto! Lo defenderé, ¿oyes? ¡Declararé en su favor!



Tu declaración no servirá de nada. Comprenderán que te has enamorado de él.



¡Bienvenidos!
¡Pasen, pasen!
Hemos temido por ustedes.



¿Pero Bickford? ¿Dónde está Bickford?



...a andar, a paso... Dafne miró a... Era inútil. Sa... que no huiría. Co... en sueños siguió... marcha hacia el... del coronel... comisionado... Este salió a... a... Evidente... ya le habían a... su llegada.

...que se ha retrasado? Fue una insensatez... y la marcha solos por la Ruta de las Pie... ¿Cómo permitió usted eso, Lima?

Bickford se empeñó en que siguiéramos la marcha solos. Dafne y yo lo apoyamos. Al fin, Lima obedeció.

¿Pero Bickford? ¿Dónde diablos está Bickford?



De pronto caló. Pareció comprender por la expresión de los tres que algo grave ocurría.



Dafne volvió el rostro, anhelante, hacia su tío. Lima permaneció impassible. Lord Elgin vio la mirada de Dafne. Una mirada anhelante, donde la imploración era como una fiebre, un estremecimiento de su alma íntegra. Vea dentro de él a Bickford, la daga en alto, enloquecido. A Lima, sacándolo de la clénaga, una y otra vez, salvándolo.



¿Acaso una desgracia?

"No es posible", pensó, "no es posible". Pero hizo un esfuerzo, y rechazó lo que sentía como una debilidad. "Debo hacerlo. Me sentiría deshonrado si no lo hiciera".

¿Qué ocurre? ¿Por qué callan?



Y entonces, oyendo que su voz le sonaba extraña, como si saliera de otra boca...

Bickford está muerto, coronel. Lo dejé enterrado. En la selva.



¿Muerto?

Enloqueció. Se abalanzó sobre Lima. Primero descargó su revólver, luego esgrimió la daga...

Comprendo. Amok. La locura del trópico. Bickford no era hombre para el trópico... Deje todo lo demás, lord Elgin. Es demasiado triste.

Pero Lima...

Sí. Ya sé. Cuando alguien sufre la locura del trópico, no es fácil dominarlo. Sólo Lima pudo hacerlo. Después sigue la fiebre, sucede un derrame cerebral... Es triste. Vayan a descansar, ahora.

Lord Elgin apartó los ojos de Moore y dio un paso. Dafne miró con gratitud a su tío y cerró el brazo de Lima.

Vamos, Marco.

Pero Lima no se movió.

¿Qué ocurre, Lima?

¡No! ¡No es cierto! ¡Bickford iba a matarte! ¡Estaba loco! No podías dejar que Bickford te matara. ¡Habríamos muerto los cuatro!

Lo siento, Dafne. Tengo que decirlo. Si no lo dijera, esto me roería el pecho toda la vida...

Bickford no murió de fiebre, coronel. No dejó usted terminar a Lord Elgin. He sido yo quien lo mató.

Bien, lord Elgin. ¿Qué dice usted de esto?

Yo ya he dicho todo, coronel. Fue locura. Amok.

Bien. Comprendo. Ya le dije, lord Elgin... En estos casos... ¡Ejem! Tengo ya hecho el informe. La fiebre sigue, conozco el cuadro. Fue una fatalidad. Después firmará usted esto, lord Elgin.

Esa misma noche lord Elgin tomaba el gresco el avión. Y al día siguiente...

Es una pesadilla que se va borrando, ¿verdad, Marco?

Que se borra para siempre, Dafne.

A lo lejos, se borraba a su vez para siempre, en la costa, el perfil de la selva, en cuya entraña seguiría sin duda latiendo el ritmo enloquecedor del trópico con su monótono, pasado tam-tam...

NADA POR NADA

Por PABLO MEDINA



Dibujos de CAROVINI

"Si esos pastos conversaran,
esa pampa le diría..."



Sí, es la letra de un tango. De anticipación, acaso, porque alguna vez serán las cosas inanimadas las que cuenten las historias de los hombres. ¿Literatura fantástica? No. Ya verán que no. Porque esto no tiene nada de fantástico y nos lo van a contar algunas cosas.

(Maldita pinchadura!



Me parecía extraño que todo me saliera tan bien. Un largo y fructífero viaje de negocios de una semana y ahora, justo cerca de la meta, a esta cubierta se le ocurre desinflarse.)



Soy un neumático de automóvil. El, Emilio Fuentes, estuvo haciéndome rodar por un montón de caminos. De día y de noche, junto con mis tres colegas. Pero quedé sin aire y lo enfurecí. Son las seis de la tarde. Sin embargo, a pesar de todo, Emilio piensa en Marga...

(Ya no podré llegar a buscarla...)



(Porque sale a las siete de la oficina de su padre y desde aquí hasta el centro de la capital el tráfico es muy pesado.)



Estamos en la ruta 8, entre Morón y Campo de Mayo. El fastidio le impide observar el paisaje a Emilio. No ve que cerca suyo hay un almacén y más atrás un caserío chato, humilde, mísero...

(Tendré que telefonarle mañana para invitarla a salir.)



Olvida algo, señor.



La taza de la rueda.

Gracias, chico.



¿Sos de por aquí?

Sí. Vivo en el caserío. Y me llamo Chicho.



Emilio es un hombre de negocios. Sabe que en el mundo que le toca vivir nadie hace nada por nada. Por eso no se asombra cuando el chico dice:

Hoy no almorzamos en casa.



¿No?

Mamá está en cama, enferma. Hace una semana que no trabaja y lo último que le quedaba lo gastó en remedios. Por eso yo venía al almacén de don Floro, para ver si nos flaba algo.

¿Y tu papá?



no está con nosotros. Se fue lejos, a trabajar. Pero mamá dice que algún día volverá. Tendría que hacerlo ahora que lo necesitamos, ¿no? O mandarnos plata.

Le mira las zapatillas rotas, el pantalón viejo, la camisa raída. Sí, cualquiera sabe que hay padres irresponsables y matrimonios mal avenidos. E hijos que pagan las consecuencias. "Hoy no almorzamos en casa..."

No, señor. No puedo aceptarlo. Mamá siempre dice que somos pobres, pero...

Tomá. Con esto no tendrás que pedirle nada fiado a don Floro.

Tiene que correr para alcanzarlo. E insistir para concretar su generosidad. Por fin, Cachó se queda con el dinero. Avergonzado y buscando palabras de agradecimiento que no encuentra.

El sábado voy a volver por aquí, ¿sabés?

Tengo un sobrino de tu edad. Te traeré alguna ropa y zapatos. ¿De acuerdo, Cachó? El sábado, a las diez de la mañana. En este mismo lugar.

No tiene que molestarse, señor. Pero...

Finalmente dijo que sí, que iría el sábado a esperarlo. ¡Parece mentira que ocurran estas cosas a pasos de la capital! Recordó bien el sitio: kilómetro 27, cerca de un almacén llamado "Don Floro", en la zona 8.

Soy una mesa de restaurante. La misma que ocupan todos los viernes a la noche Emilio Fuentes y sus amigos. El acaba de contar lo sucedido con Cachó. Algunos ríen. Otros se apenan...

Ocurre aún dentro de la misma ciudad, Emilio. La vida se vuelve dura, a veces.

¡Pero hablemos de otra cosa. ¿Qué tal fue tu viaje de negocios?

Bien. Muy bien. Pero me amargó ese chico. La madre enferma, el padre lejos... Seguramente los abandonó. ¡Hay cada canalla!

Es otro de los amigos de Cachó. Estuvo escuchándolo en silencio. Sin sonreír y sin pena. Hasta que, al...

Verdad vas a ir mañana a buscar, a llevar algo?

Sí, ¿por qué?

No. Preguntaba nada más. Chau, viejo. ¿Nos vemos el miércoles en el club?

Sí. Paletaremos un poco, como de costumbre. Chau.

Yo, una mesa de restaurante, vi cómo Emilio se quedó en la puerta, observando a Raúl. Pensando...

(Creo que mi relato lo dejó impresionado. Es un tipo sensible. Y solitario. Sobre todo desde que sabe que Margá me prefirió a mí, después que él le anduvo atrás un montón de tiempo.)

¿Olvidó algo, señor Fuentes?

No, mozo. Sólo quise venir a ver la cantidad de comida que dejan una media docena de tipos que jamás pasaron hambre.



(Las diez y Cacho no está aquí. A lo mejor creyó que me estaba burlando de él. O tuvo vergüenza de venir.)



Soy un árbol, un jacarandá. Ubicado en la ruta 8, kilómetro 27. Cerca del almacén de don Floro y del caserío chato, humilde, mísero. Emillo se cobijaba del sol a mi sombra. No ve todo lo que yo veo...



Ese otro auto, por ejemplo. Está ahí desde poco antes que él llegara. Con alguien dentro, esperando también...

(Ahí llega el chico! Era verdad, entonces ¡una mujer viene con él!)



¡Hola, Cacho! Supuse que no vendrías.

Le había dicho que sí, ¿no?



Ella es mi madre, señor. Está mejor hoy. Se levantó de la cama para acompañarme.

Quise saber quién era usted, ¿sabe? ¡Pasan tantas cosas! Me pareció raro que alguien se interesara por un pobre chico.



Emilio advierte que ella está pálida aún. Y que es bonita, a pesar de ese vestido mal cortado, y de las zapatillas viejas pero limpias. Le mira las manos, delgadas, con dedos gastados, ásperos al tacto que le imagina...

Bueno, yo... ¡mi sobrino deja tanta ropa nueva que se me ocurrió traerla a Cacho!



Aquí está, señora. Creo que le quedará bien.

¿Por qué lo hace?



¿Puedo subir y hacer que maneje, señor?

Sí, Cacho.



Sabe lo que pasa con el orgullo de la gente humilde. Podría decir: por nada. Pero nadie hace nada por nada. Y dice:

Porque su hijo me cayó simpático.

Sí, es verdad. En eso se parece al padre. Y también le caía bien a la gente.



¿Le dije algo del padre?

Sólo que se fue lejos, a trabajar. Y que usted le asegura que algún día volverá.



...es apenas la verdad que yo le hago creer. Hay otra, la auténtica: se fue de casa y ahora no regresará nunca. Dios sabe dónde está ahora. Pero a usted no debe interesarle todo eso. Tendrá que hacer y ...

¿Le pasa algo? Parece a punto de desmayarse. Está blanca como un papel.

No es nada. Me levanté de la cama antes de tiempo. En el hospital me dijeron que descansara. Se me pasará enseguida.

La sostiene junto a él. Atenta a ver si el prendedor barato que suplanta al primer botón del vestido un nombre: Susana. Desde cerca se le antojan hermosos sus ojos, pero tristes...

¿Quiere que la lleve a su casa? ¿A tomar algo en el almacén, Susana?

Ya estoy bien, gracias.



¡E! la abraza. ¡Era verdad! Un chico, una mujer... en un camino. ¡Increíble, Emilio! Pero lo estoy viendo.

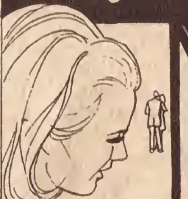
Desde lejos algunas cosas se ven diferentes. Por eso el auto arranca ahora. Y se aleja, rumbo a la capital...

Nos vamos, señor. Gracias otra vez.

El sábado volveré, aquí mismo, a esta hora. Traeré más cosas para su hijo.

No será necesario. El lunes vuelvo a trabajar en el taller de costura. Nos arreglaremos como antes. Adiós.

Vendré, de todos modos. No dejes de esperarme. Cacho. El sábado, a las diez. Adiós.



¡Cuando se lo cuente a Marga no lo va a creer. "Hoy no almorzamos en casa." La llamaré por teléfono al llegar. Salidremos esta noche...!

¿Marga? Sí, soy yo, Emilio...

Soy un teléfono. El que Emilio Fuentes tiene en su casa. Mi tubo comienza a temblar en su mano, cuando él no quiere creer lo que oye y pregunta:

Claro que te llamo para invitarte a salir. Pero, ¿por qué no querés?



Porque descubrí tu verdad, Emilio. Y me do... No es difícil imaginar cosas cuando un hombre se encuentra con una mujer y un chico en un camino, cerca de un caserío... Pero...



¿Qué cosas? ¿De qué habías? Sí... estuve allí esta mañana. Pero sólo para... ¡Marga, eso es casi un insulto!



avisaron que fuera a verte vi sitar a un chico. Pero vi algo más: que abrazabas a una mujer. ¿Era la madre del chico? Nadie hace nada por nada, Emilio. ¿Explicarme? No tenés por qué hacerlo. ¿Quién soy yo, después de todo?

¡Cortó! Ella supone que yo y esa mujer... y que el chico es... ¡Dios, cómo se le ocurrió algo semejante! Y no quiere verme más.)

Entonces veo que saca una fotografía de billetera y la mira. Triste y reflexiva

¡Marga! ¡Marga! ¿Quién te metió esa idea en la cabeza? Acaso... ¡Sí, Marga!



¿Todavía te gusta Marga, Raúl?

¿Por?

Pregunto, nada más. ¿Te gusta o no?

Soy una pelota de frontón. Todos los miércoles Emilio y Raúl vienen a golpearme en el club. Para "mantenerse en forma", dicen. Pero hoy, miércoles, están pegándose con desusada furia los dos...

Sí, me gusta. Me gustó siempre. Pero te prefiero a vos y ...



¡Y vos te quedaste con la sangre en el ojo!
¡Y resolviste hacer una estupidez!

¿De qué estás hablando, Emilio?



Fue una lástima que la charla lo hiciera desatender el juego. Mi velocidad se estrella contra su ojo. Oigo su sordo quejido de dolor. ¿Es verdad que hay un destino vengador?...

Nadie hace nada por nada, Raúl. Hablo de la ruta 8, kilómetro 27, el sábado pasado, a las diez...



¿Te lo dijo Marga?

¡Me lo decís vos, aunque lo sospeché desde el primer momento! ¡Debería golpearte la cabeza!



Pero alguien lo hizo por mí: la pelota. ¿Te das cuenta que es algo muy feo quedarse con la sangre en el ojo? Si te preguntan por qué lo tenés negro, contestá que por idiota. Chau.



¿Y si lo llamara para dejarlo explicarse? Pero no. No cabe ninguna explicación. No pudo avisarme impulsado por el desprecio por lo de Emilio es verdad. ¡Lo vi con mis propios ojos!



...y otro teléfono. El de la oficina que ocupa Marga en la empresa de su padre. Uno que ella estuvo tentada un montón de veces a usar para marcar el número de Emilio Fuentes, en estas últimas semanas.

No lo llamaré! ¡El muy canalla mantenía oculta su relación con...!



Desean verla, señorita Marga. El señor Julián Aguirre.

Ah, sí. Quedó en traer los papeles de ese contrato de compra. Que pase...



Es un hombre joven y apuesto. Lo he visto varias veces en esta oficina: gentil, simpático, amable con Marga. Acaso para convencerla de que esa oferta de la compañía que representa es ventajosa. Y creo que la convenció...



Bien. Todo está en orden, según veo.

Buenos días, señorita.

¿Trajo todo? Mi padre está dispuesto a firmar y entregarme el cheque por el adelanto, Aguirre.



Y usted está más linda que nunca, ¿sabe? Me gusta venir aquí. Y será una lástima que después dejemos de vernos.

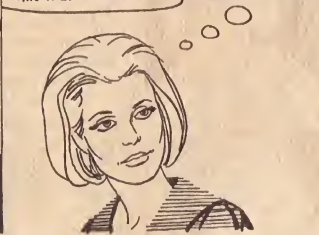
Tal vez no sea así. Cuando su compañía traiga las máquinas del extranjero habrá que hacer otros trámites, pagar las cuotas y...



Como usted es el contacto único, obviamente volveremos a vernos, ¿no? Espérame aquí. Tardaré unos quince minutos estudiando los documentos y consultando el cheque con mi padre.



(¿Me Invitará a salir? ¿Por qué está interesándose un casi desconocido simpático y atractivo? ¿Acaso busco vengarme de lo que me hizo Emilio...?)



Queda solo Julián. Me mira pensativo...

Es línea directa. ¿Cuánto hace que no pregunto por...? ¡Llamaré desde aquí, mientras espero!



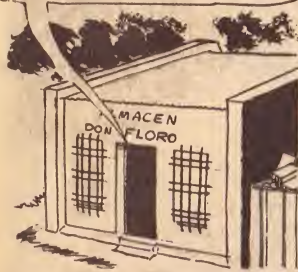
¿Don Floro? Sí, habla Julián...

¡Ah, Julián! Ya me extrañaba que no preguntaras por tu hijo. ¿Cómo está? Bien, bien... Fue Susana la que estuvo enferma. Pero mejoró, gracias a Dios...

Llamé por Cacho, don Floro. ¿De verdad está bien? Lo que haga Susana no me importa, ¿sabe? Ella y yo... Usted ya sabe lo que pasó entre los dos. No me aceptó tal como soy y se lo agradezco. Tengo un buen trabajo ahora. Pronto le enviaré dinero a mi hijo.



...a que se compre ropas nuevas? Hum... creo que no las necesita ahora, Julián.



Agulne se las trae. Un tipo distinguido, que llega en un auto bárbaro. Susana se acerca con él a recibirlo. Cerca de aquí. ¿Viste dónde está ese jacarandá? Bueno, ahí todos los sábados, más o menos a las diez de la mañana.



Sí, ya sé que usted no quiere decir nada de lo que dice ni sospecha cosas, don Florentino. Pero yo... yo tampoco sospecho. Debo dejarlo ahora. Adiós.



Aproveché para hacer una llamada. ¿Hice mal, señorita Marga?

Por supuesto que no, señor Aguirre. El contrato está firmado y el cheque listo. Aquí lo tiene.



Mira la cantidad. Medio millón de pesos. El último tiempo está recibiendo otros parecidos de sus clientes. Su compañía progresa. Y él también si se queda trabajando en ella. Pero piensa en Susana...



("Un tipo distinguido, que llega en un auto bárbaro... Todos los sábados, a las diez...")

¿En qué piensa? ¿En eso que dijo antes sobre no vernos más?

Sí, en eso. Me voy ahora. Debo ver a otros clientes.



¡Y se fue! Sin decirme lo que yo esperaba. Sin tentarme a aceptar una posibilidad de olvidar a Emilio.)



¿Estaré perdiendo atractivos? Quizás es mejor así. ¡No habría aceptado salir! Como no acepté a Raúl cuando se acercó al saberme sola otra vez... ¿Por qué sigo pensando tanto en él?



¡En un canalla como Emilio Fuentes que oculta una mujer y un hijo...! ¿Tengo cara de tonta, acaso?



Sí, mi sobrino deja casi nuevas sus ropas. Esta vez traje algunas de invierno. Como pronto llegará el frío...



Soy un paquete de ropas. Es mentira que son del sobrino de Emilio. Son nuevas. El las compra por ahí, antes de venir. Se siente como obligado a compensar con su generosidad el dolor de un chico y una madre solitarios, pero que ambos le hicieron perder un amor...



¿Qué lo hace? Yo trabajo para. Me hace sentir desva- Esta será la última vez...

Mi hermana también deja sus ropas casi nuevas, ¿sabe?

¿Está tratando de suplan- tar las responsabilidades de un hombre que jamás fue responsable...?

¿Quién es él, Susa- na?

¡Vos! ¿Qué haces aquí?

¡Pregunté quién es!



Casi lo empuja a Cacho para seguir rumbo a Emilio. Y Emilio lo mira en- tre asombrado y molesto. Por fin co- noce al hombre irresponsable...

Es verdad. No lo sabe. Nunca me preguntó mi nombre, ni yo el de ella, que sólo descubrí en ese prendedor que debió regalarle usted, alguna vez, cuando todavía sabía dónde esta- ba su deber...

¿Me hace reproches?



...dijeron que todos los sábados te ven aquí, con él. ¿Y decís que no sabés quién es?



No lo sé.

¡Papá! ¡Mamá dijo que volverías, alguna vez...!



¡Sepa que no voy a tolerarlos y ...!



La billetera de Emilio cae cerca de mí. Pero me importó más lo otro. Eso que hace él y que Julián merece desde ha- ce tiempo...



¡No es lo que usted supone! Su esposa es de- masiado mujer para un tipo de su calaña. La conocí por casualidad, después que un chi- co se acercó a decirme, inocente y desinter- sado, que había pasado el día sin comer. ¿Se da cuenta?



Cacho no entiende lo que pasa. El ho- bre del auto que le trae ropas, acaba de castigar a su padre. ¿Por qué? Pero no reacciona violentamente Julián. Se que- da chato, como el caserío que se desdi- buja en el terreno bajo en la luz del día gris...

¡Que se vaya! ¡Vos y yo tenemos que hablar, Susana!



Siento haberlo hecho, pero fue necesario, señora. Ahora puedo decirle mi nombre: Emilio Fuentes. Tal vez a partir de hoy ya no tendré que suplantir la responsabilidad de nadie.



Entra al auto y desde allí ve cómo los tres se alejan hacia el caserío. Escucha patéticamente la voz de Julián Aguirre, que dice:

Nadie hace nada por nada, Susana. Pero si vos asegurás que él sólo quiso ayudar a Cachó...

Fue suficiente imaginarte haciendo algo malo para entender lo pésimo que yo mismo te había hecho. Es un día especial hoy. Supuse que serían dos las cosas malas que iba a descubrir.

¿Cuál es la otra, Julián?

Soy un paquete de ropas que pasó de un auto a una casucha miserable. Estoy con ellos, que se sientan rodeando una mesa rústica...

¿Y qué es lo malo que descubriste en tu compañía?

¡Que son unos tramposos estafadores! Montaron una organización para que darse con los adelantos de incautos compradores.

Tengo un trabajo, ¿sabés? Representa una compañía que importa máquinas del extranjero. Me pagan bien, pero hoy no por mucho tiempo. Y no sé qué...

Anoche volví a la oficina pues había olvidado mi portafolios, y oí a uno de los directores hablar del asunto por teléfono. Huirán del país con el dinero que recibieron y yo, como otros empleados, quedaremos en la calle y, posiblemente, complicados en la estafa.

Esta billetera se la dio al señor del auto cuando disculsa...

La abre de puro curioso. Y ve la fotografía...

¿Y entretanto qué, Julián? ¿Vas a quedarte aquí, con nosotros?

¡La señorita Marga! La conozco. Su padre es uno de esos clientes engañados... ¡Creo que el destino me ofrece una solución! Iré a verla el lunes.

¡Seguro! ¿O creés que vine por nada a confirmar eso que me dijeron sobre vos y un tipo distinguido que llegaba todos los sábados...?

Me quedaré aquí... hasta que busque otro trabajo y podamos irnos a un sitio mejor. Ahora sé que no es tan malo trabajar. Hace tiempo que estaba pensando en volver.

Y así son las cosas, señorita Marga. Ahora que sabe quiénes son los dueños de esta panfía, su padre podrá hacer la denuncia y...

No será necesario hacer ninguna denuncia, señor Aguirre. ¿No leyó los diarios de esta mañana?

Soy otra vez un teléfono, el de la oficina de Marga. Vi cómo Julián entró y le contó todo. Veo cómo ella le muestra el diario que él no tuvo tiempo de comprar este lunes que salió temprano de su casa...

"La policía da con el paradero de un buscado estafador. Integraba una firma que se proponía dar un fabuloso golpe..."

¿Quiere decir que...?

Que ya están todos a buen recaudo. Que nosotros y muchos más recuperaremos los adelantos que dimos. Y que ustedes, los empleados, están a salvo de cualquier sospecha, porque nada sabían.

¿Por qué me da una cosa? ¿Por qué me da a mí para ponerme sobreaviso de ella?

Bueno, nadie hace nada por nada, ¿sabe? Yo...



Los ojos de Marga se ponen como él le dirá que gusta de ella. Y la invita a salir, a modo de trueque por su gesto. Pero va a decirle que no. Porque ya sabe que sería inútil olvidar a Emilio...



Entiendo, Aguirre. Usted creyó que en esta relación netamente comercial de los dos puede haber algo más. Sin embargo...

...es la billetera que él perdió cerca de mi casa, junto a un jacarandá, en el kilómetro 27 de la ruta 8. Allí llama Emilio Fuentes y dentro hay una foto...

¿Dónde dice que la perdió?



Julián explica todo. La generosidad de un desconocido con un chico provisoriamente sin padre. Su estúpido miedo respecto a su mujer y a ese hombre. Y Marga absorbe la noticia como un antídoto...

¿Sabe una cosa, Julián? ¡Con esto acaba de salvarme también a mí! Gracias.



¿Emilio? Soy yo, Marga... Sí, oís bien: Marga. Tengo que pedirte perdón, ¿sabés? Ahora sé qué hacías aquel sábado, a las diez, en el kilómetro 27 de la ruta 8, con un chico y una mujer.



Se equivoca, Marga. Yo no creí nada de eso. Simplemente sucede que debía quedar bien con la amiga de un hombre que me ayudó a mí a recuperar algo más valioso que un adelanto monetario...



...pasar de todo no hacía más que pensar en vos. Pero ponete en mi lugar: Raúl me cuenta que tenés un misterio y que yo lo puedo develar si voy a verte visitar a un chico...

...y me ves abrazar a su madre. Entiendo, Marga. Vos pensaste: nadie hace nada por nada. Y entonces...



Soy un neumático de automóvil. El de Emilio Fuentes. Que me hizo rodar lentamente hasta encontrar este sitio oscuro y solitario y poder besarla a gusto. Hace frío pero ellos no lo sienten...



Más allá hay un almacén, el de don Floro. Pero está cerrado. Y más allá, todavía, una casucha miserable, donde tampoco Susana y Julián Aguirre sienten frío...



Soy un neumático. Nada más que eso. Una cosa inanimada. El mismo que una vez, aquí mismo, se quedó sin aire. ¿Pero creen que lo hice por nada? Nadie hace nada por nada. Acaso recibí una orden, esa vez. Desde muy alto. Alguien necesitaba ayudar a vos criaturas. Ordenó: "¡Desinfláte!" Y yo obedecí.



FIN

EN EL PRÓXIMO NÚMERO DE

intervalo

RAM Y KAREN



SER ALGUIEN, por Camilo Castelo Branco

-Le exijo que no se meta en mi vida privada.

UNA SOMBRA POR LA PAMPA,

por Augusto Paladini

Tenía honda tristeza en los ojos, una negra pena.

HISTORIAS DE HOMBRES Y MUJERES,

por Cristóbal María Paz

Un nuevo análisis de sentimientos y pasiones.

CUENTOS DE ALMEJAS,

por Pedro M. Mazzino

-¡La escultura de Rodin! ¡Mis seis millones...!

BUSCO UN MARIDO PARA MAMÁ,

por Robin Wood

Ahora tengo cinco años y he tomado una decisión.

TIEMPO DE OLVIDAR A SUSANA,

por José Luis Arévalo

Le dije adiós y sabía que me moría por dentro.

LAS CULPAS DE LOS SUEÑOS,

por Pablo Medina

Hay infiernos paralelos para culpas de los sueños.

DIANA EN MARBELLA, por Paul Monier

En Marbella la jornada empieza a mediodía...

RAM Y KAREN, por Robert O'Neill

Llegaba un nuevo grupo de jóvenes al kibutz...

CARLA, por Leonardo Vilela

Aquel hombre misterioso, inexplicable, enigmático...

UN DÍA, EN LA NIEVE..., por Noel McLeod

Silencio total envolvía el campo de concentración.

intervalo

ALBUM DE OBRAS
GRAFICAS COMPLETAS

DIRECTORES

RAMON COLUMBA (h), CLAUDIO COLUMBA (h)

REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL 1130472

Publicación adherida al Centro de Informaciones de Publicidad,

al INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES,

y a la S. I. P. Sociedad Interamericana de Prensa

Impreso en Argentina-Printed in Argentine



EDITOR RESPONSABLE

COLUMBA

S. A. C. E. I. F. A.

SARMIENTO 1889 - BUENOS AIRES

Miembro de la ASOCIACION ARGENTINA

TINA DE EDITORES DE REVISTAS

Venta Interior y Exterior: Betrán SAC - Independencia

Venta Capital: Distribuidora Impulso S. C. - Avda. 10 de Mayo



REINA CRISTINA



REINA CRISTINA

Una película METRO-GOLDWYN-MAYER,
dirigida por Rouben Mamoulian.

Adaptación de Paula Marín.

Dibujos de García López.

REPARTO

CRISTINA	GRETA GARBO
ANTONIO	JOHN GILBERT
MAGNUS	IAN KEITH
EBBA	ELIZABETH YOUNG



Esta es la historia de la niña que fue reina de Suecia por la muerte de su padre Gustavo Adolfo y de la mujer que dejó de serlo por amor, ab-

Carlos.

Esta es la historia dramática de una reina de Suecia y de un embajador de España, y del amor que brotó entre ambos, y que no pudo ser.

Con esta historia se escribió un libro y se realizó una película. Una magnífica película con Greta Garbo en el papel de reina Cristina y

John Gilbert en el de Antonio de la Prada, enviado del rey de España.

INTERVALO ALBUM EXTRAORDINARIO ofrece hoy a sus lectores una adaptación de esa película, fielmente lograda por la pluma de Paula Marín y el pincel de García López.



Entonces yo ignoraba un montón de cosas. Apenas sabía que mi tierra era Suecia, que por aquellos días de 1632 estábamos enfrascados en una guerra - después la llamarían "de los Treinta Años" - y que mi padre estaba en el campo de batalla.



¡Ahí está, herido!



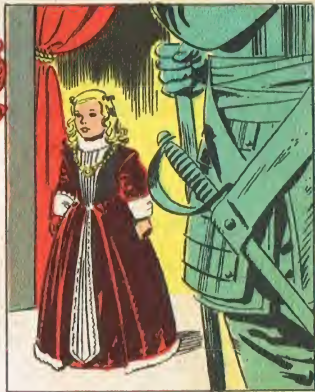
¡Sí, es nuestro rey Gustavo Adolfo!



"Era" el rey. Puedo asegurales que estoy dejando de serlo... porque voy a morir.

... Oxenstierna, el canciller, reu-
... a la corte y al parlamento. Con palabras
... llores lloró la muerte del rey y anun-

... Fortunadamente ha dejado sucesor
... el trono, en la persona de su hija:
... Cristina, a quien educó como un varón.



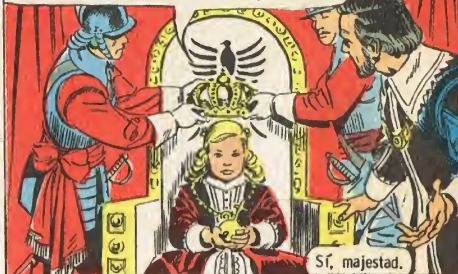
...anzas al trono, Cristina. Te ayudaré a subir.

Puedo alcanzarlo saltando, Oxenstierna. Soy muy ágil. Y no
lagriméas que eso queda mal en un hombre.



Dos guardias tuvieron que sostener la corona sobre mi cabeza.
De haberla puesto, me habría llegado hasta el cuello. Todos
estaban muy serios y callados.

¿Debo pronunciar ahora mi discurso, canciller?



¡Sí, majestad.

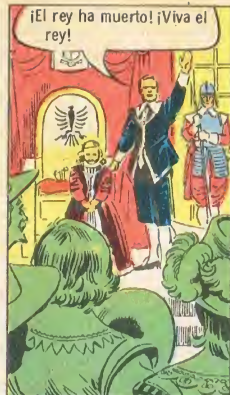
Prometo ser, como mi padre ha sido, un monarca justo y hono-
rable. Y respecto a esta guerra que estamos lidiando, lidiando...



...aseguro que la continuaré hasta
las últimas consecuencias.



¡Prometo la victoria!



¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!

-Te esperábamos, Cristina. El príncipe Carlos, tu primo, vuelve victorioso de su última batalla.

Carlos ha nacido para vencer, Oxenstierna. Cenaré con él esta noche. Ve a organizarlo todo.



El soberano debe obedecer a su pueblo. Tu primo no es mal candidato. Pasa sus días en la guerra, lejos de Estocolmo. Te dejaría mucho tiempo libre para mí, Cristina.



Porque sólo yo sé a quién amas realmente. Debo a ese amor haber sido nombrado lord tesorero.

Ata tus impulsos, Magnus. Mis gustos pueden haber variado.



Pero mis seis años fueron quedando atrás. Crecí. Aprendí a vivir, a conocer mi tierra y mi gente. Vestía y me comportaba como un varón. Uno de mis mejores momentos era salir de caza, a caballo, con mis perros y mi libertad. Y regresaba agotada y feliz.



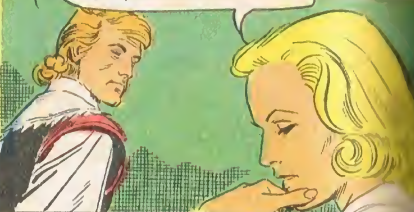
Hay algo que el canciller no te ha dicho aún, encantadora.

Dímelo tú entonces, Magnus. Sé que estás siempre muy informado de lo que sucede en la corte.

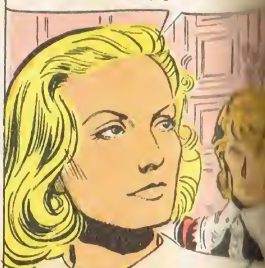


El pueblo rumorea que Carlos será tu esposo. Bien sabes que quieren que elijas un sueco para terminar con tu soltería.

¿No deberían preguntarme antes si amo al que ellos eligen para mí?



Lo que antes creí amar, mañana puede ser lo que desprecie. Como esa guerra que se libra a nuestra tierra, ¿sabes?



...vive por los campos, vi a los labriegos y aldeanos.
¡Qué hartos de luchar! ¡Ansían la paz. Y yo también.
¡Quisiera hablaré de eso en la corte.

¿No sabes lo que dices!



...anta a los campesinos que son carne
...ción a qué llaman ellos locura. ¡Aman
...er, como la amo yo! Enviaré emisarios
...inciten a un congreso de paz.



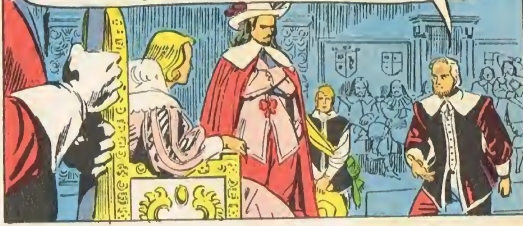
...injusta perder el tiempo inútilmen-
...ento como me encanta Molière.

...no nevado durante la noche. La conde-
...la Ebba piensa invitarla a un paseo cam-
...ntre. ¿Irás?



Lo mismo habrá querido decirme Oxenstierna cuando ante el parlamen-
to, los nobles, el consejo y el clero, expuse mi pensamiento.

¿Terminar esta guerra ahora que estamos a punto de exterminar a
nuestros enemigos? ¡Sería una locura, majestad!



Gustavo Adolfo, vuestro padre, ha muerto en
un campo de batalla. El inició la guerra y debe-
mos vengar lo.

No; lo que debemos hacer es justificarlo. ¡Ha-
brá paz príncipe Carlos, primo mío!



Firmé los bandos y el canciller designó a los
emisarios. Pronto llegarán al palacio los
otros ansiosos de un acuerdo justo. Una ma-
ñana, Aage, mi fiel servidor, entró a la al-
coba a despertarme.

¿Todavía leyendo, majestad? Duermes
usted muy poco.



La condesa no es buena compañera de co-
rrerías, Aage. Tú sabes: demasiado delica-
da para mi gusto. Prefiere los caminos
transitados.

Y su majestad los abruptos, claro que
lo sé.



¿Entonces no vienes, «Cristina»? El lord
tesorero quería acompañarnos.

Ve con él, Ebba. A lo mejor te propone
matrimonio. Y si no lo hace, trata de
que algo lo decida a hacerlo. ¿Entien-
des?



Nada me apartará de ti. No pretendas ocupar vanamente un corazón que te pertenece.

¿Siempre escuchas detrás de las puertas, Magnus? ¿Es así como te enteras de todo lo que ocurre en palacio?

Quiero ayudarte, Cristina. Hoy habrás de recibir al embajador de Francia y pronto al enviado del rey Felipe de España. Si quieres un consejo...

Se lo pedirá a los que buscan el bien de Suecia y no su interés personal. Puedes irte, lord tesoro.

Entrevisté al francés por la tarde. Los mos de Descartes y de mi intención de hacer de mi país un paraíso de cultura y paz. Al crepúsculo me sentía agotado. Aage alistó los caballos y salimos.

Cualquiera confundiría a su majestad con un joven caballero despreocupado.

Y en cambio, su destino es muy distinto.

¡Mi destino! Me pregunto si alguna vez mi destino se juntará con la vida que deseo. ¡Fíjate allí! ¡Viajeros en dificultades.

¡Qué país! Nieve por todas partes. ¡Y esa maldita rueda atascada que nos demorará!

Si no la desencajamos habremos de pasar aquí la noche, señor.

Son extranjeros. Hablan español.

Pero también conozco el idioma de ustedes. ¡Vamos, ayúdenos a salir de aquí!

¡Es muy fácil, señor! Sólo deben poner una manta debajo de la rueda hundida. ¡Y ordenar a los caballos que empujen!

¡Bravo! ¡Ya están libres de la nieve!

¡No debemos a su consejo, milford. Mi criado le pagará el favor, y se conforma un tálero? Se lo daremos, pero antes dirá dónde vamos a pasar la noche y esperar que deje de nevar.

El Mesón de la Luna no está lejos.



¿Qué le parece esto, Aage? Primera vez que me pagan por favor. ¡Y con una moneda que tiene mi propio perfil y mi nombre!



¿Adónde vamos ahora?

¡Al Mesón de la Luna! También nosotros necesitamos un sitio donde pasar la noche. ¡Creo que nos divertiremos allí!



el enviado del rey de España ante la corte de Estocolmo. Me dicen que no hay malos. ¡Pagaré quince táleros por uno!

¿Quince? En ese caso...



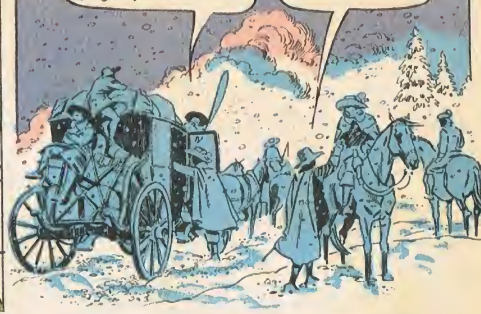
¡Ahora el joven caballero quiera compartir el que acabo de darle. ¡Muestré a estos extranjeros que somos hospitalarios y generosos!



Ya...

¡Págale y vamos, Pedro!

Toma, muchacho.



Nunca se sabe dónde espera el destino. Llegamos antes que los viajeros españoles. Sólo quedaba una habitación y con diez táleros el mesonero me la otorgó. Pero antes de acostarme deseaba comer.

¿Cenará el caballero con un rey! Pero... ¿qué sucede allí? ¿Quién causa tanto alboroto?



¡La suerte vuelve a unirnos, milford! Seamos camaradas. Yo pagaré su cena y usted no me dejará dormir a la intemperie.

Creo que eso no puede ser. Estoy habituado a dormir solo. Dejaré el cuarto para usted y me acomodaré por ahí.



Aage puso una cara de tremendo asombro cuando, por fin, hube de aceptar la idea del español. Traté de comer ocultando mi nerviosidad.

Los escandinavos son muy distintos a nosotros. Fríos, como su país. Y quietos.



¡Digo que son seis!

¡Son nueve!



¿Dijo usted quietos, señor? ¡Válgase por alguna nadería!

¡Calma! ¿Qué es lo que ha...



Discutíamos sobre los novios que ha tenido nuestra reina Cristina. ¡Aseguro que son seis!

¡Y yo que son nueve!



Yo puedo terminar con el conflicto. Estoy informado de los chismes de la corte. ¡Han sido doce los novios de nuestra soberana!



No lo creo. Según noticias que han ido a España, sabemos que Cristina ha más de los libros que del amor.

La verdad se conoce más de lejos que de cerca, señor.



Luego hube de subir al cuarto. Y él conmigo. Comenzó a quitarse las ropas. Dejé sus armas sobre una mesa. Lo imité. Se quitó las botas. Titubeé en imitarlo.

Garantizo que tengo buen dormir. ¿Ocupará usted el lado izquierdo o el derecho, milord?



Suelo dormir del derecho. ¡Confío en tu ayuda, mi Dios.)

Las reglas dicen que todo hombre debe dormir del izquierdo, para tener libre la mano de la espada y...



¡Pero usted no es...!

No lo soy. He mentado...





...mió el lecho y se acomodó sobre una...
...junto al fuego. Me habló de su tie-
...onó cómo era su gente y dejó entre-
...nostalgia que sentía en un país extra-
...no.

...casa queda sobre un risco, frente
...mar. Siempre hay sol y el aire es
...lo. Las uvas maduran en primave-
...ra.



-Me gustaría vivir en un lugar así, Antonio. Libre, dueña de mis actos. Aquí estoy obligada a... un montón de cosas que a veces me disgustan.

Sueñe que está allá entonces. Algunos sueños se cumplen.



¡Despierte, conde de la Prada! Tenemos malas noticias.

¿De qué se trata, Pedro?



...nevando y, según cálculos de los que saben, nevará por
...las. ¡Habremos de permanecer aquí!

¡Magnífico! No saldré de este cuarto hasta entonces. ¡Que
...no nos molesten y nos suban las comidas!



...sé. Una mujer nunca está segura de lo que es el amor,
Antonio.

Pues yo te mostraré qué sien-
te un hombre cuando ama.



¿Qué haremos en todo ese tiempo?

Conocernos, condesa Dohme. Algo me dice que el destino cruzó
nuestros caminos para bien de los dos. Tienes unos ojos llenos
de tristeza. ¿Has amado alguna vez?





Dejó de nevar en el tiempo calculado por los que sabían. Antes de despedirnos (yo sabía que provisoriamente, él no) me puse a observar en detalle las cosas del cuarto. Los cuadros, los muebles...



¿Qué haces?

Me aprendo de memoria este... Viviré a menudo en él en el futuro.



Aage tuvo que pedirme que apurara el galope por el camino. Pero yo no deseaba llegar al palacio, en Estocolmo. Llegué, sin embargo, y Magnus fue el primero en increparme.



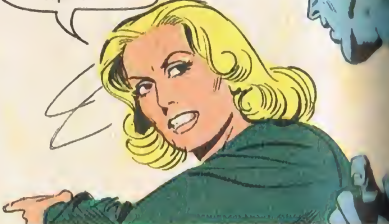
¡Tres días ausente y no dices dónde estuviste! ¿Por qué?

-Estuve viviendo. Conociendo algo que no encontraba aquí.

Te eché de menos, Cristina. Mi amor se sentía desesperado.

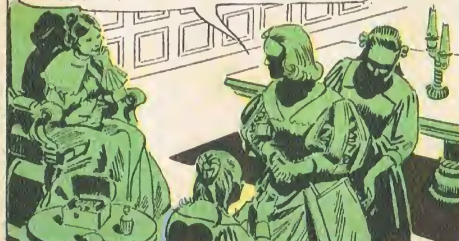


¡Tu amor! ¿No tienes ya lo que querías lograr con él, lord tesorero? Comienzas a parecerme un desconocido. Creo que acabo de nacer. ¡Y ahora déjame! Debo vestirme para recibir al enviado español.



-Pocas veces te he visto con ropas de verdadera mujer.

Sucede que lo soy y quiero también parecerlo, Ebba. El último embajador del rey Felipe era muy viejo, pero dicen que éste es diferente.



(Ahí está. Viene con los ojos bajos, como corresponde al hombre que debe enfrentar a una reina. ¿Cómo tomarás la verdad, no?)



Y en nombre de mi rey Felipe, vengo a traer sus mensajes a la soberana de Suecia. El principal es...



¡TÚ!

Bienvenido a mi tierra, conde Antonio de la Prada. ¿Cuál es el principal mensaje de vuestro rey?



El pide, por mi intermedio y respetuosamente, la mano de su majestad. Quiere unir su vida a la de tan excelsa reina.



Tomaremos en cuenta el ofrecimiento. De momento decimos que admiramos a vuestros grandes hombres, que es una manera de honrar nos a nosotros mismos.

Vi cómo Magnus advertía algo en mi mirada. Oxenstierna también caía en la cuenta de la turbación de Antonio. Pasamos al salón privado después. Quedamos solos. él y yo y el presente que había traído.

¡Antonio! Ya basta de fingir.

No he sido yo quien fingió, majestad.



...roma real, acepto lo sucedido. Lo olvido y paso a mi otra misión. No es de buen augurio ser el novio número trece.

¿Te asombraría saber que eres el primero?



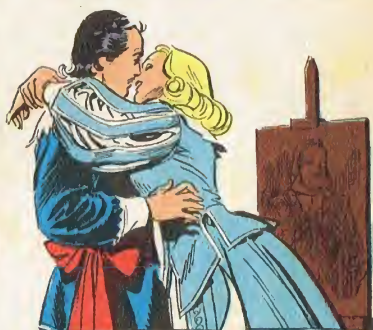
...mperrado en su misión. Qui... que cubrirá su presente al descubierto un retrato de rey.

...al hombre que quiere ser tu...

...es mi tipo.

Tengo una galería repleta de pretendientes a los que conocí por retratos. Me gustas tú, aquí, en carne y hueso.

¡Cristina! Felipe está mirándolos. Si se enterara...



¡Que todo el mundo se entere de que la reina de Suecia ama al conde Antonio de la Prada! Mi nombre suena hermoso en tu acento español. Huele a casa sobre el risco, frente al mar.



La noticia corrió por el pueblo. Hubo disconformes. Mi primo Carlos continuaba en palacio aguardando mi decisión. El canciller reunió al parlamento.

Contenga su majestad los rumores anunciando su casamiento con un sueco.



Mis súbditos me aman pero no quieren mi felicidad. Debo honrar a los muertos, pero no puedo vivir aferrada a los muertos.



¡El pueblo quiere derribar la puerta al palacio!

¡Refuercen la guardia!



¡No! ¡Abran la puerta y que entren! ¡Yo les hablaré!



Gritaban "¡Fuera el español!", vivaban mi nombre. Ascendieron las escaleras en tropel. Pero se detuvieron al verme serena ante la furia.

Aquí estoy, para escuchar y ser oída. Tú, acércate y dime cuál es tu oficio.



"Herrero, majestad. Mis antepasados lo fueron también. No podría ser otra cosa más que herrero.

¿Qué dirías si yo quisiera aconsejarte cómo debes trabajar el hierro en la fragua?



Te reirías de mi profesión, ¿verdad? Pues eso hacen ustedes conmigo. Mi oficio es gobernar. Lo heredé de mis antepasados. Déjame hacerlo a mi modo, como mi oficio.



Se fueron viviendo mi nombre. Conformes. Comprendiendo mi verdad. Que era la de ellos también. Pero Magnus no se conformó. Una tarde volvíamos con Antonio de un largo paseo por los campos nevados.

Ha sido un día feliz. Estuvimos juntos, Cristina.



Desearía saber hasta cuándo seguiremos juntos. ¿Qué hace esa gente interponiéndose en nuestro camino?

¡Son aldeanos! Y sus caras nada amistosas.



Su majestad puede continuar sola hasta el palacio. Tenemos orden de llevar al conde de la Prada hacia una entrevista muy importante.



Nadie respondió. Se le dio otro trineo a Antonio y busqué a Magnus.

¿Fuiste tú?

Sólo respondiendo al pueblo, Cristina. En sitio seguro. Del que irá para recibir de ti un salvoconducto que te ce su vida.



no atravesará la frontera y se embarca-
rá en su tierra. Lo olvidarás. Necesitas
un esposo sueco y el príncipe Carlos es el
mejor por el pueblo.

La habilidad puede soliviantar la volun-
tad del pueblo, Magnus.



Dí al canciller que reúna al parla-
mento. ¡Haré conocer mi decisión
luego que traigas a Antonio para
recibir de mis manos el salvoconduc-
to!



Lo traje sonriente y nos dejó solos. Suponía
un triunfo particular. Antonio captó la tris-
teza de mis ojos.

Debo irme y entiendo. No te olvidaré. Pude ol-
vidar a la condesa Dohme, del Mesón de la Lu-
na, a quien supuse una jovencita en busca
de aventuras.

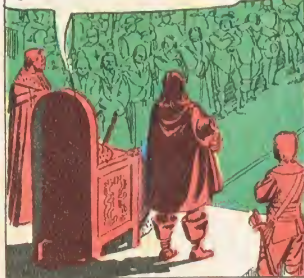


La reina de Suecia jamás se borrará
de mi memoria. Estarás conmigo aún cuan-
do vean partir en el buque Amaranta,
puerto de Helsingborg, mañana al cre-
púsculo.

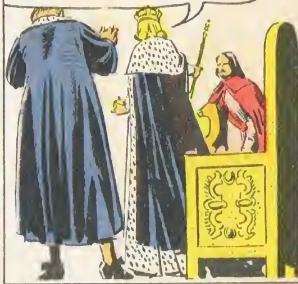
Claro que estaré.



Os he reunido para comunicaros mi de-
cisión. Me debo a mi pueblo y a mi desti-
no. Y mi pueblo quiere un rey con san-
gre sueca en el trono.



Yo opino lo mismo. Y también que el in-
dicado es el príncipe Carlos, a quien me
unen vínculos consanguíneos. Por todo
ello he resuelto...



...entregar a él los emblemas del poder y la co-
rona. Abdicando en su favor.

¿Una abdicación? ¡No!



¡No, Cristina! ¡No!

Acepta el trono de Suecia, Carlos. ¡Serás un noble rey! Ya lo has probado en la guerra.



Me quité la larga capa y salí. Vi ojos húmedos a mi paso. Oí voces reclamando una retractación imposible. En mi alcaoba volví a vestir aquellas ropas de varón que acompañaban mis correrías. Aage tenía listos los caballos afuera.

¿Partimos, majestad?



Ya no soy majestad, sino Cristina, simple mujer que va en busca del hombre que eligió voluntariamente. ¿Entonces Antonio mi mensaje cuando salió de casa?



El ya sabe que usted se embarcará en el Amaranta. Estará ansioso, aguardándola en el puerto de Helsinborg.



Era una tarde gris. Llegamos al puerto con los caballos agotados. El olor salado del mar alentó mi ánimo. Los barcos rolaban en la rada de aguas mansas. Nos apeamos y corrimos entre marinos y pescadores.



¡No veo a Antonio en la cubierta del barco!

Debe estar colocando sus cosas en el camarote. El botero nos llevará hacia él, milady. ¡Deseo toda la suerte del mundo para los dos!



(¿Por qué no asomas en cubierta y me llamas ansioso? ¿Por qué esta última angustia que me augura un dolor...?)



Un marinero me ayudó a subir. El mismo que me señaló el lugar donde él estaba. Corrí...

¡Antonio! ¿Qué sucedió? ¡Dígalos usted, Pedro! ¿Qué?

¡Una emboscada!



...prendieron a mitad de camino antes de la frontera. Mag-
da al frente. Nos defendimos. Los dejamos atrás cuando Mag-
da abatido por nuestros disparos. Pero Antonio...

Acércate, Cristina.

...iré a todos mis amigos. Nadie creerá que
de una tierra fría. Verán el sol en tus ojos.
...ra está llena de sol. Y aquí falta. ¿Por qué
todo se vuelve tan oscuro?

¡Antonio!

...go en la casa de los riscos, frente al mar. Antonio. En tu
... con tu amor que aprendí a conocer en el Mesón de la
... luna...)

Sólo estoy herido. Nada grave. Llegaremos a España. Juntos. Para
olvidar lo mismo en la casa de los riscos, frente al mar...

¡Sí, llegaremos. Y en la primavera veremos madurar las uvas.

Aage me sacó de allí. Con su mirada triste y pa-
ternal. Me preguntó si lo mismo haría el viaje.
No tuve que decirle que sí. Prometí no abando-
narme y las velas se hincharon en el viento
frío.

(" Estarás conmigo aún cuando me vean partir
solo... ")

...mientras la nieve, afuera, caía en un reino
de soledad.)

Fin

YA SOY



MECANICO DIPLOMADO

No importa la marca del coche ni el tipo de motor. Los conozco bien. Puedo localizar las averías y repararlas. Antes sólo poseía la práctica del oficio. Me faltaba la técnica. Un día decidí estudiar un Curso por Correo, con todas las garantías aprovechando los ratos libres. Ahora poseo los conocimientos técnicos que la práctica no me había dado.

Usted también poseerá un
TITULO TECNICO
estudiando alguno de estos
acreditados Cursos que le ofrece



cead
RIGLOS 119/BUENOS AIRES

**MECANICO DE AUTOMOVILES
ELECTRICIDAD DEL AUTOMOVIL**

**TECNICO EN MOTORES
MECANICO DE MOTORES DIESEL**

ESTOS SON TODOS NUESTROS CURSOS

- Delineante Mecánico - Delineante en Construcción
- Delineante General
- Instalador Electricista - Montador Electricista - Maestro Electricista - Técnico Electricista
- Técnico en Motores - Mecánico de Automóviles
- Mecánico Diesel - Electricidad del Automóvil
- Técnico Mecánico - Maestro Tinnero - Maestro Fresador - Técnico en Soldadura - Maestro Soldador - Encargado Mecánico - Maestro Ajustador
- Decoración General - Decoración del Hogar
- Dibujo General
- Técnico en Construcción - Maestro Albañil

**SOLICITENOS
FOLLETOS
EXPLICATIVOS
EN COLORES/
SIN NINGUN
COMPROMISO
PARA UD.
GRATIS**

UNA SIMPLE ESTAMPILLA DE CORREO y este cupón puede ser el inicio de una vida mejor para Ud y para los suyos. Mándelo HOY MISMO y a nada se compromete. Me interesan folletos de los Cursos de:
NOMBRE _____
DIRECCION _____
LOCALIDAD _____

RIGLOS 119/DPTO. 34 q. BUENOS AIRES. No es obligatorio enviar este cupón. Puede enviarlo mencionando la revista y la página.

EDITORIAL COLUMBA

Satisface su curiosidad con los esquemas de divulgación científica. Para ello pone a su disposición algunos volúmenes de la

COLECCIÓN ESQUEMAS

- 19 - José Babini: QUE ES LA CIENCIA
- 22 - B. Houssay: LA INVESTIGACION CIENTIFICA
- 23 - Osvaldo Loudet: QUE ES LA LOCURA
- 26 - Desiderio Papp: QUE ES EL ATOMO
- 27 - F. Escardó: QUE ES LA PEDIATRIA
- 29 - T. Isnardi: TEORIA DE LA RELATIVIDAD
- 39 - T. M. Tabanera: QUE ES LA ASTRONAUTICA
- 53 - Federico A. Daus: QUE ES LA GEOGRAFIA
- 79 - Mario C. F. Cellone: QUE ES LA EVOLUCION BIOLOGICA
- 81 - A. Pérez-Prado: QUE ES LA SANGRE
- 85 - José Babini: CIENCIA Y TECNOLOGIA
- 90 - E. S. Mazzei: QUE ES LA MEDICINA
- 92 - G. Raúl Jáuregui: QUE ES LA GERIATRIA
- 107 - L. P. Coonen: LA GENESIS DE LA BIOLOGIA
- 109 - Jorge Bosch: QUE ES LA MATEMATICA

PRECIO DEL EJEMPLAR: \$ 4.-

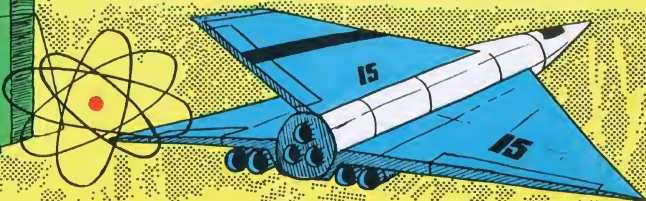
HAGANOS SU PEDIDO POR CARTA, ACLARANDO BIEN SU NOMBRE Y DOMICILIO Y ACOMPAÑANDO EL IMPORTE TOTAL DE SU COMPRA EN GIRO POSTAL O CHEQUE SOBRE BUENOS AIRES A LA ORDEN DE COLUMBA S.A.C.E.I.J.F.A. - LO DESPACHAREMOS DE INMEDIATO, POR CORREO CERTIFICADO, CON GASTOS DE FRANQUEO POR NUESTRA CUENTA.



EDITORIAL COLUMBA

Dpto. de ventas: VIRREY CEVALLOS 1364

T. E.: 26-1339 - Bs. AIRES - ARGENTINA



Convírtase en poco tiempo
en experta en

belleza profesional (cosmetología) y peluquería

aprenda EN SU CASA POR CORREO

- maquillaje • manicultura • gimnasia
- pedicura • kinesiología (masajes)
- laboratorios de cosmética



ESTAS PLACAS
SON

EXPERTA
EN BELLEZA

Instituto Incorporado a
PROFESSIONAL SCHOOLS

PELUQUERIA
(Para damas)

Instituto Incorporado a
PROFESSIONAL SCHOOLS

una profesión ideal
para la mujer
dinámica y moderna

Gratis
EXTRA

EN POCO
TIEMPO
SERÁ
EXPERTA
PROFESIONAL



INICIE
AHORA
MISMO
SU CARRERA
TRIUNFAL

**PROFESSIONAL
SCHOOLS**

FLORIDA 835 -
CASILLA 151-SUC. 13
Buenos Aires

SOLICITE FOLLETO GRATIS

CASILLA 151 - Sucursal 13 - BUENOS AIRES

Sírvase remitir FOLLETO GRATIS sobre el curso de Belleza Profesional

Nombre

Dirección

Localidad

SI UD. RESIDE EN URUGUAY

ENVÍE EL CUPÓN A: CASILLA 113 C. CENTRAL

APRENDA

enfermería

EN SU CASA POR CORREO
brillante porvenir

Para el hombre y la mujer

- * ALTOS SALARIOS * RESPETO
- * VIAJES * TRABAJO INTERESANTE
- * INDEPENDENCIA... * UNA NUEVA VIDA!

la escasez de personas
instruídas en enfermería
es alarmante

usted puede cubrir uno del
millón de puestos vacantes!!!

PROFESSIONAL SCHOOLS

CASILLA 151-SUC. 13 Buenos Aires

¡YA MISMO! SOLICITE FOLLETO GRATIS

PROFESSIONAL SCHOOLS: CASILLA 151 - Sucursal 13 - BUENOS AIRES

Sírvase remitir FOLLETO GRATIS sobre el curso de ENFERMERIA

Nombre

Dirección

Localidad

Pcia.

SI USTED RESIDE EN URUGUAY ENVÍE EL CUPÓN A: CAS. 113 - C. CENTRAL - MONTEVIDEO

SI USTED RESIDE EN PERU ENVÍE EL CUPÓN A: APARTADO 4000 - C. CENTRAL - LIMA

SI USTED RESIDE EN CHILE ENVÍE EL CUPÓN A: CLASIFICADOR 735 - SANTIAGO

Actúe HOY MISMO envíe el cupón

117
117
117



de plaza
de Tiempo